



# MEMORIAL DEL EJERCITO DE CHILE



REVISTA BIMESTRAL  
Organo Oficial del Estado Mayor del Ejército  
SEPTIEMBRE - OCTUBRE DE 1964

AÑO LVIII

Nº

321

1964

## SUMARIO

	Pág.
Mensaje del señor Comandante en Jefe del Ejército, General don Oscar Izurieta Molina, a los miembros de la Institución, con motivo del "Día de todas las Glorias del Ejército", que se celebra el 19 de septiembre.....	III
EVOCACION DEL PROCER.—Julio Barrenechea P.....	1
EDITORIAL.—Homenaje a Rancagua.—La Dirección.....	5
I.—SIGNIFICADO DE RANCAGUA.—Benjamín Vicuña Mackenna.....	7
II.—LA BATALLA DE RANCAGUA.—1º y 2 de octubre de 1814.—Capitán J. M. Barceló.....	12
III.—LA BATALLA DE RANCAGUA SEGUN LOS REALISTAS.— La Batalla de Rancagua.—Mariano Torrente.....	24
Batalla de Rancagua.—Coronel José Rodríguez Ballesteros.....	29
La Batalla de Rancagua.—Mariscal de Campo Antonio de Quintanilla.....	36
Parte oficial que el General don Mariano Ossorio pasa sobre la batalla de Rancagua al Marqués de la Concordia, Virrey del Perú, don Fernando de Abascal.....	38
IV.—JUICIO CRITICO SOBRE EL SITIO DE RANCAGUA__ Mayor Pedro Charpin R.....	42
V.—LA EMIGRACION A MENDOZA__Edmundo González Salinas ....	64
VI.—VISITANDO A RANCAGUA EN EL ANIVERSARIO DE LA BATALLA.—9 de octubre de 1921.—Roberto Hernández C.....	74

VII.—FIN DE LOS ACTORES PRINCIPALES DEL DRAMA DE RANCAGUA.	
La muerte de O'Higgins.—Joaquín Díaz Garcés .....	82
Fusilamiento de don José Miguel Carrera.—Benjamín Vicuña Mackenna .....	90
VIII—NUESTROS PROCERES.	
Nuestro héroe continental.—Emilio Rodríguez Mendoza .....	102
Carrera.—Emilio Rodríguez Mendoza .....	107
IX—EL EJERCITO Y LA REPUBLICA.—General Ramón Cañas Montalva .....	112
X.—TRINCHERA HEROICA.—Teniente Coronel Galvarino Montaldo Bustos .....	129
NECROLOGÍA.—General de División don Rodolfo Otto Müller.— La Dirección .....	139



## MENSAJE DEL SEÑOR COMANDANTE EN JEFE DEL EJERCITO, GENERAL DON OSCAR IZURIETA MOLINA,

a los miembros de la Institución, con motivo del Día de todas las Glorias del Ejército que se celebra el 19 de septiembre

### ***SOLDADOS DEL EJERCITO DE CHILE***

**E** N ESTE día que la Ley dedica a la celebración de las Glorias del Ejército, su Comandante en Jefe desea dirigirse a los señores Generales, Oficiales, Suboficiales, Clases, Soldados y Conscriptos.

*Nacimos a la vida, junto con la Patria misma y a ella, por solemne juramento, estará por siempre atado nuestro destino.*

*Comprendiéndolo así, nuestra Institución, a lo largo y ancho del territorio nacional, se mantiene siempre alerta en sus viejos cuarteles, laborando día a día en su clara misión de formar ciudadanos útiles para manejar las armas y para reintegrarse posteriormente a la vida civil con un bagaje de conocimientos que les permita ser elementos de positivo progreso para la nación.*

*Los acordes marciales que se escucharán en este día, hablarán al corazón de nuestros conciudadanos de hechos pasados, de una historia ejemplar; pero a nosotros deberán sonarnos, además, como una invitación para afianzar cada vez más nuestras profundas convicciones profesionales y para mantener la moral y el espíritu que ha permitido a la Institución hacerse digna de su tradicional prestigio.*

*Son innumerables las tareas que normalmente debe cumplir el Ejército; pero el hecho de haberse efectuado recientemente una jornada cívica de especial relieve, hace propicia la oportunidad para expresar a todos sus miembros, mi profundo reconocimiento por la forma levantada, seria y*

*digna, como cada Soldado hizo su modesta parte en el cumplimiento integral de la misión encomendada por el Supremo Gobierno.*

*Tul demostración de responsabilidad fue justamente reconocida por nuestros conciudadanos, que de una u otra manera manifestaron su complacencia.*

*Me asiste la confianza absoluta de que jamás los defraudaremos.*

*Pero, por mucho que hayamos hecho hasta ahora, nuevos problemas nos confrontan.*

*Yo deseo manifestar aquí, que ya sea en los desfiles de esta tarde, o las ceremonias de la transmisión del mando presidencial, las campañas de fin de año, o las nuevas elecciones parlamentarias de marzo próximo, todas estas misiones y cualquiera otra que aparezca, por delicada que sea, serán cumplidas con la misma seriedad y ponderación con que siempre afronta la Institución las tareas que se le encomiendan.*

#### COMPAÑEROS DEL EJERCITO

*El Comandante en Jefe, al hacerles llegar sus cordiales saludos en esta fecha de especial recordación, les reitera la fe que siempre ha tenido en cada uno de los integrantes de nuestra vieja y querida Institución, les reconoce una vez más, sus esfuerzos y desvelos y les pide que continúen trabajando silenciosa y abnegadamente, a fin de que la ciudadanía siga depositando en nosotros su admiración y su confianza, hechos que, junto a otras muchas virtudes ciudadanas, hacen al país destacarse en el concierto de las Naciones Americanas.*

*S. 2. N° 22230. Santiago, 22. IX. 1964.—Publíquese en el Boletín Oficial del Ejército.*

*Anótese.— Por el Ministro.— Carlos Gardeweg Costa, General de Brigada, Subsecretario de Guerra.*



General (Charles de Gaulle, Presidente de la V República Francesa, quien, con motivo de su visita a Chile, junto con S. E. don Jorge Alessandri Rodríguez y Altas Autoridades Militares, presidiera en la ciudad de Rancagua los actos principales en conmemoración del Sesquicentenario de la Gran Batalla.

## EVOCACION DEL PROCER

JULIO BARRENECHEA P.

*Trabajo leído por don Julio Barrenechea, Académico de La Lengua y Premio Nacional de Literatura, con motivo del homenaje rendido por el Club de la Unión al prócer, el 15 de octubre del año en curso.*

*El "Memorial del Ejército" agradece al destacado poeta la gentileza de haber autorizado su publicación en nuestra revista.*

*Nota de la Dirección.*

FUE EN Chillán, venero nutricio, donante fábrica de esclarecidas galas del talento y transparencia dorada de las uvas, fue allí donde ocurrió en un día de agosto, la gran navidad de la Patria. Allí nos vino el niño del amor, para todos nosotros. El que nació con vocación de estatua. El lleno de soles de valor y de nublados de tristeza. El bastardo ungido por la Providencia Divina para ser el Padre de una Patria legítima. El que se impondría como norma de piedra, el honor para la vida o la gloria para la muerte. El que ha quedado levantado en la Historia, como las Catedrales vespertinas, que aplastan y asombran con sus torres, y conmueven con la penumbra de sus naves vacías.

Mirémoslo en su infancia, en domicilio ajeno, a la cálida sombra de la madre burlada, que alcanza apenas a entibiar sus pasos. Copiando vagamente para la memoria, el rostro de anciano de los adobes y la lustrosa piel de los higos de almíbar. Jugando solo con el hermano gemelo de su sombra. Inocente de su origen y de su destino. Pero una noche su pequeña mano, siente la blanda presión de otra, grande y desconocida, y es sacado, por uno de esos mediadores, que van empujando el rumbo de su vida, cumpliendo una voluntad distante, una conducción preocupada, pero terca e inapelable. Así es en el hogar de Talca, así en el colegio de Chillán, así en la ciudad de Lima, así en Cádiz, y así en Londres, donde ya está abierta en el pecho, húmeda con el rocío del alma, la rosa de la juventud. Pero él ¿quién es? Siempre llevado, conducido, trasladado, siempre al cuidado de seres extraños, detrás de los cuales actúa un poder

invisible. El es un secreto, un oculto, como para no reconocer su propio rostro. El, Bernardo Riquelme, como para no entender si se le llama por su propio nombre. El, un huérfano, con los padres vivos. Con la madre lejana y triste, y el progenitor frío y poderoso. Y él, lleno de afecto sin destino, con esa gran ternura transparente, que se seca y se consume en su pecho. Pero vive el artista y están tensas las cuerdas de su corazón. Pensemos en sus manos que le escriben al padre palabras de amor y de admiración, que se vuelven finas para la seducción del arte en primorosas miniaturas, que se tornan diestras para lograr el dominio de las armas en su Academia, que tiemblan con sangre balbuciente entrelazadas con las de Carlota, la suave niña de Inglaterra, y que se ponen cálidas y fuertes para estrechar las de don Francisco Miranda, el Precursor, que le abre en Londres la mágica ventana del porvenir, para encenderle por siempre la mirada, con la visión de una América Hispana, dueña de su destino, libre y poderosa.

Hay un momento de equilibrio en que la educación se sus- tenta, la mente vuela por la revolución y rueda el corazón por el amor, pero ¿por qué la adversidad ha de insistir en ensom- brecer con sus alas esos cabellos rubios y esos ojos azules? Mi- radlo a él, por Londres y por Cádiz, sufriendo los tormentos de una mendicidad encubierta, con las corrientes económicas y los estudios cortados, con las cartas suplicantes, llenas de respeto y amor, y sin respuesta. Miradlo a él, abandonado, recibiendo sólo el silencio a través de los mares, hasta que por fin la voz del padre llega ronca, destituyéndolo sordamente de sus afectos, como una injusta tempestad que abate su destrozado corazón. Y aquel piano, vendido en la pobreza, que en un fino recuerdo había sido adquirido para su madre en la bonanza, y aquel otro realizado en Santiago, cuando en una ocasión debió abandonar la ciudad. Aquellos pianos emocionantes, como cargas de música lanzadas al olvido, en los momentos de naufragio.

Pero llega la noticia de la muerte del padre, y helo de vuelta en Chile, recogiendo su herencia. Una hacienda grande, cerca de Los Angeles, "Las Canteras", y un nombre ilustre: "OHig- gins". Allí en el labrantío y entre las bellas reses. Vedlo ahí en la gran casona, levantada por su afán innovador, en la paz del campo y del hogar, junto a su madre y esa querida hermana, Rosita, que es como si una tierna flor le hubiera brotado en la mano. Allí, en este cuadro, le sorprende el sol de septiembre y ve iluminarse el camino de la revolución. Solicitado para fun- ciones públicas, elegido Diputado por Los Angeles ante la pri- mera Asamblea Nacional, se encuentra entre la tierra y la Pa- tria, entre la paz y la contingencia, entre la mancera y la espada. El sabe muy bien lo que elige. El sabía que optaba por la vía dura, donde es posible sólo esperar del presente el sacrificio, y de la posteridad la gratitud o el olvido. El dejaba la tierra,

que es madre y que entrega, para ir al encuentro y a la liberación de la Patria, que es el espíritu de la tierra, que es delicada, que es dulce, que es hija. A la Patria, que no es madre, que necesita padres, que hay que estarla haciendo, cuidando y defendiendo cada día.

Desde ese momento su jornada, de valor y sacrificio, no tiene tregua valedera. Primero en el combate verbal, sosteniendo desde la minoría la línea revolucionaria. Luego, en aras de la paz interna, y con sacrificio de sus propias convicciones democráticas, integrando una Junta, hasta llegar a una incompatibilidad absoluta de procedimientos y al correspondiente retiro. Posponiendo toda diferencia intestina y toda situación de amor propio frente a las invasiones exteriores de Pareja y Osorio. En el destierro, formando a las órdenes del General San Martín, el Ejército Libertador. Valiente en la batalla y firme en el manejo del Estado. Mágica mano que sabía transformar la espada fulgurante, en docta pluma radactora de los decretos de la administración. Grande, hasta el silencio, en el momento solemne de la abdicación, poniendo el noble pecho frente a la humana ingratitud sobrecogida de los contemporáneos. Con el inolvidable país detrás de la frente, en el destierro de Montalván, acogido al reconocimiento del Perú.

¿Cuándo fue más grande? Sabía volver triunfo una derrota y triunfar en el desastre. Como todos los próceres de nuestra Independencia Americana, tuvo la idea de la Patria grande. Concurrió a la independencia del Perú, y acogió la concurrencia de San Martín a la de Chile. Guardando profundo amor a sus sitios natales, fue compatriota espiritual con Bolívar, Sucre, San Martín, Artigas y todos ellos, en el Estado supranacional, que a las nuevas generaciones les toca construir.

Si para Napoleón cada soldado llevaba el bastón de Mariscal en su mochila, para el General O'Higgins, él mismo era su más heroico y obediente soldado, y empuñaba en las manos su fusil.

¡ Hombre modesto y grande! ¡ Padre de la Patria de los chilenos! qué orgullo sentimos tus nietos, con tu dolorosa peripécia, que nos dio Patria y Libertad. Cómo comprendemos el valor progenitor de la soledad de los seres signados por el destino, para sacar con la siembra de sus vidas, las grandes cosechas de la justicia y la felicidad de los hombres. Junto a tí, pienso en el dolor de los grandes. Veo a Bolívar inclinado, con el crepúsculo en la frente, en la Quinta de San Pedro Alejandrino frente al mar de Santa Marta. Y veo también al mayor de todos, sufriendo solo, en la noche del huerto.

¡ Y a tí, padre de nuestra Patria, te evoco con toda tu grandeza, llegando ante Dios, envuelto en tu humilde sayal de franciscano!



# HOMENAJE A RANCAGUA

Con motivo de cumplirse el presente año de 1964 el sesquicentenario de la Batalla de Rancagua, el "Memorial del Ejército de Chile" ha recopilado los testimonios escritos de los actores principales de esta epopeya, tanto del bando patriota como del realista.

Ampliando el panorama, varios trabajos de distintos autores dan a conocer facetas del devenir histórica posteriores a la batalla misma.

Dan término a este enfoque *general* los relatores de la muerte de los dos principales actores en el drama: O'Higgins y Carrera.

Con este número especial, el "Memorial del Ejército de Chile" rinde un homenaje a la gloria perdurable de la heroica ciudad de Rancagua y a los proceres que en ella se distinguieron, con motivo de cumplirse siglo y medio de la gesta inolvidable.

LA DIRECCION.

## I.—SIGNIFICADO DE RANCAGUA

BENJAMIN VICUÑA MACKENNA

LA BATALLA, o como es más propio y más glorioso llamarla, la *derrota* de Rancagua, es el rasgo más grande, más patético, más característico, no sólo de la revolución de Chile, sino de su historia. Batallas campales hubo, como la de Maipo, en que corrió más sangre y maniobraron sobre el campo mayores masas de soldados; hubo también hazañas superiores de sufrimiento y de constancia en las penalidades como en los sitios de Talcahuano y de Chillán; hubo empresas magníficas, como la captura de Valdivia, y hubo asaltos portentosos, como el abordaje de la Esmeralda, a media noche. Pero sólo hubo un sitio en aquel vasto campo de la patria, señalado por tantos hechos de heroísmo, en que un ejército se encerrara para morir, pidiendo al cielo por única sepultura los escombros de sus parapetos derribados, y ese sitio de Chile es el de Rancagua, estrecha pero grandiosa tumba en que nuestra primera revolución guarda todavía sus cenizas y su sangre.

El pueblo chileno, herido de sorpresa por el puñal de los bandos, quería morir con noble apostura, y volvió el flaco rostro al enemigo que venía acechándole la espalda y como aquel espartano que derribado al suelo en la batalla, contuvo la lanza que le hería por detrás, y dijo a su adversario: *¡Espera!* dirigiendo el hierro a su propio corazón para morir de frente, así el pueblo dijo a sus campeones: *¡Aguardad!* y les pidió le llevaran a morir en otro sitio....

En este sentido nacional, Rancagua es único y sublime. No maravilla en sus soldados el que supieran morir, pues como tales morían cada hora, habiéndose hecho cosa vulgar el heroísmo. Pero lo que es digno de la admiración de un siglo y de cien siglos, es la resolución fija, invariable, indestructible, de morir, y la constancia de ese propósito sublime. Rancagua como hecho de armas, no fue, ni era dable que fue-

ra una batalla: fue sólo una matanza. Su plaza no era una fortaleza, era un cementerio. Al primer tiro de cañón todas las banderas de la patria se cubrieron oportunamente de fajas de crespón, y de lo alto de las torres flotaba al aire, cual la mortaja de la gloria, el paño negro que en la guerra es anuncio de que la vida no se concede ni se pide. Como en Zaragoza, el ejército chileno hacía sus funerales antes de ir a los baluartes; y en verdad, en los dos días de Rancagua tuvieron lugar los funerales de Chile, naciente deidad que al ver a sus hijos y a sus adalides con el puñal desnudo para acometerla, habíase envuelto en el manto del César para morir honrada.

Y precisamente porque ese pueblo desdeñaba una existencia mezquina, enferma de pasiones, profanadas por escándalos y sangre, ese pueblo sería libre. Rancagua fue una expiación: fue más, un martirio. Las grandes causas no se defienden ni se salvan sólo con héroes; necesitan mártires, y todos los soldados de Rancagua, a ejemplo de Cuevas y de Ibieta, fueron a la vez mártires y fueron héroes.

Y el coloniaje por eso terminó ahí.... Lo que vino después no fue la colonia, fue el cautiverio, fue la *reconquista* según de suyo propio la llamaron sus hombres y sus caudillos. Chile ya no necesitaría revolucionarios sino libertadores. No era el rey el que había vencido, era San Bruno. No era la Metrópoli la invocada en la victoria, era la *Virgen del Rosario*. El cadáver de la Patria quedó exánime en las calles de la matanza; pero su alma inmortal escapóse por entre el tropel de los bravos, brillando con el resplandor de los sables y el lampo de los últimos disparos de cañón. *La Patria Vieja* al morir dejaba un huérfano querido a todos los corazones, que vagando con ayes lastimeros de puerta en puerta, de regazo en regazo, creció bajo los ojos de los tiranos, dándole la beldad el aliento de sus labios, la matrona sus senos robustos, la juventud su entusiasmo inmortal; y aquel niño, que en 1816 llamárase sólo *Manuel Rodríguez*, en 1817 fue la *Patria Nueva*, y un año más tarde fue *Chile* independiente, ante Dios, ante el mundo, y *por la razón o la fuerza*.

Y hay algo todavía en este gran holocausto que nuestro egoísmo se complace en señalar como una nueva antorcha funeraria que encendiéramos en el *de profundis* de los mártires, y ese algo es la constancia de que toda la sangre vertida dentro del recinto fue sangre de chilenos que no tuvieron, por una parte, sus viejos auxiliares, ni se batían, por la otra, con una fracción de la fraternidad americana. Rancagua es la primera batalla puramente *nacional*. El triunfo se disputó a los Talaveras.... Y así, aquella pira de cráneos y de miembros mutilados, que en un patio de una de las quintas

de Rancagua tardó tres días y tres noches en consumirse, alumbrando la desolación de Chile, alimentóse con la substancia de aquellos cuerpos que nacidos sobre la tierra disputada, le devolvían ahora sus cenizas, de las que brotaría su redención.

No es, pues, sólo el cañón lo que se oye en la jornada en que Chile se perdiera. Oyense a la par los ecos del porvenir. No es sólo la metralla, las rotas banderas, los bravos mutilados, el voceo de las órdenes de muerte y las espirales de fuego que brotan de los edificios del circuito, lo que a los ojos del historiador es digno de la gloria y de la piedad de los tiempos. Es el impulso moral, es la resolución incontrastable, el crespón de las banderas, el hambre de treinta horas en que los labios no muerden sino pólvora, el esfuerzo que resiste siete asaltos a la bayoneta sobre frágiles trincheras de adobe sin foso ni parapeto. Todo eso que sólo hace un ejército, no como tropa armada, sino en cuanto ese ejército es el pueblo, es la nación, es la patria, todo eso constituye la grandeza histórica de Rancagua, aparte de su grandeza militar, digna de ponderación sobre todos los heroísmos conocidos.

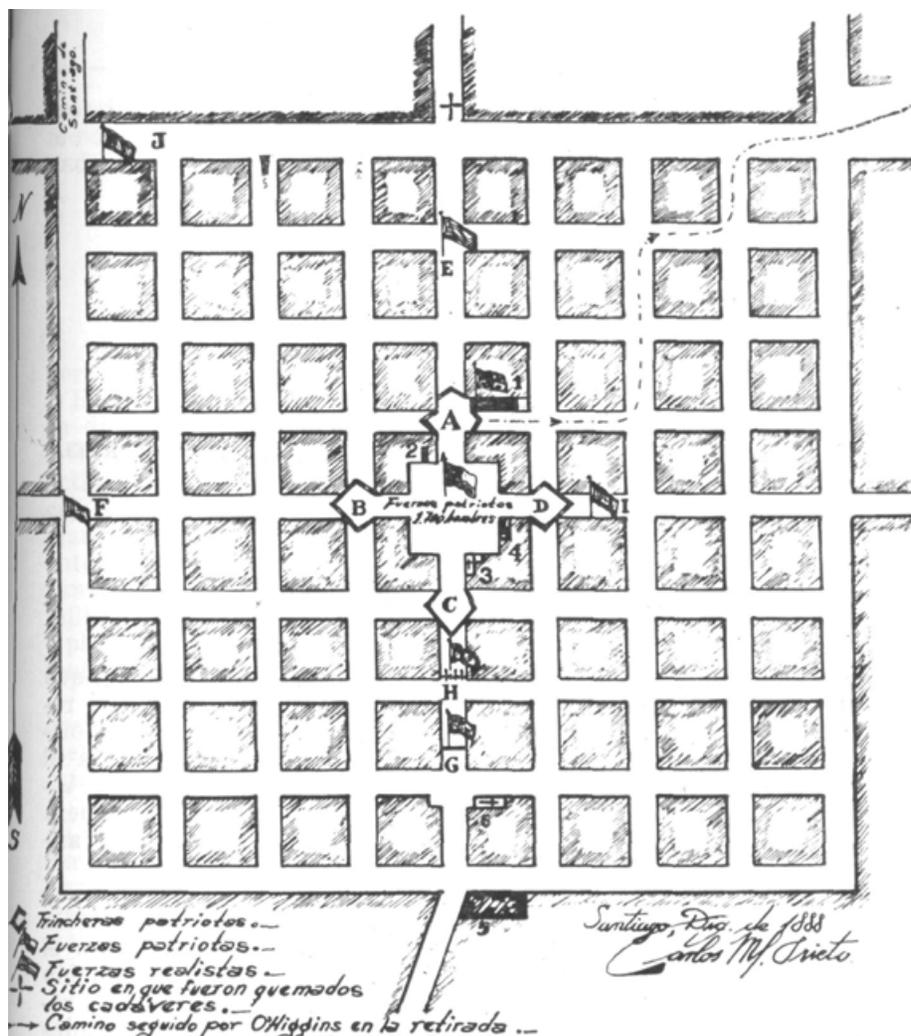
Y es O'Higgins el que resume en su robusto corazón aquella epopeya de dos años, que se cierra con ese combate taimado de treinta horas; es su patriotismo indomable que reta a un enemigo triple en número; es un santo despecho el que le hace dar la orden de matar al que hable de rendirse. O'Higgins, al contemplar sin palidecer desde la torre de la merced la triple línea de bayonetas, de cañones y de caballos que circunda la ciudad, es una figura colosal como soldado; y al abrazar con efusión a Juan José Carrera, antes de romper el fuego, es más grande todavía como hombre y como patriota. Allí es el león de Chile que se ve cogido por la hambrienta jauría y que sin contar el número, mide sólo la extensión del campo en que va a revolcarse en su agonía. Acá es el magnánimo caudillo, desapasionado y generoso, que olvida y absuelve para morir sin odios y sin ser aborrecido.

Y por eso al llamar en este libro a hombre tan insigne el *primer soldado de Chile y su más esclarecido patriota*, cumplimos sólo con la justicia de la historia, porque O'Higgins es el que cierra el primer gran cuadro de la revolución en el asedio de Rancagua y es el primero que lo vuelve a abrir, bajo su segunda e inmutable *faz*, con las bayonetas de Chacabuco. Héroe en ambos hechos, como hombre y como caudillo, su rol es algo más que una gloria de Chile, porque es el punto de unidad en que giran y convergen aquellas dos grandes e inmortales eras de nuestro pasado que se han llamado las dos patrias de nuestra República. O'Higgins fue

el hombre grande y privilegiado a quien la Providencia confió la guarda de los testimonios más altos que comprueban nuestra legitimidad de pueblo entre la familia de los otros pueblos, porque en Chacabuco recogió del suelo el testamento del vasallaje fugitivo, y un año más tarde firmó en Concepción el acta de la independencia, que puede llamarse la fe de bautismo de nuestra nacionalidad.

De la obra "*Vida de O'Higgins*" de don Benjamín Vicuña Mackenna.

SITIO DE RANCAGUA (1º i 2 de Octubre de 1814)



SEGUN PLANO DE DON G. L. OLMOS DE AGUILERA

INDICACIONES.— (A) Don Santiago Sánchez con 100 infantes i 2 cañones. (B) Don Francisco Molina con 150 infantes i 2 cañones. (C) Don Manuel Astorga i don Antonio Millan con 200 infantes i 3 cañones. (D) Don Hilario Vial con 150 infantes i 2 cañones. (E) Coroneles Lantaño i Carvallo con 1.100 hombres i 4 cañones. (F) Ballesteros con los batallones "Concepción" i "Chiloe" i 4 cañones. (G) Maroto y Barañao con 1.100 hombres i 4 cañones. (H) Batería de San Bruno atacando la plaza. (I) Montoya con 1.100 hombres i 5 cañones. (J) Elorreaga i Quintanilla con la caballería, cortando la comunicaci3n con la capital. 1 Templo de la Merced, en cuya torre se enarbol3 bandera negra. 2 Hospital Militar chileno. 3 Iglesia parroquial. 4 Cuartel jeneral patriota. 5 Casas en que se estableci3 el estado mayor realista, durante la acci3n. 6 Templo de San Francisco i hospital militar realista.

## II.—LA BATALLA DE RANCAGUA

1° i 2 de Octubre de 1814

Capitán J. M. BARCELO

### I

#### Reconciliación de los Jenerales patriotas

EL 27 de Agosto de 1814, en los precisos momentos en que los patriotas se ocupaban de enterrar los muertos i recoger los heridos del último combate fratricida a orillas del Maipo, el toque de un clarín anunciaba la llegada al campamento del parlamentario español Capitán Antonio Vites Pasquel, enviado por el Jeneral Osorio, que a la cabeza de una fuerte espedición había desembarcado algunos días antes en Talcahuano.

Ni por un momento pensaron aceptar los jenerales patriotas, las duras condiciones que por su conducto pretendía imponer el virrei del Perú, quien desconociendo junto con el tratado de Lircai las más caras conquistas de la revolución chilena, exijía el restablecimiento liso y llano del antiguo régimen, so pena de comenzar inmediatamente las hostilidades contra las tropas insurgentes, nombre que daban los españoles a los revolucionarios americanos.

*Carrera i O'Higgins con una grandeza de alma que la historia ha reconocido, olvidando antiguas disensiones, sólo piensan en anudar sus esfuerzos para salvar a la patria en esos momentos de supremo peligro, deteniendo al ejército enemigo que impávido avanzaba a la capital.*

Una proclama que circuló en esos días anunciando a las tropas el nuevo estado de cosas decía: "El ejército de la capital está identificado con el restaurador del sur; hemos sellado el pacto de una eterna reconciliación, un mismo deseo, un mismo empeño, un mismo propósito anima el corazón de nues-

tros jenerales i de toda la oficialidad. La muerte será el término preciso del que recuerde las antiguas querellas condenadas a un silencio imperturbable".

## II

### Reorganización del Ejército

Los momentos eran preciosos i no había tiempo que perder. Al día siguiente de la reconciliación, salía el Jeneral O'Higgins de la capital para reunir i concentrar las tropas de su división al sur del rio Maipo i dar comienzo a las operaciones; en tanto que el jeneral en jefe, se dedicaba con una actividad asombrosa a organizar e instruir el pequeño ejército patriota. Es indudable que el Jeneral Carrera tomaba el mando en los momentos más difíciles y críticos por que hasta entonces había atravesado el país. El total de las tropas alcanzaba a poco más de tres mil hombres, en su mayor parte milicianos sin ninguna instrucción, mal armados y peor disciplinados; faltaba toda clase de pertrechos y elementos de guerra.

La desorganización i el mal estado de las tropas no sólo eran debidos a la última contienda civil, sino muy principalmente a la poca previsión del gobierno que firmó el desventajoso tratado de Lircái.

Sin embargo, el Jeneral en jefe no desmaya y redoblando su actividad, impone fuertes cupos de guerra, hace fabricar municiones i vestuario, cureñas para la artillería, carros para los bagajes, repara los fusiles, en su mayor parte descompuestos, i convierte la capital, según la espresión de un contemporáneo, en un verdadero taller.

## III

### Plan de Operaciones

El plan de operaciones del Jeneral en Jefe debía ser netamente defensivo para poder ganar el tiempo necesario a la organización de su ejército, i consistía en defender primeramente la línea del Cachapoal, estableciendo en seguida la defensa principal en la Angostura de Paine.

La Angostura, verdadero desfiladero entre los valles de Santiago i Rancagua, es formada como se sabe, por la unión de la cordillera de los Andes i de la Costa, cuyas laderas quedan a distancia de tiro de fusil; con sus cerros cubiertos entonces de espesos bosques y un caudaloso arroyo que corre a

sus pies, tenía muchas condiciones para convertirla en una posición defensiva de primer orden.

Los caminos que la rodean no se prestaban en aquella época para ser utilizados por el ejército realista. El camino de Aculeo queda a más de 50 Km. al occidente, obligando por consiguiente al invasor a dar un gran rodeo i permitiendo a su vez al defensor interponerse en cualquier punto más al sur entre el enemigo i la capital; no era pues probable que lo utilizara el Jeneral Osorio. El camino de la cuesta de Chada, a más o menos 7 Km. al oriente, era entonces un sendero de fácil defensa, e intransitable para la artillería de campaña con que venía armado el ejército español.

El Jeneral O'Higgins pensaba como Carrera en utilizar como primera línea de defensa el río Cachapoal, pero tomando como punto de apoyo la ciudad de Rancagua.

Es curioso imponerse de la atracción enorme que desde el comienzo ejerció sobre el jeneral patriota dicha ciudad. Creía que por su edificación especial, con sólo cuatro calles que parten de la plaza, era fácil establecer un núcleo de defensa i rechazar a un enemigo inmensamente superior. Su correspondencia con el Jeneral en jefe abunda en esas ideas.

Resumiendo, podemos ver que no existía en los jenerales patriotas unidad de criterio, para apreciar la situación i fijar el plan de operaciones.

Es evidente que no hubo órdenes bien claras y determinadas respecto a la forma de proceder, tal como se haría en nuestros días con tropas modernas, pero, para poder juzgar un acontecimiento histórico hai que trasladarse a la época en que se desarrollaron los sucesos, i por consiguiente debe tomarse mui en cuenta que, en un ejército separado hasta ese entonces por luchas intestinas i dividido en dos bandos que obedecían únicamente a sus respectivos jefes, no podía existir una verdadera unidad de mando tan necesaria en esos momentos.

No obstante, leyendo la correspondencia que en esos días aciagos medió entre ambos jefes, se puede establecer claramente cuáles fueron las intenciones del Jeneral Carrera.

## IV

### Operaciones preliminares

A medida que las tropas patriotas completaban su organización iban saliendo hacia el futuro campo de operaciones; en efecto, el 20 de Setiembre llegaba a Rancagua la división de vanguardia O'Higgins, con un total de **1.115** hombres, entre infantes de los batallones 12 i 13, dragones, milicianos de caballería y artilleros para el servicio de 6 piezas.

Entre tanto, la segunda división, de Juan José Carrera, compuesta de poco más de 600 hombres del batallón de granaderos N° 1 de infantería, cuerpo que tanto renombre adquirió en las primeras campañas de la patria vieja, 84 artilleros i 1.153 milicianos de caballería de la provincia de Aconcagua, establecía el 27 su vivac en la chacra de Valenzuela, una legua al oriente del Rancagua.

La tercera división, de don Luis Carrera, terminaba en esos días de alistarse en Santiago. En conformidad al plan de operaciones, las dos primeras divisiones se dirijieron al Cachapoal, para establecer allí la primera línea de defensa.

Si los patriotas no habían alcanzado a detener al enemigo en la línea del Maule, no era lógico suponer que lo hicieran en la del Cachapoal, río que por la escasez de sus aguas es transitable en varios puntos en todas las épocas del año, i en consecuencia, mui difícil de cubrir para un ejército de tan escasa composición. En la proximidad de Rancagua el Cachapoal tenía entonces tres vados principales: el del Roble, más o menos a 5 Km. al oriente, donde se situó la segunda división (Juan José Carrera), el llamado de la ciudad que quedaba frente de la actual estación de Gultro, i al occidente el de la Punta de Cortés. El Jeneral O'Higgins cubrió con su división el vado de la ciudad construyendo allí algunas obras de defensa i envió sólo una patrulla al vado de Cortés.

El buen empleo de la caballería realista mandada por el intelijente Coronel Elorreaga encubrió las operaciones del grueso de sus tropas, de tal modo que el 30 de Octubre, es decir, un día antes de la batalla, los jefes de las divisiones patriotas no tenían noticias exactas sobre la verdadera situación del enemigo.

## V

### Operaciones de los realistas

El ejército realista del Jeneral Gaínza, que después del tratado de Lircai se había negado a abandonar el territorio chileno, aguardaba confiado en Chillán la llegada de refuerzos para abrir nuevamente la campaña; éstos no se hicieron esperar i el 13 de Agosto desembarcaba en Talcahuano el Brigadier español don Mariano Osorio, con numerosas tropas de refresco. Sin detenerse largo tiempo en el sur, el nuevo Jeneral en jefe hacía a los pocos días su entrada en Chillán, donde era recibido con repiques de campanas i salvas de artillería.

En cumplimiento a las instrucciones que jeneralmente daban los virreyes del Perú a los jefes españoles enviados a Chi-



Oficial y soldado del Batallón "Granaderos de Chile". Esta unidad combatió en Rancagua a las órdenes del brigadier don Juan José de Carrera

le, para someter a los revolucionarios por medios conciliatorios a fin de poder en seguida expedicionar contra los patriotas argentinos; es decir el desarrollo en forma inversa del famoso plan de campaña de San Martín, el Jeneral Osorio envió al parlamentario que hemos visto llegar al campo patriota al comienzo de esta relación.

Sin esperar el resultado de estas gestiones, concretó su actividad a la reorganización de su ejército, mezclando las tropas del General Gáinza con las traídas del Perú y alcanzando así a poner en pie 5.000 hombres, bien armados i disciplinados. Estas tropas fueron distribuidas en cuatro divisiones, mandadas por los coroneles Elorreaga, Ballesteros, Montoya i Maroto, cada una de las cuales formaba dos batallones de infantería con un efectivo de 1.200 hombres i cuatro a seis cañones de campaña por división.

La superioridad manifiesta del ejército realista estaba en su bien instruida infantería, tres veces más numerosa que la de los patriotas; sin embargo, el Jeneral Osorio cifraba sus esperanzas de éxito en las tropas de la tercera división que se componía de: dos compañías del Batallón Real de Lima, los húsares de la Concordia i mui especialmente en el famoso batallón de Talaveras, compuesto de soldados españoles que habían tomado parte en las guerras de la península i tenían por consiguiente una instrucción i disciplina mui superior. Su caballería, aunque poco numerosa, supo desempeñar brillantemente su misión, como le veremos más adelante; finalmente, el comando superior estaba bien constituido, i a diferencia de lo que pasaba en el campo patriota, la autoridad del Jeneral en jefe dominaba sin contrapeso.

A fines de Agosto se ponían en marcha las distintas divisiones i el 25 de Setiembre se reunía el ejército en San Fernando. La lentitud de la marcha precisamente en los momentos en que convenía obrar con mayor rapidez, sólo se explica por la seguridad en el éxito que tenía el jeneral español, i el convencimiento absoluto de que no estando los patriotas en condiciones de oponer resistencia aceptarían las nuevas proposiciones de paz.

Convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, el 30 de Setiembre el Jeneral Osorio, después de haber dado a sus tropas un día de descanso en la hacienda de la Requinoa, más o menos a 10 Km. al norte del río Cachapoal, i ya perfectamente orientado sobre la situación del enemigo, resuelve tentar en esa misma noche el paso del río. En efecto, a las 9 P. M., el ejército cubierto por la caballería se dirige al vado Cortés, que, como sabemos, sólo estaba guarnecido por una débil patrulla, i para distraer al enemigo envió sus milicias a simular un ataque por los otros dos vados. A medianoche, favorecidos por la luz de la luna, se inició el paso del Cachapoal i al amanecer todo el ejército realista estaba en la ribera opuesta. Después de un corto descanso, el Jeneral Osorio, con sus tropas formadas en dos líneas de batalla i apoyando su derecha en el río, emprendía la marcha con el objeto manifiesto de interponerse entre las divisiones patriotas, mientras que su caballería atacaba resueltamente al enemigo.

El Jeneral O'Higgins, que tardíamente notó esta operación que colocaba al ejército español en su flanco, trata de detener a Osorio en su avance para dar tiempo de retirarse a la segunda división (Juan José Carrera) i evitar así que fuese cortada; pero luego tiene noticias que esta división se ha replegado en cierto desorden a Rancagua después de haber perdido parte de su caballería.

La desordenada retirada de la segunda división patriota, el desbande de la mayor parte de su caballería i muy principalmente el sorpresivo avance de los realistas, venían a cambiar radicalmente la situación de los patriotas; en efecto, no era ya posible pensar en una retirada a la Angostura, el enemigo no daría tiempo para ello, no quedaba por lo tanto otra solución que defenderse a toda costa en Rancagua. Fue lo que se hizo.

## VI

### La batalla

Una hora más tarde entraba el Jeneral O'Higgins a la pequeña villa de Rancagua, teatro de sus hazañas i que debía más tarde inmortalizar con su heroísmo.

Resuelto, como hemos visto, a constituir el núcleo de su defensa en esta histórica plaza, había hecho construir a una cuadra de distancia de las boca-calles, parapetos de más o menos un metro de altura en forma de ángulo saliente; a estas pequeñas fortificaciones servían como puntos de apoyo las casas de ambos costados convenientemente arregladas con arpilleras, troneras i otras obras de defensa que permitirían a los soldados aprovechar los bajos techos para hacer uso de sus armas.

Después de tomar el mando de los 1.700 hombres a que alcanzaba el efectivo de las dos divisiones patriotas, distribuye en cada trinchera una o dos compañías de los batallones N<sup>o</sup>. 1, 2 i 3, es decir, de 150 a 200 hombres con dos piezas de artillería.

Los capitanes Astorga, Sánchez, Vial i Molina mandaban respectivamente las fuerzas de las calles de San Francisco, Merced, Oriente i Poniente.

A la caballería, compuesta de los Dragones de Freire, ya que no le era posible desempeñar por ahora ningún papel, se le hizo desmontar i colocar sus caballos en los huertos vecinos. La reserva principal quedaba en la plaza, lista para apoyar al punto más débil de la posición o para emplearla en un contrataque; en este mismo sitio se colocaron las municiones de repuesto i parte de los bagajes. El hospital para el cuidado

de los heridos atendido con los escasos medios de que entonces se disponía, se instaló en una de las casas de la acera norte, i el cuartel jeneral en la esquina sur oriente (actual edificio de la Intendencia), en tanto que en la torre de la Merced, donde flameaba el antiguo tricolor del año 13, se colocaba un puesto de observación.

Antes de las diez de la mañana estaban terminados los preparativos de la defensa.

El Jeneral Osorio viendo que el enemigo rehuía el combate i se encerraba en Rancagua, envió rápidamente a la división de vanguardia Elorreaga i a la caballería hacia el norte del pueblo, con la misión de cortar las comunicaciones de los sitiados con la capital, i ordenó entonces sencillamente que las tres divisiones restantes atacasen la plaza en la forma siguiente: división Maroto, por el lado del sur; división Carvallo, por el oriente i división Montoya, por el occidente; mientras él con su Estado Mayor i los húsares de su escolta permanecerían al sur del pueblo.

A esa misma hora, diez de la mañana, las tropas realistas sin haber hecho antes ninguna preparación para el avance, emprenden resueltamente la marcha. El ataque principal lo dirigió la división Maroto, compuesta, como sabemos, de la élite del ejército, por la calle de San Francisco; a su cabeza el orgulloso batallón de Talaveras en correcta formación i con el arma al brazo, se aproximó en columnas hasta quedar a tiro de fusil de la trinchera. A la voz de ¡fuego!, ¡fuego! dada simultáneamente por los capitanes Astorga i Millán, dice una relación de la batalla, "se oyó el grito de ¡viva la patria! i la trinchera como sacudida por un movimiento eléctrico vomita una nutrida lluvia de metralla i balas de fusil que sembraba la muerte en las filas realistas i produce una gran perturbación".

Los Talaveras, a fuer de tropas veteranas tratan de resistir i alcanzan a llegar hasta las mismas posiciones, pero, finalmente, se ven obligados a retirarse con grandes pérdidas.

El Jeneral Osorio, furioso al saber el rechazo de sus mejores tropas, ordena a los húsares de su escolta cargar por la calle de San Francisco i clavar los cañones; una medida, tan desacertada no podía producir buenos resultados i los húsares a pesar del arrojo de su jefe Coronel Barañao, sufren la misma suerte de los Talaveras.

En vista de que el ataque había también fracasado en las demás trincheras por falta de preparación conveniente, a las 11 ordenó el General Osorio suspender el fuego. En este intervalo los realistas se ocuparon de construir abrigos para emplazar su artillería frente a las fortificaciones patriotas i tener así un punto de apoyo para su avance.



Oficial del Regimiento "Húsares de la Gran Guardia" (Comandante don José M. Benavente), que formaba parte de la división (la 3ª) que pretendió romper el cerco de Rancagua, sin conseguirlo

A las 2 P. M. renuevan con furia el ataque i, como en la mañana, el empuje más fuerte lo sufrió la trinchera de San Francisco ya convenientemente reforzada, pero esta vez los patriotas no se contentan sólo con defenderse sino que el Jeneral O'Higgins ordena al Capitán Ibáñez i Teniente Gazmuri efectuar con 100 hombres un contrataque; después de un recio combate cuerpo a cuerpo en la calle de San Francisco, logran los valientes soldados entrar a la plaza arrastrando un cañón, de la batería de San Bruno, trofeo de su victoria.

El tercer y último ataque general efectuado por los realistas en la tarde de ese día tuvo el mismo resultado desastroso de los anteriores.

La noche vino a suspender las hostilidades, las tropas realistas aunque mui fatigadas por la marcha i el combate de todo el día se ocuparon de preparar el asalto para la mañana siguiente; en efecto, desviaron el curso de las acequias que surten de agua al pueblo, levantaron parapetos, construyeron caminos de aproximación rompiendo murallas por el interior de las casas, lo que demuestra claramente que tomaban, aunque un poco tarde, las medidas necesarias para facilitar la caída de la plaza.

Por su parte, en el campo patriota, aunque se había podido resistir victoriosamente a todos los asaltos, la disminución del número de combatientes, la falta de víveres i municiones hacía la situación desesperada. Las tropas que no habían comido en todo el día, se ocupaban durante la noche en reforzar los puntos débiles de las posiciones.

Mientras tanto, una junta de guerra que tuvo lugar aquella noche memorable, reunía a los jefes patriotas, los que sin desanimarse, acordaron unánimemente continuar la resistencia, i el Jeneral O'Higgins logró hacer salir de la plaza a un valiente soldado de Dragones, con el mensaje para el Jeneral en Jefe, a quien se suponía a esas horas cerca de Rancagua.

Veamos ¿qué habían hecho entre tanto las tropas de la III División?

Aunque parecería lógico que el Jeneral don José Miguel Carrera se hubiese encontrado en esos días adelante con el grueso de sus fuerzas, es decir, de las dos divisiones que cubrían el río, para haber dado así mayor unidad al desarrollo de las operaciones, los quehaceres del gobierno i los partes contradictorios de la vanguardia, debidos al mal servicio de la caballería patriota, lo hicieron creer que el enemigo no avanzaría tan luego a la línea del Cachapoal, dándole con esto tiempo para completar la organización de la III división i demás unidades de reserva, a fin de poder así oponerse al avance realista con mayor probabilidades de éxito.

Terminados estos preparativos, salía el 30 de Septiembre de Santiago i encontraba en ese mismo día, en la hacienda El Mostazal, a las tropas del Coronel don Luis Carre-

ra en marcha hacia el Cachapoal; como recibiese en esa misma fecha noticias de la división de vanguardia comunicando que: "probablemente el enemigo no intentaría tan luego el paso del río" (Parte de O'Higgins a Benavente) resolvió que la división acampase en ese punto.

Sorprendido a la mañana del siguiente día 1° de Octubre, al recibir los partes de O'Higgins, i las noticias contradictorias i desfavorables que llegaban sobre el desarrollo del combate, cortado el grueso de sus tropas, i todavía sin poder penetrarse de las verdaderas intensiones del enemigo, ya que, dada la proximidad de la caballería de aquél, no era raro intentara con parte de sus fuerzas una ofensiva sobre la capital, su situación había llegado a hacerse bastante crítica; no obstante, queriendo orientarse mejor i auxiliar en caso necesario a los sitiados, se puso en marcha a la cabeza de la III división alcanzando a llegar al anochecer a las Casas Coloradas de la Cuadra que aún hoy se conservan al oriente de la línea férrea en la proximidad de Rancagua. En su camino trató inútilmente de reunir a las milicias de Aconcagua que, como sabemos, se habían desbandado antes de comenzar la acción.

Fue entonces i durante esa noche cuando recibió el histórico i conocido mensaje del Jeneral O'Higgins que decía: "Si vienen municiones, i carga la III división, todo es hecho".

*La llamada III división, en la cual los patriotas cifraban tantas esperanzas, se componía en total de 915 hombres; 195 infantes, 83 individuos de la gran guardia con fusiles, 30 artilleros con dos cañones i 607 jinetes armados con toscas lanzas i casi completamente desprovistos de instrucción i disciplina.*

*Es evidente que tan escasas fuerzas no eran aptas para tentar una acción decisiva e inclinar la balanza a favor de los patriotas, toda vez que como se sabe la sola infantería realista tenía un efectivo superior a 4.000 hombres. Sin embargo, el deber del soldado indicaba al Jeneral en Jefe que debía acudir al estampido del cañón, en auxilio de sus compañeros y el Jeneral Carrera no vaciló un instante, no para conseguir un éxito decisivo, que de sobra el sabía que en las circunstancias actuales era casi imposible, sino con el objeto de efectuar un ataque demostrativo hacia la plaza i dar así tiempo a los sitiados de salir.*

A la mañana siguiente, 2 de Octubre, se puso la III división en marcha. Los hermanos Benavente, jefes de la caballería patriota, rechazan y contienen la ofensiva de la caballería realista i el Coronel don Luis Carrera, con la infantería i dos cañones, sostiene desde la Cañada de Rancagua, un nutrido fuego contra la numerosa i bien preparada infantería realista convenientemente apoyada por su artillería.

*A mediodía, las tropas de la III división, que más tarde*

*las vemos protegiendo la retirada del ejército patriota, se retiran hacia el norte sin haber conseguido facilitar a los sitiados la salida de la plaza, en vista del esfuerzo inútil que significaba esa demostración.*

Entre tanto, en Rancagua, los realistas resueltos siempre a posesionarse a toda costa de la plaza, i ahora con mayores probabilidades de éxito por los trabajos preparatorios efectuados durante la noche, renovaron su ataque con ardor. Como en el día anterior el empuje principal hubo de soportarlo la trinchera de San Francisco al mando del bravo Capitán Astorga, i esta vez los Talaveras furiosos por los desastres anteriores avanzan con crespones negros en las banderas de sus guías intimando rendición a los patriotas, intimación que era contestada con repetidos vivas a la patria.

El rechazo de las tropas de la III división no podía desalentar a los heroicos defensores, i el Jeneral O'Higgins, que desde la torre de la Merced había observado esa mañana las distintas peripecias del combate, exalta poderosamente el valor de los extenuados defensores i el quinto ataque realista es rechazado después de 30 horas de combate.

Una relación de la batalla dice: Que los montones de cadáveres cubrían la trinchera, que la tropa no había comido ni dormido i veía su efectivo reducido a menos de la mitad, que la totalidad de los artilleros estaban muertos o heridos, i agrega todavía que para colmo de desgracias una chispa volada de uno de los edificios incendiados por los realistas cayó sobre las municiones amontonadas en la plaza i produjo una terrible explosión.

En esta crítica circunstancia toda resistencia se había hecho imposible, no quedaba otro dilema que morir en su puesto o abrirse paso a través de las trincheras. El Jeneral O'Higgins, con esa serenidad que lo caracterizaba en los momentos de peligro, ordena "montar los Dragones" i reuniendo cerca de 300 hombres seguido por el Jeneral don Juan José Carrera y el Coronel don Ramón Freire, espada en mano consigue romper las filas enemigas por la calle de la Merced, alcanzando hasta la cañada del pueblo donde la pequeña columna se dispersa en todas direcciones.

Los heridos i los defensores que no habían podido acompañar a su jefe, mantuvieron aún la resistencia, i sólo a la caída de la tarde el orgulloso ejército del Rey hacía su entrada triunfal en la plaza.

Así concluyó esta memorable epopeya de Rancagua, tumba de la Patria Vieja i glorioso término de ese primer período de la emancipación chilena tan brillantemente comenzado en Yervas Buenas y San Carlos.

### III.-LA BATALLA DE RANCAGUA SEGUN LOS REALISTAS

*Al final de los artículos de esta sección, como de las demás secciones, el lector podrá encontrar la fuente de donde fueron ellos obtenidos. Estas fuentes son las obras que el historiador Torrente, el Coronel Rodríguez Ballesteros y el Mariscal Quintanilla escribieron sobre las guerras de la Independencia de Chile. La batalla de Rancagua es, en dichas obras y lógicamente, sólo un capítulo de las mismas. Ello ayudará a explicar al lector la iniciación aparentemente brusca de los relatos, sin el antecedente previo que lo oriente debidamente.*

*En este caso, como en el anterior, llama la atención la manera objetiva y serena cómo son enfocados los caudillos patriotas y sus tropas a través de la campaña. Torrente se muestra como el mejor de los panegiristas de Carrera; Rodríguez Ballesteros no pierde ocasión para ensalzar a O'Higgins y se demuestra asaz comprensivo con don José Miguel; Quintanilla, por último, se manifiesta igualmente un sincero admirador de nuestro prócer máximo.*

*No podía esperarse otra cosa de la legendaria hidalguía española. . .*

#### LA BATALLA DE RANCAGUA

MARIANO TORRENTE

ESTE era el estado de los negocios cuando llegó un parlamentario del comandante general Osorio con la intimación de O'Higgins de suspender su marcha, y al Gobierno de Chile de deponer las armas y prestar la debida obediencia a la autoridad real, alegando por causa del rompimiento de las hostilidades la variación que se había hecho del Gobierno de la capital. La situación de Carrera era sumamente apurada: en guerra civil con O'Higgins, y con un respetable ejército al frente, que se había enseñoreado libremente de to-

do el país, por donde había extendido su halagüeño influjo, sólo un genio extraordinario era capaz de desechar con altivez las intimaciones de Osorio, y de apelar a las armas en una crisis tan espantosa en que todos los elementos obraban contra él. Deponiendo privados resentimientos, y aún derogando su misma dignidad, escribió a O'Higgins encareciendo la necesidad de unir sus armas contra el enemigo común: reconciliados en una entrevista estos dos furiosos rivales, se ocuparon de consuno en hacer los más vigorosos preparativos para rechazar los ataques del jefe realista.

Aquí brilló por la última vez la energía y aptitud de Carrera: levantar nuevas tropas, destruir la divergencia de opiniones, guarnecer los puertos, reunir un millón de pesos en las cajas públicas, y limpiar el interior de los sujetos más inquietos y sospechosos, fue obra de muy pocos días. Era el 20 de septiembre cuando llegaron a la villa de Rancagua las primeras tropas de los disidentes, en número de 1.150 hombres al mando de O'Higgins; la segunda división, que se le reunió el 24 a las órdenes del brigadier don Juan José Carrera, constaba de 2.000. El ejército realista, superior en número, estaba situado en la casa de Valdivieso cinco leguas al sur de Rancagua, y sus avanzadas se extendían hasta las orillas del Cachapoal. Habiendo cruzado Osorio dicho río en la noche del 1º de octubre dos leguas más abajo, en un vado desguarnecido por las tropas contrarias, se halló al amanecer sobre su flanco derecho.

Salió la caballería de los insurgentes a contener aquel movimiento; pero a pesar de sus brillantes cargas, se vio preciarla a retroceder y encerrarse en Rancagua, picándole tan de cerca la retaguardia los realistas, que entraron casi al mismo tiempo en el pueblo, apoderándose de la mayor parte de sus calles y acorralando en la plaza a las dos divisiones enemigas. La tercera de éstas, al mando del supremo magistrado, estaba maniobrando en las inmediaciones de aquella villa con la mira de auxiliar la salida de las tropas sitiadas; mas todos sus esfuerzos fueron ineficaces para romper la línea de los españoles, quienes deseando ver terminada pronto aquella contienda, dieron un asalto general, dejando expedita la salida por la parte del Este para que fuera menor el empeño de la resistencia. Los patriotas se defendieron con valor; pero hubieron de ceder al irresistible brazo de los realistas. Los dos jefes principales de las divisiones, varios oficiales y alguna caballería se salvaron por el indicado flanco; los demás quedaron en poder del victorioso Osorio, que ciñó aquí su frente de los más ilustres laureles, habiendo peleado a competencia con la mayor bizarría jefes, oficiales y soldados, y en particular el benemérito Elorriaga, a quien había sido confiado el importante punto de la Cañada.

El cuerpo de reserva se dispersó por la ineptitud de los comandantes encargados de incorporarse a la 3ª división. En



Oficial y soldado del Batallón de Talavera, cuerpo peninsular que participó en el sitio al mando del Coronel don Rafael Maroto

estas críticas circunstancias era tan imposible la defensa de la capital como peligrosa la retirada; pero el impávido Carrera la verificó con el mayor orden, dirigiéndose hacia Coquimbo escoltando un convoy de cien carros y mil seiscientas mulas, cargadas de municiones, pertrechos de guerra, y de trescientos mil duros, destinados a la compra de auxilios para abrir de nuevo la campaña en dicha provincia de Coquimbo. El ejército realista caminaba en el entretanto para la capital, de la que tomó posesión el día 5 de octubre habiendo sido uno de sus primeros cuidados destacar contra los prófugos una fuerte columna al mando de dicho Elorriaga.

Al llegar los emigrados a Aconcagua se desertó una parte de las tropas que los escoltaban; y la pequeña fuerza auxiliar de Buenos Aires estacionada en aquel punto se negó a prestar los servicios que se exigieron de ella. Carrera se halló en el último grado de desesperación: con muy poca tropa, y aun ésta desmontada, rodeado de infelices familias que huían de la afortunada espada del general realista, y cuyos lastimosos ayes herían de continuo sus oídos, desobedecido por las partidas sueltas, contrariado en todos sus proyectos, y no hallando por cualquiera parte por donde tendía la vista más que tristes efectos de la seducción, de la intriga, de la indisciplina, del desaliento y de la cobardía, conocía que todos los caudales y efectos salvados en la emigración iban a caer en las manos del orgulloso enemigo, que se hallaba ya a muy pocas leguas de distancia, si con los atrevidos vuelos de su ingenio no paraba aquel terrible golpe.

No tenía Carrera a aquella sazón mas que ochenta fusileros disponibles; pero vistiendo con nuevos uniformes a los conductores del cargamento, a los libertos y demas individuos del convoy, reunió hasta 500 hombres, los que saliendo al campo sostenidos por cuatro piezas volantes, y aparentando un aire marcial que convenía muy poco a su verdadera disposición, se dirigieron a ocupar la cuesta de Chacabuco con la mayor confianza. Los realistas, que estaban bien distantes de creer que habían de encontrar una fuerza tan respetable, no se atrevieron a atacar dicho convoy, el que al favor de aquella estratagemata pudo continuar su marcha, abandonando sin embargo preciosos efectos que la falta de acémilas y la misma precipitación de su viaje no les permitía conducir.

Con aquellos mismos ochenta fusileros montados que Carrera había presentado en Chacabuco, se dirigió hacia Coquimbo para examinar los motivos de la tardanza de la división que ocupaba a Valparaíso, tomarla a sus órdenes, proteger los caudales públicos, y formar un nuevo ejército con los dispersos que debían reunirse en aquella provincia por la parte oriental de la cordillera; pero hacía tiempo que la inconstante fortuna miraba con torvo ceño a este esforzado guerrero. Apenas llegó a Santa Rosa se le desertó la mitad de su escolta, y supo

que la citada división de Valparaíso se había rebelado, y que caminaba en busca de los caudales del gobierno para presentarlos al General español. Este fue el último golpe que llegó a conmovier la inimitable constancia y entereza de aquel caudillo: vio lo infructuoso de sus esfuerzos, y la fatalidad de su destino. Ya no pensó sino en poner en salvo su persona, lo que consiguió uniéndose con su hermano el coronel, no sin las mayores dificultades por hallarse ocupados casi todos los pasos de la citada cordillera.

El bizarro Elorriaga, que había llegado hasta el paraje llamado Ojos de Agua, hostigando incesantemente a la errante y desgraciada caravana, regresó a la capital cargado de un precioso botín. Ya se hallaba pues todo el reino de Chile pacíficamente sometido a la autoridad real, menos la provincia de Coquimbo que al favor de la distancia, y con la presencia del sedicioso Carrera había quedado algún tanto conmovida. El atrevido Elorriaga, que fue el alma de la pacificación en esta campaña, se embarcó en Valparaíso para Coquimbo; y la sola noticia de su llegada sosegó los ánimos, y sometió toda la provincia, cuyo gobierno le fue conferido en premio de sus distinguidos servicios.

De "*Historia de la Revolución en Chile (1810-1828)*" - Mariano Torrente. (Colección de Historiadores y de Documentos de la Independencia de Chile. Tomo **III.**).

## BATALLA DE RANCAGUA

Coronel JOSE RODRIGUEZ BALLESTEROS

HIGGINS, depuestos los sentimientos, sacrificó en obsequio de la patria los particulares que tenía contra las pretensiones de Carrera, y retrocedió con sus tropas a hacer frente al ejército real.

Carrera, con el auxilio de sus hermanos, reunió un cuerpo de 2.000 hombres y colocó su ejército en el siguiente orden:

Vanguardia, el General O'Higgins con su división de 900 hombres;

Centro, don Juan José Carrera con 700 granaderos, a acamparse a orillas del río Cachapoal, a inmediaciones de Rancagua;

La retaguardia, compuesta de 2.000 hombres entre veteranos y reclutas, a las órdenes de don Luis Carrera.

Otra división de caballería, al mando del General don José Miguel Carrera, maniobraba a las inmediaciones de la villa para proteger la salida de las tropas sitiadas.

El General Gaínza, que por lo determinado en la junta de oficiales celebrada en Chillán había desechado los tratados, esperaba únicamente la contestación del Virrey para cruzar el Maule, habiendo salido ya de Chillán a este efecto (como se ha referido) algunas partidas con el mismo Gaínza, que se hallaba en este punto y no en Concepción como dice Miller en sus *Memorias*, tomo I cap. 5º pág. 104, al ingreso de Osorio, quien llegó a relevarlo en el generalato con las primeras tropas peninsulares que se vieron en esta campaña, un cuadro de oficiales para el escuadrón Carabineros de Abascal, para el que fue electo comandante don Antonio Quintanilla, monturas, uniformes, muchos pertrechos, buena artillería y caudales.

Inmediatamente trató Osorio de marchar, y arreglado a las órdenes o instrucciones del Virrey formó en Chillán un escuadrón de milicia Húsares de la Concordia a las órdenes de don Manuel Barañao, y en seguida, en el propio cuartel de Chillán, dividió el ejército como se manifiesta en seguida:

**VANGUARDIA**

Coronel Elorreaga con milicianos . . . . .	200	plazas
Teniente coronel de milicias Quintanilla con su escuadrón . . . . .	150	"
Coronel Carvallo con su batallón Valdivia con . . . . .	502	"
Coronel Lantaño, batallón Chillán . . . . .	600	"
Caballería . . . . .	350	
Infantería . . . . .	1.102	
Total . . . . .	1.452	1.452 plazas

Con cuatro cañones de campaña.  
 Jefe de la caballería, Elorreaga.  
 Jefe de la infantería, Carvallo.

**PRIMERA DIVISION**

Jefe, coronel de ejército don José Ballesteros, batallón voluntarios de Castro . . . . .	800	plazas
Batallón voluntarios de Concepción . . . . .	600	"
Total . . . . .	1.400	plazas

Con cuatro cañones de campaña.

**SEGUNDA DIVISION**

Jefe, coronel de ejército don Manuel Montoya, batallón de Chiloé . . . . .	500	plazas
Batallón auxiliar de Chiloé . . . . .	550	"
Total . . . . .	1.050	plazas

Con cuatro cañones de campaña.

**TERCERA DIVISION**

Jefe coronel de ejército don Rafael Maroto, batallón de Talavera . . . . .	600	plazas
Dos compañías de real de Lima . . . . .	200	"
Escuadrón Húsares . . . . .	150	"
Total . . . . .	950	plazas

Con seis cañones de campaña.

**TOTAL DE LA FUERZA**

Infantería . . . . .	4.352
Caballería . . . . .	500
Artillería con 18 cañones . . . . .	150 artilleros
Suma . . . . .	5002 hombres

El día 28 de agosto salió de Chillán la vanguardia de infantería y caballería, el 23 la primera división, el 30 la segunda y el 31 la tercera, el General y los pertrechos, los equipos, la provisión, etc., todo escoltado por la caballería de milicia y dragones veteranos de Concepción, que éstos componían la escolta del General, con dirección el ejército de la hacienda de Valdivieso, al sur de Rancagua, río de Cachapoal por medio, donde debería acamparse.

El 28 de septiembre se presentó en el ejército el coronel don José Hurtado, que fue en rehenes a Santiago cuando los tratados de Talca, pudiendo incorporarse por la fuga que hizo de la capital por caminos extraviados, quedando en Santiago el coronel don José Ramón Vargas que no se reunió al ejército hasta la entrada de éste en aquella ciudad.

El día último de septiembre en la noche, con el mayor silencio rompió su marcha el ejército del campamento de Valdivieso para Rancagua, haciendo descansos por los relojes de los jefes de división, en cada hora un cuarto.

Al amanecer del 1° de octubre se cruzó el río Cachapoal, y en seguida, después de una corta proclama dirigida por los jefes de división a sus tropas, se emprendió el avance en columnas cerradas a la plaza, la que distaba del paso del río como una legua.

En el momento se presentó en divisiones el batallón de granaderos de don Juan José Carrera a impedir la entrada a la plaza; pero las compañías de cazadores realistas en guerrillas, le obligaron a replegarse al centro.

A la orden de avance, el ejército real se precipitó de tal suerte que no se pudo contener, franqueando el paso con la artillería y repartiéndose en el pueblo en los puntos más esenciales.

Elorreaga y Quintanilla se situaron con la caballería en la cañada que demora al norte de la población; por este mismo punto se dirigió a ocupar las calles directas de la plaza, el coronel Carvallo con los batallones de la vanguardia y el coronel Lantaño; por los callejones de la Cuadra, calle del Oeste para la plaza, el que esto escribe, con los batallones de su división; por la calle de la Merced, el coronel Montoya con los dos batallones de su división y el comandante Navía;

por la calle de San Francisco, el coronel Maroto con su división, el comandante Velasco y el de igual clase Barañao.

Colocados en este orden, y la artillería a vanguardia por las bocacalles, se rompió el fuego más activo, tenaz y violento que pueda imaginarse. En las cuatro entradas de la plaza tenía la tropa independiente formadas sus trincheras con artillería de grueso calibre; pero por las calles dirigían un fuego graneado de fusilería por ventanas, tejados y troneras abiertas en las paredes, parapetándose por dentro, y causaban un destrozo horrible sin poder ser ofendidos. Para la ofensiva se siguió que el ejército real se hiciese una masa mixta y desparramada, que aunque fue desordenada esta repartición y a discreción, causó en el primer ataque el retroceso de los independientes al centro, franqueando los ramales de la población a los realistas.

Por la punta de Cortés y por la hacienda de don Andrés Baeza hizo frente al ejército real una partida al mando del bravo capitán don Ramón Freirè, al que auxiliaron 216 de caballería, pero fueron del mismo modo rechazados, internándose al cuadro.

Al principio del ataque se cortó la única agua que entraba a la plaza, y después, conociendo que los sitiados se apoderaban, de las calles y las casas haciendo un fuego ventajosísimo desde los tejados, se determinó por orden de Osorio incendiar la población, como se verificó en una porción de edificios.

Los muertos servían ya de escala a los vivos para saltar paredes de unas a otras casas, y aunque los sitiados intentaron romper a escape en la noche del día 1º, no pudieron conseguirlo por ninguno de los puntos que buscaron a este efecto; sólo don Juan José Carrera disfrutó este beneficio.

En la mañana del día 2, después de avanzar la artillería por forados que se abrieron en las paredes de las casas por no poder sostener sus fuegos en las calles directas por el graneado de metralla y fusilería de la plaza, la primera división realista de mi mando consiguió tomar una trinchera por el famoso capitán del batallón Concepción don Pedro del Pino y sargento del mismo cuerpo Vicente Benavides que, como se tendrá presente, fue el que incendió la pólvora al huir del Membrillar, cuando las divisiones del General O'Higgins y de Mackenna, reunidas, se preparaban para atacar el ejército real en su cuartel general de la villa de Linares, y que posteriormente, de comandante de la frontera, hizo prodigios de valor. Con la apertura de algunos forados pudo aproximarse esta división hasta la misma plaza.

En la noche del día 1º en lo más recio del ataque, llegó la retaguardia patriota a la Quinta de Olivos al norte de la población. El teniente coronel de los disidentes don Juan José

Benavente, con dos piezas de artillería y alguna caballería, se puso al frente del callejón de la Quinta, y el comandante de libertos don Ambrosio Rodríguez con el capitán don Juan de Dios Ureta ocuparon valerosamente el callejón con toda la demás fuerza. Así pasó esta tercera división hasta la mañana del 2, en la que, conociendo la imposibilidad de auxiliar a la plaza, se retiraron.

El General don José Miguel Carrera que se hallaba en su caballería fuera de la plaza, hizo una junta de jefes en la mencionada Quinta, y en la sesión que se tuvo prevaleció el dictamen de su hermano don Luis. "*Mártir o libre; adentro de la plaza sin tardanza*". Animados con la fogosidad de este valiente comandante, empezaron un vivo ataque para forzar el paso por el callejón de Olivos, la mitad de la fuerza al mando del coronel Benavente, y el resto a las órdenes de su hermano don Diego, de don Ambrosio Rodríguez y de otros comandantes de caballería.

Este ataque fue sostenido cerca de la cañada por la caballería del invencible Elorreaga desde las 9 de la mañana hasta las 3 de la tarde, y aunque Elorreaga pensó cortarles la retirada por el callejón que va a la compañía, no pudo verificarlo, pero sí consiguió que se replegase a la Quinta.

Se llenó de gloria el abanderado Ovalle, del batallón auxiliar de la patria, que desde el principio del ataque con entusiasmado valor se mantuvo a pie firme en la plaza con la bandera, habiéndole privado de esta heroicidad y valor una bala que le impidió por entonces seguir expuesto a los tiros de los realistas. El de la misma clase don José María Yañez lo relevó con esforzado ánimo, pero sacrificó su vida en el puesto que ocupaba, habiéndose mantenido con firmeza hasta posesionarse el ejército real de la plaza. Ovalle fue hecho prisionero, pero habiéndose fugado, se presentó al General San Martín en Mendoza para volver con el ejército de los Andes a salvar a su país en la memorable batalla de Chacabuco.

Las mujeres se refugiaron en la Iglesia de San Francisco, desde cuya torre era incesante el fuego de los patriotas.

Atacando por esta calle con su batallón el coronel Maroto en columna cerrada, el teniente coronel Velasco, comandante de las compañías del Real de Lima que observó la mortandad que sufrió de frente con todos los fuegos de la batería de la plaza, le advirtió en confianza: "Mi coronel, ¿cómo ataca Ud. en columna cuando estamos sobre las trincheras?" A lo cual contestó Maroto: "Que a un jefe español no se le hacían advertencias, y que los bigotes le habían salido en la guerra contra Napoleón". Siguió su marcha y al encimar el puente de San Francisco recibió dos cañonazos a metralla que echaron por tierra la mayor parte de los granaderos y muchas

hileras de derecha a izquierda de las compañías de fusileros, y de esto resultó la dispersión de un crecido número de tropas de ese batallón.

Barañaño mandó sable en mano a su escuadrón de húsares, diciendo a Maroto: "Que en América se peleaba de aquella suerte"; cargó desesperadamente sobre la trinchera; y de otro tiro de metralla cayó herido del caballo y murieron varios húsares. Barañaño no desmayó por este accidente, y con intrépido ánimo pasó a las calles atravesadas, echó pie a tierra el escuadrón y siguieron con sus tercerolas atacando furiosamente la plaza. El comandante Velasco con sus tropas, y el capitán don Francisco Herdoiza, hicieron prodigios de valor. Maroto y Morgado se retiraron a la casa donde se hallaba el General Osorio, y los talaverinos se dispersaron fuera de los fuegos por compañías formadas con sus oficiales: sólo quedó de este afamado batallón la sexta compañía con su famoso capitán San Bruno; este formó una contra trinchera en medio de la calle y reunido a las tropas de Velasco y húsares batieron la plaza.

Las demás divisiones activaron sus fuegos y sus avances y ejecutaron otras operaciones convenientes al asalto; y en la tarde del 2, después de treinta y dos horas y media de fuego sin intermisión, se vieron los sitiados en la dura necesidad de abandonar la plaza que defendieron con tan heroico valor y a tanta costa.

Los independientes trataron de forzar la salida por la cañada, pero fueron batidos por los valdivianos, los chillanejos y la caballería de Elorreaga; sin embargo, a todo trance se abrieron paso dejando noventa prisioneros y más de cien muertos y heridos, se ampararon de la divisón auxiliar de don Luis Carrera y en el callejón de Olivos, y precipitadamente marcharon todos reunidos para Santiago.

Quedó evacuada la plaza con más de 800 prisioneros, dentro de ella todo el parque, sin número de fusilería y correajes y muchos equipajes, y sembrados de cadáveres los patios y las casas y las calles; la sangre corría por todas ellas, y había un considerable número de zurrones de plata sellada desparramados en la plaza.

Miller en sus *Maniobras*, tomo I, cap. 5º, pág. 105, asegura "que el ejército real enarboló bandera negra en esta batalla", caso que no sucedió en toda la campaña; "que Ordóñez, como segundo de Osorio en este ataque, resolvió hacer el último esfuerzo"; raro caso, cuando en ese entonces Ordóñez todavía no había pisado la América: ni un segundo jefe podría determinar arbitrariamente sin órdenes del primero, estando éste presente, ni podría haber sido otro el segundo de Osorio en aquellas circunstancias, según orde-

nanza, que el coronel don Rafael Maroto como jefe más antiguo y de mayor graduación en el ejército.

A la verdad, la batalla de Rancagua debe ser memorable en la historia: un activo y tenaz fuego; un humo denso mezclado con el oscurísimo que despedían los edificios por el incendio; los alaridos y quejas lastimosas de los moribundos; la ferocidad de las tropas, demasiado encarnizadas por una y otra parte, que ya no daban cuartel; y aquel suplicar de muchos, que pedían unos que acabasen de quitarles la vida a fin de concluir sus penas, y otros pidiendo la existencia de ella: era el cuadro más triste y patético que podía presentarse a la vista de la humanidad.

Se calculó el número de muertos por ambas partes en mil trescientos y más hombres, y los heridos a proporción.

En la noche del día 1<sup>o</sup> los jefes de división tuvimos orden del General Osorio, comunicada por el coronel Urrejola, para desamparar el sitio y retirarnos con las divisiones a inmediaciones del río Cachapoal; lo que no pudo verificarse por estar ya avanzados a la plaza; y que de haberlo ejecutado en aquella tenebrosidad, habría sido perseguido el ejército real por el General O'Higgins reunido ya a don José Miguel Carrera, que con su numerosa caballería se hallaba a poca distancia de la plaza, y entonces no hubiera quedado un solo realista para contar la tragedia.

Por lo dicho verá el autor del *Hispano* que no medió tal orden del General Osorio para franquear la salida a los sitiados, que tuvieron que sufrir la pérdida de noventa prisioneros y más de ciento entre muertos y heridos.

El demasiado arrojo del esforzado General O'Higgins le salvó y sirvió a sus compañeros; y se manifestó más su valor en este caso en que la presencia de ánimo con que defendió la plaza, pues la desgracia misma, lejos de abatirlo o desmayarlo, le infundió más fortaleza y vigor. Esta superioridad o constancia de los reveses de la fortuna hace brillar más maravillosamente el mérito de este General, digno de toda recordación en lo futuro.

Concluido el ataque, se presentó el General Osorio en la plaza, y allí de palabra, y después por escrito, dio las gracias a los jefes de división para que a su nombre las diesen expresivas a los jefes de los cuerpos, oficiales y sus tropas, que con la victoria conseguida habían abierto las puertas para la pacificación de Chile.

De "*Revista de la Guerra de la Independencia de Chile*".

(Colección de Historiadores y de documentos relativos a la Independencia de Chile".

## LA BATALLA DE RANCAGUA

Mariscal de Campo ANTONIO DE QUINTANILLA

**C**ONTINUAMOS la marcha y nos incorporamos a las demás tropas, en la hacienda de Valdivieso, a dos leguas de la villa de Rancagua donde se hallaba el ejército enemigo al mando de O'Higgins. Allí se me destinó de avanzada sobre el río Cachapoal que dividía mi situación de la de dicha villa y tuve ocasión de acostumbrar el escuadrón, que ya se hallaba con buenos caballos, al fuego con tiroteos entre él y partidas de caballería enemigas que pasaban a la parte donde me hallaba, como igualmente a formar el frente de una batería enemiga y fuera del tiro de metralla para acostumbrarlo a mantenerse firme a las balas de cañón que nos dirigía la batería.

Pasados algunos días se puso en marcha el ejército para atacar al enemigo. Mi escuadrón fue destinado a la división de vanguardia. Pasó el ejército el río Cachapoal, presentó la batalla al enemigo, mas no la aceptó, quedándose en la villa a cubierto de sus calles atrincheradas. El ejército real pasó a atacarlo en sus atrincheramientos y la acción duró todo aquel 1° de octubre y 2 del mismo, que fueron disputadas a palmas las casas para aproximarse nuestras tropas lo más posible a la plaza de la villa. En esta situación aparece una fuerte división de caballería procedente de la capital, al mando del caudillo Carrera, que había sido general del ejército independiente, en socorro de los sitiados. Osorio creyó que podrían reunirse éstos con aquélla y determinó levantar el sitio y ponerse en retirada. Me llamó para comunicarme su resolución y que estuviese listo para proteger ésta, pues iba a dar orden que se efectuase. Yo me admiré de esta resolución y no pude menos que decirle que si la ponía en ejecución contase con que se pasaba al enemigo la mayor parte de los soldados del país, incluso los de mi escuadrón, porque en iguales circunstancias siempre había sucedido lo que experimentaría si llevaba a efecto la retirada y que la división de caballería que traía Carrera, como que lo más se componía de tropas de milicia, era fácil batirla con nuestra caballería reunida y que por ser el ataque en las calles de infantería contra la misma arma, podía reunirse y atacar a la enemiga de Carrera a cuya ejecución me ofrecía yo. El General

se convenció y dio orden para que la caballería se pusiera bajo mi mando. Yo salí de la cañada al frente de mi escuadrón y apenas me presenté al frente del enemigo, éste se puso en fuga desordenada, quedando pues, libres del temor de que se reuniesen al ejército que estaba sitiado en la plaza.

Los enemigos que vieron les faltaba el refuerzo, se deciden a salir de la plaza por diferentes calles echando por delante, y en tropel, porción de mulas y caballos que tenían. Su salida fue el preludio de nuestra victoria, se hizo una carnicería horrorosa, más de dos mil prisioneros, pero O'Higgins y los principales jefes lograron romper por entre nuestras tropas a escape y salvarse. Allí dejaron cuanto tenía su ejército. El saqueo y el incendio eran por otro lado lo más desordenado, pues, los enemigos, al tiempo de salir, dejaron incendiadas las casas y particularmente la en que tenían sus municiones en la plaza.

Concluida esta acción en la que tuve la parte que dejo expuesta, recibí orden del General de seguir la persecución de los fugitivos hasta la Angostura de Paine donde había o tenían una batería y se presumía se reuniesen en ella con las fuerzas de Carrera, y me previno saldrían seguidamente los grupos de caballería en pos de mí.

Emprendí la marcha hasta la batería expresada que distaba seis leguas de Rancagua y como no encontrase enemigos, la continué otras cuatro más hasta las orillas del río Maipo donde presumía hubiesen hecho alto para disputarnos el paso del vado de este caudaloso río y caso de no, pasarlo yo para que estuviese expedito el ejército.

*De "Autobiografía del Mariscal de Campo don Antonio de Quintanilla". (Anales de la Universidad de Chile N° 100).*

**PARTE OFICIAL QUE EL GENERAL D. MARIANO OSSORIO  
PASA SOBRE LA BATALLA DE RANCAGUA AL MARQUES  
DE LA CONCORDIA, VIRREY DEL PERU, D. FERNANDO  
DE ABASCAL**

Santiago, 12 de octubre de 1814.

XCMO. señor:

E El 30 de septiembre pasado, reuní el ejército en la hacienda de don Francisco Valdivieso distante de la villa de Rancagua tres leguas: teniendo de antemano puestos a la orilla izquierda del Cachapoal los Escuadrones Carabineros de Abascal, Húsares de la Concordia (cuerpo levantado nuevamente), Lanceros de los Anjeles, y dos partidas de caballería sueltas, cuyo total era 650 caballos; emprendí la marcha a las 9 de la noche, y en la formación de columna por divisiones en esta forma: a la cabeza 50 granaderos al mando del capitán don Joaquín Magallar; 200 pasos a retaguardia, el subteniente de Talaveras don Domingo Miranda con 25 zapadores; a iguales intervalos seguían los Húsares, cuatro piezas de artillería, vanguardia, sus municiones, cuatro piezas. 1<sup>o</sup> división con las suyas; cuatro piezas; 2<sup>a</sup> división y sus municiones 4 piezas; 3<sup>a</sup> división y las suyas, escuadrón de Carabineros, y partida de dragones; a los flancos de la cabeza de la columna y a distancia de un cuarto de legua las partidas de caballería, caminé hacia los vados de las Quiscas o de Cortés distante de la citada hacienda dos leguas, y otras tantas de la villa. Se pasó el río, y al amanecer ya todo el ejército estaba del otro lado: inmediatamente se formó en batalla en dos líneas apoyando la derecha al río; la partida del teniente coronel don Pedro Asenjo y del capitán don Leandro Castilla, cada una de 100 caballos, empezaron a tirotearse con el enemigo por nuestra izquierda, en el interin di un pequeño descanso a la tropa, y luego se dirigió en batalla hacia la villa; como una legua distante de ella, corriéndome hacia la izquierda, en donde hice alto; viendo que el enemigo cargaba sobre ella, mandé reforzar las indicadas partidas, e incontinenti hice desfilar la vanguardia al mando del coronel don Ildefonso Elorreaga, com-

puesta de los batallones de Valdivia y Chillán al cargo de sus comandantes los coroneles don Juan Carvallo y don Clemente Lantaño; 1ª división mandada por el coronel don José Ballesteros, compuesta de los batallones voluntarios de Castro y Concepción a las órdenes del mismo y el teniente coronel don José Vildósola, y la 2ª división a cargo del coronel don Manuel Montoya, con los dos batallones de su mando Veteranos y Auxiliares de Chiloé, con 4 piezas cada división al cargo del subteniente don Lorenzo Sánchez, el capitán graduado de teniente coronel don Bruno Basán y el capitán don José María Flores, y además el escuadrón de Carabineros mandado interinamente por el teniente coronel don Antonio Quintanilla, hacia los callejones de los Cuadras, previniendo a la vanguardia pasase al callejón de Chada, con el fin de cortar los caminos que de la villa salen para Santiago; en seguida mandé a la compañía de cazadores de Talaveras con su capitán don José Casariego, los Dragones con su jefe don Diego Padilla y dos obuses al cargo del teniente coronel don Alejandro Herrera tomasen la salida de la calle que mira al oeste de la villa, cuya artillería como todas las demás se inutilizó a poco tiempo excepto dos cañones de montaña, unas por el fuego del enemigo y otras por el repetido que hacían. La compañía de granaderos mandada por su capitán don Miguel Marqueli atacó por el punto que media entre la anterior calle y la que va al sur, a la cual se dirigió el regimiento de Talavera y partida del Real de Lima, división mandada por el coronel de aquel cuerpo don Rafael Maroto, y comandante de ella el sargento mayor del mismo don Antonio Morgao, y el teniente don Pedro Barrón, y el escuadrón de Húsares mandado por su comandante el teniente coronel don Manuel Barañao; el de Lanceros al cargo del teniente coronel don Antonio Pardo que había dejado a la orilla izquierda del río, pasó éste luego que se circunvaló la villa, en la cual mandaban a más de los 1,400 hombres de todas armas, y de sus decantadas tropas los cabezas Bernardo O'Higgins y Juan José Carrera; antes de acercarse el ejército a la villa había ya batido y dispersado más de 1,000 hombres de milicias con fusil y lanza; durante su sitio sucedió lo mismo con más de 700 y cuatro piezas que por el camino de Santiago y a su cabeza José Miguel (presidente de la Junta) y Luis Carrera su hermano, venían en socorro de los sitiados, treinta y dos horas de fuego sin intermisión en donde el enemigo tenía doce piezas de artillería de todos calibres puestas y colocadas en diez trincheras que había en otras tantas calles alrededor de la plaza principal y plazuela de la Merced, teniendo las tres cuartas partes de su tropa colocadas en los tejados, y campanarios de San Francisco, parroquia y mercado. Toda su artillería con muchas municiones, doce cajas de guerra, cinco banderas, (cuyas cintas

negras así como la faja del mismo color, era la señal que llevaban para no darnos cuartel) más de 1,500 fusiles, cerca de 900 prisioneros incluso 282 heridos, y entre aquéllos el mayor con divisa de coronel don Francisco Calderón, 31 oficiales y 6... sacerdotes entre curas y frailes, más de 400 muertos, contándose en este número muchos oficiales, la dispersión total de esta reunión de insensatos, la entrada en la capital el 5 del actual, ser ya dueñas las armas del rey, de Valparaíso y otros puntos con todos sus efectos que tenían, ellas son el fruto por ahora de esta victoria: O'Higgins y Carrera huyeron con muy pocos a favor del pelotón que salió de la plaza confundidos con las muchas caballerías que echaron por delante y denso polvo.

Las cuatro banderas pequeñas cojidas en Rancagua que pudieron salvarse del justo enojo de los bravos soldados, y la grande, tomada en esta ciudad, he dispuesto las presenten a V. E. dos valientes de cada división del ejército para que acompañados por V. E. (si gusta) y de las tropas de esa guarnición, tribunales y demás cuerpos de ella, las conduzcan con la mayor pompa posible al convento de Santo Domingo y se coloquen a los pies de Nuestra Señora del Rosario, Patrona del ejército, como justo y debido homenaje que rendidamente le hace por el singular favor que le he merecido en la víspera y día de su advocación, en la cual y a las tres y media de la tarde tuve el gozo de pisar la plaza de la Villa.

Los muchos asuntos que me rodean consiguientes al desarreglo en que he hallado esta capital, el perseguir sin detenerme, después de poner el orden posible en ella, a los cabezas O'Higgins, Uribe, Muñoz y los tres hermanos Carrera, que con un puñado de locos como ellos se han refugiado a los Andes, camino de Mendoza, después de haber saqueado a estos vecinos, iglesias, y hecho un cincuenta de atrocidades, y el deseo de no retardar un momento, dar a V. E. tan agradable noticia, no me permiten extenderme como quisiera, para informarle de la conducta y valor de todos los oficiales y soldados de este ejército, que aunque corto en el número es muy grande por aquellas circunstancias, entusiasmo y subordinación.

Una marcha de siete y media leguas por terrenos llenos de agua y fangosos; un silencio tan profundo que no se oía otro ruido más que el del carruaje de la artillería, la que traían desde Concepción a pie, atravesando más de veinte ríos, sin fumar en toda la noche, desde el jefe hasta el último tambor. La alegría al formarse en batalla, los deseos de batirse, su desnudez y falta de calzado y los vivas al REY repetidísimos aún en medio del horroroso cuadro que presentaba Rancagua, ardiendo por todas partes por las llamas, el hierro y el plomo; le hacen acreedor a las gracias de nuestro augusto

REY DON FERNANDO VII habiéndoselas yo dado ya en su real nombre. Luego que el tiempo lo permita daré a V. E. la noticia correspondiente, ciñéndome por ahora a recomendar a V. E. a los jefes de las divisiones, al valiente Barañao que a la cabeza del escuadrón, con el fusil a la espalda y sable en mano entró a escape por la calle que mira al sur, en donde fue herido gravemente por una bala de metralla en el muslo izquierdo, habiéndolo sido antes su caballo por una de fusil; al subteniente de artillería Sánchez que fue herido en la mano derecha; a los tenientes de Talavera, don Juan Vásquez Novoa, don Francisco Reguerra y don Juan Alvarez Miñares, el primero herido en la misma mano, el segundo en el brazo izquierdo, y el tercero en un muslo, todos de bala de fusil; al sarjento mayor de dicho cuerpo don Antonio Morgao que al frente de su regimiento y al toque de ataque entró por la referida calle del sur; al capitán don Vicente San Bruno que a fuerza de mucho trabajo construyó una trinchera en ella para contrarrestar la del enemigo; al coronel Lantaño que rechazó por tres veces a los de afuera, y luego cargó sobre los que huían; así como los tenientes coroneles Quintanilla, Asenjo, Pando y el capitán Castilla que, con su caballería completaron la derrota. El mayor general corone! don Julián Pinuel, el coronel don Luis Urrejola, mis ayudantes, los capitanes, tenientes de navio don Joaquín Villalva y don Manuel Matta, los tenientes don José Butrón, don Vicente de Nava y los subtenientes don Manuel Quesada y don José Rueda, desempeñaron cuantas comisiones y órdenes les di y los recomiendo asimismo a V. E. Nuestras pérdidas son 1 oficial y 3 muertos y 113 heridos incluso 7 oficiales.

Testigo ocular de todo, espero interponga V. E. su poderoso influjo para el correspondiente premio de estos fieles vasallos, que es la única recompensa que deseo si merecen algo mis servicios desde que tengo la satisfacción de mandarlos.

Dios guarde a V. E. muchos años. Cuartel general en Quinta de Sánchez (en Santiago), 12 de octubre de 1814.  
Excmo. señor:

*Mariano Ossorio.*

Excmo. señor marqués de la Concordia, virrey del Perú.

De "La Batalla de Rancagua. Sus antecedentes y sus consecuencias".—Julio Bañados Espinosa. (Apéndice N° 3).

## IV.-JUICIO CRITICO SOBRE EL SITIO DE RANCAGUA

Mayor PEDRO CHARPIN R.

### Introducción

CUANDO SE TRATA de apreciar un hecho de armas de carácter esencialmente táctico, poca o ninguna influencia tiene la situación política del momento, e inoficioso resulta, en consecuencia, el estudio de las circunstancias en que se produjo. Dicha materia tiene, sin duda, una influencia mucho más visible y determinante en la concepción y conducción de las operaciones estratégicas. Pero, en el caso de Rancagua, por excepción, los sucesos políticos que precedieron al cerco y toma de la ciudad, asumieron una importancia extraordinaria, lo mismo que en el desarrollo y fin de toda la desgraciada campaña del año 14.

Los acontecimientos políticos y militares de 1813, habían puesto de manifiesto que, el país, a pesar del tiempo y de los sucesos acaecidos desde la declaración de la Independencia, no tenía todavía una idea cabal del fin que se perseguía o del rumbo que debía imprimirse a la revolución. Mientras los patriotas más ilustrados y atrevidos miraban de frente el rompimiento definitivo y absoluto con la metrópoli, no pocos ciudadanos confesaban su franca adhesión al rey y a su causa; y, entre estos dos elementos extremos, completamente divididos y antagónicos, aparecían los indiferentes; los que creían imposible la existencia de un gobierno nacional sin la tutela secular de los reyes de España; los individuos de holgada situación o seguro empleo, que no comprendían un afán tan grande para alterar un estado de cosas en que la vida transcurría tranquila y feliz. El pueblo entendía aún menos de política. La masa no sabía a punto fijo qué era lo realmente patriótico: si seguir a los revolucionarios, que hacían depender toda felicidad del afianzamiento de la República, o seguir a los que defendían el antiguo régimen, a los que hablaban en nombre de derechos tenidos por sagrados, en nombre de un rey y de una religión que tan profundamente encadenaba e influía el libre albedrío de nuestros antepasados de la Colo-

nia. Y, como consecuencia, se ven en las campañas de los años 13 y 14, continuas trasgresiones políticas; deserciones frecuentes, para pasar de un Ejército al otro; la incorporación sistemática de los prisioneros de guerra a las fuerzas victoriosas; el reclutamiento de soldados y aun de oficiales chilenos, para completar las fuerzas realistas.

A estas ya graves causas de debilidad, venían a juntarse las que se derivaban lógicamente de un gobierno central encabezado por una Junta; la falta de versación de la mayoría de los chilenos en los negocios del Estado, especialmente en los referentes a la hacienda pública; la carencia de recursos fiscales, agravada por la pobreza general del país, después de tres años de guerra y anarquía; el aislamiento e incertidumbre en que los acontecimientos políticos de Europa y demás colonias americanas, habían dejado a Chile, tan distante de los centros de producción y tan atrasado en cuanto a capacidad industrial.

La miseria, los desastres militares y la desorganización política, a que se sumó el descontento público producido por el tratado de Lircay, facilitaron el golpe de estado del 23 de julio, que vino a reagravar la situación general del país, dividiendo el reducido Ejército de la República en dos fracciones francamente adversas y tan irreductibles que, aún hoy, después de cien años, luchan en los dominios de la historia como antaño se combatieran en los campos de batalla.

### **Situación política de Chile en la víspera de Rancagua**

La situación de Chile, en vísperas de los acontecimientos de 1° y 2 de octubre de 1814, se puede resumir así: gobierno de hecho, encabezado por don José M. Carrera. Descontento público producido por los tratados de Lircay y por la marcha de las operaciones militares del año 13, en que las provincias del Sur, a mayor abundamiento, habían sido objeto de repetidas exacciones por parte de los realistas, y hasta de las propias tropas nacionales. División del Ejército en dos bandos enemigos: el del Sur a las órdenes del General O'Higgins, que defendía a la Junta de Gobierno depuesta; el del Norte, organizado y mandado por los tres hermanos Carrera, que apoyaba al gobierno de hecho. Desconocimiento, por parte del Virrey del Perú, del tratado de Lircay; envío de tropas y pertrechos de guerra a Chile, para proceder a su reconquista, aprovechando como base las fuerzas realistas que habían mandado sucesivamente Pareja, Sánchez y Gaínza.

El extremo Sur de Chile, divorciado de la Nación y del movimiento revolucionario, ofrecía sus mejores contingentes de soldados a los Ejércitos del Rey, que sólo habían menester

armas y oficiales para organizar, en Chiloé, regimiento tras regimiento.

El propio don José Miguel Carrera, que pudo dar unidad y vigor a la acción del gobierno, procedió en forma que aumentó el desconcierto público que se pretendía corregir; pues sus primeras medidas políticas tuvieron por objeto el destierro o el alejamiento de elementos patriotas que hicieron gran falta en la hora suprema en que se decidió la suerte de la Patria en los campos de batalla.

### **Estado de los Ejércitos combatientes**

La eficiencia del Ejército patriota tenía que resentirse, forzosamente, de la situación política y social del Estado; de la falta de recursos fiscales; de la escasa o ninguna preparación militar de la casi totalidad de los oficiales; de la falta de instrucción y entrenamiento metódico de la masa del Ejército; de la dificultad para adquirir armas y pertrechos de guerra.

Los oficiales superiores estaban divididos en carrerinos y en o'higginistas, separados algunos por rencores todavía más profundos que los que dividían a sus dos jefes de partido.

La constitución, organización, instrucción y disciplina dejaban mucho que desear. Desde luego, raro era, entre los jefes patriotas, el militar de escuela, capaz de instruir, disciplinar y mandar un cuerpo de tropas. Además, la rapidez con que sucedían los acontecimientos y la necesidad, obligaban a echar mano de todo el mundo, a llenar las bajas con cualquier elemento —aun con enemigos— que uniformado a medias e incorporado en las filas, quedaba ungido soldado de hecho, hasta que el tiempo y el continuo guerrear lo transformaba en veterano y lo habilitaba para hacer de instructor, a su turno.

Se comprende fácilmente que la cohesión de esas tropas era ilusoria; y se explica que en el combate en campo abierto conservara su unidad sólo hasta que un obstáculo cualquiera daba cuenta de su empuje.

La disciplina era suplida por el entusiasmo patriótico, que a veces no era grande en tropas así reclutadas y para combatir por una causa que no comprendían bien; además, el entusiasmo, factor importante en ciertas ocasiones, sirve de poco o desaparece en las circunstancias difíciles, de prueba, como eran aquellas porque atravesaba el Ejército patriota. Las diversas sorpresas, que disolvieron en repetidas ocasiones los Ejércitos de esa época, muestran, mejor que nada, la inconsistencia de una tropa que carece de una sólida disciplina.

El armamento, a más de ser malo, heterogéneo, viejo y de munición deficiente, no era bien manejado. Su acción apenas si era sensible a cortísima distancia y sobre tropas materialmente amontonadas las unas sobre las otras. Al soldado

no se le ejercitaba en el tiro; cuando mucho se le fogueaba, para que se acostumbrara al retroceso y estampido del arma.

La artillería producía más efecto moral que material; pocos conocían su manejo y empleo; las deficiencias del montaje y de la munición eran aún más grandes que en el armamento menor.

La caballería, entre los patriotas, formó, a menudo, el núcleo del Ejército; bien intruida, habría sido un factor poderoso en un territorio tan vasto, de campos abiertos y favorables para la exploración y el ataque, pero la caballería era más difícil de instruir que la infantería, y por eso se ve en repetidas ocasiones, el gran éxito obtenido por pequeños grupos, en que la influencia del jefe era más efectiva y la dirección mucho más fácil, y también se contempla la ineficacia o desbande de grandes masas de milicianos, enrolados, es cierto, en el curso mismo de la guerra.

El reemplazo del armamento, munición, vestuario y equipo, era otro punto difícil de resolver, sobre todo para los patriotas, y se comprende la importancia que tenía el botín de guerra o la pérdida de armas y bagajes que sobreveníá después de cada desastre.

En medio de tantas deficiencias, cabe mencionar que, en aquella época remota, de industria incipiente y de atraso general, Chile construía armas y fabricaba pólvora, fundía balas y cañones, cosa que no hace hoy, cien años después, con un progreso que casi se equipara al de los países más avanzados y con una fortuna fiscal que apenas si la hay semejante en el mundo entero.

Pero, donde más se dejaba sentir la debilidad del Ejército patriota era en el Comando Superior, afectado, la víspera de la acción decisiva, de una dualidad funesta para la unidad de las operaciones y el mejor aprovechamiento de tropas inferiores, por tantas razones, a las que mandaba el general español. Más aún, después del abrazo de Maipo, en que el General Carrera asumió el mando en jefe del Ejército, subsistió la falta de acción única, inmediata, enérgica, del General en Jefe al frente de las tres Divisiones que componían las fuerzas patriotas. El jefe era uno, en realidad, pero las tres Divisiones obraban y obraron hasta el fin, como si no hubieran tenido un solo Comandante: tres Divisiones de Ejército, tres voluntades diversas; y si no se hicieron sentir simultáneamente por otras tantas acciones divergentes, fue sólo porque el apocamiento del jefe de la II. División lo condujo a colocarse de motu proprio, bajo las órdenes del Comandante de la I División, su inferior jerárquico, substrayendo así de las manos del General en Jefe, la masa del Ejército, en los precisos momentos en que se jugaba decisivamente la suerte de la guerra y la independencia de Chile. Como consecuencia, durante la acción del 1°

y 2 de octubre, el General Carrera sólo dispuso, para inclinar la balanza de la victoria, de las escasas fuerzas de la III División.

A la inversa, en el campo opuesto, aparecía el Ejército español más numeroso; mejor equipado y armado; mejor mandado; con más disciplina; reforzado militar y moralmente por la presencia de tropas veteranas como las que formaban el famoso regimiento "Talavera". El General español, si no era un genio militar, ni mucho menos, ejercía el mando en jefe con pleno prestigio y autoridad; si él mismo era incapaz de una concepción militar brillante e incapaz de proceder a ejecutarla con toda energía tenía, en cambio, entre sus subalternos, oficiales de gran valer y constancia, capaces de un buen consejo, de sostener y de estimular a su Comandante en la acción. La marcha hacia el Norte, efectuada con toda lentitud, fue aprovechada para disciplinar, ejercitar y dar cohesión a las tropas que formaban el Ejército. Los pertrechos traídos del Perú habían servido para armar y equipar convenientemente a las tropas reclutadas en Chile. Las fuerzas realistas que habían sostenido el sitio de Chillan se habían aguerrido en la lucha, mientras las fuerzas patriotas se habían desmoralizado a causa de las pésimas condiciones en que se las mantuvo. El prestigio de los cuerpos peninsulares, que se habían batido contra las famosas tropas napoleónicas, daba mayor consistencia moral a los cuerpos bisonos que marchaban por primera vez al fuego. El avance progresivo, seguro, sin tropiezos, que venía efectuando, unido al desconcierto que reinaba en el Ejército y el gobierno patriotas, infundía, sin duda, una mayor confianza a las fuerzas realistas. El punto débil de este Ejército, como queda dicho, se encontraba en su jefe, cuyo espíritu irresoluto y vacilante fue contrarrestado, sin embargo, por sus jefes subalternos, que lo impulsaron a la lucha cuando pensaba retirarse en obediencia a instrucciones dadas desde el Perú con absoluto desconocimiento de la situación que se había producido en Chile; que lo sostuvieron con pertinaz insistencia frente a la ciudad de Rancagua hasta la retirada del General Carrera y total agotamiento de las fuerzas patriotas que defendían la plaza.

### **Situación y movimientos de los Ejércitos a partir del 3 de septiembre. Planes y operaciones de los generales patriotas. Consideraciones sobre dichos planes**

El 3 de septiembre, después de reconciliados, los Generales patriotas estudiaron juntos la situación militar y consideraron el mejor plan para desbaratar la ofensiva del General Osorio.

En esos momentos las fuerzas patriotas de O'Higgins apa-

recian diseminadas desde el río Cachapoal hasta el Maipo; las del General Carrera, escalonadas desde el Maipo a Santiago; los cuerpos de milicianos que habían recibido orden de concentrarse en la capital, se encontraban en marcha, y, antes de poder ser dirigidos al Sur, necesitaban ser completados y equipados.

La gran desventaja de esta dislocación de las tropas patriotas, resalta aún más si se la compara con la concentración del Ejército realista. El 18 de agosto llegó Osorio a Chillán y allí empleó diez días en alistar sus tropas antes de emprender la marcha al Norte. Organizó sus 5.000 hombres en 4 Divisiones, cuyo mando confió a sus mejores oficiales. Empezó un avance lento, calculado para repasar y corregir todos los detalles, disciplinar y ejercitar las tropas de nueva creación, acostumbrarlas a la manera de ser de los nuevos comandantes; para conseguir, por último, el avance simultáneo de los bagajes y que las tropas tuvieran consigo todo lo que habían menester.

Así, mientras las huestes patriotas se movían sin concierto; mientras las milicias reunidas apresuradamente en Santiago eran despachadas al Sur sin mayor instrucción y sin más bagaje que lo que llevaban puesto, las tropas realistas avanzaban con todo lo indispensable, ganando cada día en instrucción, disciplina y cohesión.

El Ejército realista, mandado personalmente por el General Osorio, empleó 32 días en recorrer los 300 kilómetros que separan a Chillán de Requínoa, a donde llegó el 29 de septiembre con todas sus fuerzas reunidas.

En la misma fecha el Ejército patriota se encontraba dislocado en tres fracciones:

I División, en Rancagua, General O'Higgins con 1.155 hombres.

II División, a una legua al Oriente, General J. J. Carrera con 1.861 hombres.

III División, Mostazal, Coronel don Luis Carrera con 915 hombres.

El General Carrera, su Comandante en Jefe, se encontraba en Santiago, de donde partió sólo el 30, con el fin de hacerse cargo de la dirección superior del Ejército en las operaciones decisivas contra las fuerzas españolas.

Al considerar las operaciones que precedieron al sitio de Rancagua, desde el momento en que el Ejército del Sur se puso bajo la autoridad del General Carrera, lo que más salta a la vista es la falta de acción superior, que imprima rumbo a las operaciones y les dé unidad; que haga sentir su autoridad, coordine la actividad de las tres divisiones en forma de hacerlas concurrir a la realización del plan adoptado, del fin perseguido por el Comando Superior.

La debilidad del Ejército patriota comenzaba con la diversidad de criterio de sus dos jefes principales para apreciar la situación y determinar el plan para detener y derrotar a las fuerzas invasoras.

El General O'Higgins era de opinión de defender la línea del Cachapoal y después defenderse en Rancagua. El General Carrera patrocinaba la defensa de la Angostura de Paine y después la del río Maipo. Subsidiariamente se pensó en una batalla en los llanos de Maipo.

Pero, lo que no se ve claro en estos diferentes planes es el concepto que se habían formado ambos Generales y, más, especialmente el Comandante en Jefe, de la situación y de la manera correspondiente para afrontarla. ¿Se pensaba emplear a Rancagua como punto de apoyo, para batir en campo abierto al Ejército realista? ¿Se pensaba detenerlo en la Angostura, para dar tiempo a la formación de nuevas unidades y al reforzamiento del Ejército? ¿Se pensaba obstruir indefinidamente, por medio de la ocupación de Rancagua o de la Angostura de Paine, el camino de marcha a la capital? ¿Se quería sólo ganar tiempo? ¿Cómo se pensaba conseguir la acción decisiva contra el Ejército invasor? Nada de esto se deduce; sólo se presiente que ambos Generales veían la necesidad de hacer un esfuerzo para detener a Osorio, antes de que amenazara a Santiago. Parece que el único punto en que tácitamente estaban de acuerdo era en la inferioridad e impotencia en que se encontraban para decidir la suerte de la guerra en una batalla campal, en lo que, sin duda, tenían razón. Efectivamente, comparando las fuerzas, organización y comando de los dos Ejércitos, se llega al convencimiento de que el Ejército patriota tenía pocas probabilidades de éxito en una batalla campal. Es, pues, partiendo de esa base, como hay que juzgar los planes de ambos Generales.

O'Higgins opinaba por defender el río Cachapoal y en seguida la ciudad de Rancagua. La argumentación de este General patriota, para anteponer la defensa de Rancagua a la de la Angostura de Paine, es bien curiosa; no encuentra buena esta última posición, porque existía una mala senda por Aculeo que podía ser aprovechada por Osorio; y, preguntamos nosotros, si la Angostura podía ser burlada por un pésimo sendero, que alejaba al Ejército realista de sus objetivos más importantes e inmediatos, ¿qué pensar de Rancagua? Enclavada en un valle abierto, plano, despejado, ofrecía ancho campo al oriente y al poniente, para burlar al Ejército encerrado en su plaza de armas, si tal hubiera sido la intención del Ejército español, y su manifiesta superioridad no hubiera bastado para comprender que el pensamiento que lo impulsaba hacia el Norte era el aniquilamiento de las fuerzas patriotas, a las cuales sabía desunidas y desconcertadas. No cabe la me-

nor duda, que si el desfiladero de la Angostura podía ser burlado, la ciudad de Rancagua, situada en el centro de un valle ancho, traficable en todas direcciones cerraba en forma aún más deficiente el camino de marcha sobre la capital. Rancagua, por su situación geográfica, por su topografía, por sus condiciones internas, no llenaba el menor de los requisitos militares para resistir un sitio, para barrear el paso del río, para servir de punto de apoyo en una batalla campal. ¿De dónde nació esa especie de fascinación que ejerció sobre el jefe de la I División, hasta el grado de hacerle decir que no tenía igual en todo el reino como punto adecuado para decidir ventajosamente la suerte de la guerra?

Encerrado todo el Ejército patriota en Rancagua, su aniquilamiento por mera consunción, habría sido más rápido que lo que fue el aniquilamiento de la I y II Divisiones. Se comprende que una tropa se encierre en una plaza para resistir mientras acuden otras fuerzas en su socorro; o para retener parte importante de un Ejército enemigo, con fuerzas inferiores, mientras se decide en otra parte la suerte de la guerra; pero, que un Ejército se encierre voluntariamente, pierda su libertad de acción y se la conceda al enemigo en su forma más amplia; que pierda el contacto con el país que puede y tiene que suministrarle las fuerzas que deben hacerlo capaz de triunfar, es una medida que no se comprende ni se justifica desde el punto de vista militar.

La ocupación de Rancagua con una débil fracción del Ejército, como punto de apoyo, o como cebo, para decidir la acción en campo abierto con la masa de las fuerzas, contra un enemigo amarrado por un ataque a la plaza emprendido forzosamente con fuerzas más numerosas, es una operación comprensible, con probabilidad de éxito. Requería, sin embargo, una acción más decidida y enérgica de parte del Comandante en Jefe; requería un plan acordado de antemano entre las dos fuerzas que iban a operar de concierto. Habría habido que determinar cuáles y cuántas tropas se iban a encerrar; cuáles, dónde y cuándo debían atacar decisivamente; acción que le correspondía a las tropas encerradas; órdenes para la preparación de la plaza; medidas para obligar al enemigo a proceder según conviniera a los patriotas y no según los deseos de las fuerzas enemigas. Muy distinto habría sido el caso, y las medidas correspondientes, si se hubiera intentado detener a los realistas por unos 15 días o mayor tiempo, por la sola acción de la plaza y con el fin de reforzar y mejorar las fuerzas destinadas a contratacar. Con los dos días, máximo que habría podido resistir O'Higgins, en una plaza sin agua ni municiones, no se mejoraba en nada la situación del Ejército llamado a socorrerlo y a intentar la acción decisiva. Lo repetimos, la forma en que se llevó a cabo el encierro de la I y II Divisiones,

que componían la masa del Ejército, sin una verdadera preparación de la ciudad, no se encuentra justificada por consideración militar alguna.

La defensa del río Cachapoal, como la defensa de cualquiera otra línea u obstáculo, con el fin de retardar el avance realista, ofrecía la oportunidad de reunir más fuerzas en la capital, organizar las mejores y dirigirlas al punto elegido para batir decisivamente al Ejército enemigo; y, desde ese punto de vista es muy justificable, aunque no sea posible asignarle el valor que se le concedió por parte de ambos Generales, sobre todo O'Higgins, dada la facilidad que ofrecía para ser atravesado por todas partes —como se dejaba colegir por la época del año y por la forma en que fue cruzado repetidas veces por fuerzas patriotas—; por su gran extensión, comparada con las fuerzas de que podía disponer la defensa y la facilidad que tenía el enemigo para dirigir su ataque al punto más favorable; y también por la falta de cohesión de las fuerzas patriotas para intentar con éxito una guerra de maniobras en que el enemigo habría podido aprovechar, aún mejor, su indiscutible superioridad.

El General O'Higgins probó, en los acontecimientos del 1° y 2 de octubre, que valía infinitamente más en la acción que en la concepción de un plan militar. Mostró un temple de alma muy por encima de su capacidad militar; un corazón y una energía capaces de hacer olvidar los graves errores de sus planes militares.

El plan del General Carrera, a nuestro juicio, consultaba mejor la situación y las exigencias militares del momento. No arrostraba las contingencias de una batalla campal, que habría sido francamente desfavorable a los patriotas por la falta de cohesión y de instrucción de las milicias de caballería que componían la parte más considerable del Ejército, cosa que se vio con toda evidencia en la dispersión de las tropas de la II División y en la total desorganización de las tropas de la I, después del simulacro de ataque sobre las reservas de Osorio, en la Cañada de Rancagua. Sin duda que la concentración de todas las fuerzas patriotas y la preparación de una línea fortificada en la Angostura de Paine, con sus comunicaciones aseguradas hacia Santiago, ofrecían mayores probabilidades de éxito, permitía un reforzamiento más rápido por medio de las fuerzas que allí se reunieran y organizarán; permitía aprovechar, con una contraofensiva oportuna, los frutos de una resistencia victoriosa, lo que era difícil o imposible de intentar con el Ejército encerrado en una plaza como Rancagua. Pero, aunque ésta fue la idea del General Carrera, no la supo imponer primero, ni ejecutar en seguida. Se ven y se palpan las vacilaciones del General en Jefe: no se decide por la idea de O'Higgins, pero la facilita con las instrucciones, por demás

ambiguas, enviadas al mismo General. No desiste un solo momento de la defensa en la Angostura, pero no prepara convenientemente la posición con fortificaciones, ni acumula recursos que le hubieran permitido defenderse con éxito. A la indecisión del Comandante se vino a agregar como circunstancia agravante su ausencia del teatro de operaciones. Si el General Carrera hubiera dejado a los otros miembros de la Junta de Gobierno el encargo de reunir hombres y elementos y mandarlos a un campo de concentración escogido a espaldas del desfiladero, y él, en persona, se hubiera dirigido a Rancagua, disponiendo, de paso, los trabajos que debían efectuarse en la Angostura, y hubiera tomado el mando efectivo de las fuerzas que ya estaban en la línea del Cachapcal, no se habría producido ninguno de los acontecimientos que la historia no ha podido desembrollar hasta ahora y que influyeron en forma tan decisiva en el desgraciado fin de la Patria Vieja.

En la historia militar es difícil encontrar el caso de comandantes que hayan pretendido hacer sentir su acción desde tan lejos como lo pretendió el General Carrera, y ello cuando la generación del Ejército patriota, su anterior división en dos bandos, su falta de cohesión, la calidad de los comandantes divisionarios, hacía mil veces más necesaria su presencia en el teatro de operaciones, frente a sus tropas, para comunicarles vivamente su fe en el triunfo, para inspirarlas con el ejemplo, que tan grandes milagros efectuó dentro de los muros de Rancagua; para dar sus órdenes de cerca y vigilar su ejecución; para subsanar las dificultades y esclarecer las dudas. Su puesto estaba cerca de O'Higgins, gran patriota y bravo soldado, pero que estaba fascinado por la defensa de Rancagua y por tal razón no podía poner en la ejecución del plan ajeno el mismo ardor que en el suyo propio.

Se puede decir que todos los errores y malentendidos que se produjeron desde antes de que el General Osorio franqueara el Cachapoal se debieron única y exclusivamente a la ausencia del General en Jefe, ausencia inexplicable, que se hizo sentir siempre, desde los movimientos iniciales del Ejército, hasta la hora en que los últimos bravos de la I y II Divisiones se abrieron paso por entre los hombres y elementos que cerraban la plaza de Rancagua.

Por las comunicaciones repetidas de O'Higgins, desde la orilla del Cachapoal, se ve que era el primero en desear que Carrera se hiciera cargo del mando efectivo de todas las fuerzas y tomara las medidas conducentes para la lucha inminente y decisiva que presentía iba a tener lugar contra las fuerzas invasoras.

En la conducta del General en Jefe existe una serie de hechos fatales que, las diversas excusas suministradas no dejan esclarecidos, militarmente hablando; sólo las preocupa-

ciones políticas derivadas del reciente cambio de gobierno pueden proporcionar la clave de hechos que tienen difícil justificación al tenor de los preceptos de las viejas y sabias Ordenanzas españolas que modelaron el alma de nuestros primeros soldados e imprimieron un sello perdurable a las instituciones militares de Chile.

### **Medidas preliminares para detener al Ejército español**

La irresolución superior se hizo sentir desfavorablemente sobre todas las medidas preliminares que debían facilitar el éxito de los planes que se habían propuesto ambos generales.

Carrera, a pesar de su fe en la defensa de la Angostura de Paine, de su voluntad manifiesta de probar fortuna ahí, fuere cual fuere el resultado de las defensas sucesivas del norte del Cachapoal, no hizo nada efectivo por consolidar dicha posición. Se iniciaron, es cierto, con pobres elementos, algunos trabajos que tuvieron escasa duración y ningún resultado práctico. Dentro del plan del General en Jefe se imponía la organización de una obra parecida a las que ya había efectuado el Ejército en el Membrillar y en Quechereguas: reforzamiento del terreno, acumulación de víveres y municiones, formación de un campo de concentración para las fuerzas que poco a poco se iban despachando desde Santiago. Con ello se habría conseguido una posición capaz de compensar desde luego la inferioridad del Ejército patriota y se habría tenido muchas probabilidades de ver acrecentadas sus fuerzas en forma de poder tomar, a su turno, la iniciativa. Las tropas concentradas e instruidas sobre el mismo terreno y en las mismas posiciones en que se iba a emplear, con el abastecimiento de víveres y municiones asegurado, daban muchas más expectativas de éxito que su empleo inmediato en campo abierto, su encierro en Rancagua, o su continuo vagar de un punto a otro, como sucedió en los días que precedieron al sitio de la ciudad.

Por último, es realmente desconcertante que, mientras el General en Jefe persistía en la defensa de Paine, sus fuerzas estuvieran en todas partes, menos en la referida Angostura.

Si consideramos las medidas tomadas por el General O'Higgins para preparar la plaza de Rancagua, nos encontramos con las mismas deficiencias. Se echa de ver la ausencia del General Mackenna, y se comprueba que los patriotas no habían aprovechado las lecciones deducidas de sitios tan recientes como el de Chillan. Desde luego, en Rancagua, salta a la vista lo estrecho del recinto destinado a contener los defensores. Las obras de reforzamiento comprendían en realidad cuatro manzanas. Descontando la parte edificada, quedaba un campo de una cuadra cuadrada, escasa, para contener todo

un Ejército, sus hombres, su ganado y sus bagajes. Parece que el nombre de "plaza", que se da en términos militares a las ciudades fortificadas, hubiera inducido a error a los patriotas al tratar de encerrarse y defender la mera plaza pública de Rancagua. . .

Resulta de aquí que la extensión defendida no guardaba relación con las tropas defensoras y la misma acumulación de gente, en vez de facilitar la defensa, no hizo sino entrabarla y aumentar el número realmente considerable de bajas que experimentaron los patriotas. En realidad las dos Divisiones encerradas iban a defender cuatro bocacalles, pues los frentes laterales quedaban protegidos por cruzamiento y por la defensa de los edificios laterales.

La forma que se dio a las barricadas, hacen recordar la de los bastiones, destinados a facilitar el cruzamiento de los fuegos, forma que no ofrecía la menor ventaja en la defensa de las calles, porque el cruzamiento no era aprovechable y, al contrario, el fuego normal a las trincheras aparecía completamente divergente respecto a la dirección obligada que debía tener el ataque enemigo y dejaba el eje de la calle en el más completo espacio muerto, a menos que no se dispararan oblicuamente al parapeto, que fue, sin duda, lo que tuvieron que hacer los patriotas. Todavía más, la disposición de los parapetos de cada reducto permitía al enemigo batir simultáneamente desde un lado cualquiera, y por la espalda, a los defensores de los otros dos frentes, desventaja que se habría subsanado con sólo avanzar cada parapeto unos cuantos metros más allá del cruzamiento de las calles. Así habrían tenido más espacio libre; el tráfico no habría tenido que hacerse forzosamente a lo largo de una calle enfilada y única: podría haberse efectuado por dentro de las casas, con lo que habría ganado en seguridad y se habrían evitado muchas bajas y la confusión natural, que debió producirse, al efectuar ataques y contrataques en un espacio en que se confundía la acción de tres frentes destinados a contrarrestar acciones muy diversas.

Los parapetos, dispuestos normalmente al eje de las calles habrían permitido un tiro más fácil y seguro. La resistencia pudo buscarse en el mayor espesor o mejor material de las murallas, para lo que se dispuso de diez días, si se cuenta desde el momento en que llegó la I División a la ciudad, y mucho más si se considera la fecha en que el General O'Higgins partió de Santiago con el firme propósito de defenderse en Rancagua.

Pero, si estos puntos pueden explicarse por la falta de conocimientos de los encargados de disponer y ejecutar las obras, no se puede decir lo mismo de otros muchos que fueron olvidados y que tuvieron una lamentable repercusión en la eficacia de la defensa y poder de la plaza. Los dos más impor-

tantes, y que saltan a la vista, se refieren al amunicionamiento y provisión de agua. No se comprende que, si se trataba de hacer de Rancagua el núcleo de una resistencia que diera tiempo y ocasión a las tropas móviles para atacar a los sitiadores, no se hubiera tomado providencia alguna para asegurar el abastecimiento de dos artículos tan importantes y decisivos, cuya falta aun la de uno sólo, podía acarrear, sin combate, la pérdida de la guarnición, cualquiera que fuera su pericia y valentía. Sin municiones no cabía más que dejarse acribillar desde lejos y sobre seguro; sin agua, era el agotamiento físico a corto plazo.

Munición no se acumuló, sino la que se consumió totalmente en 30 horas de lucha. Si los realistas hubieran cerrado convenientemente todas las salidas de la ciudad, no habría quedado a los patriotas otra cosa que morir sin poder devolver golpe por golpe. Ni aunque todos los demás elementos hubieran sobrado, ni aun cuando el General Carrera hubiera podido reunir las reservas que se organizaban en Santiago, ni aunque los realistas hubieran flaqueado, en ningún caso, las tropas sitiadas faltas de municiones habrían podido cooperar a la acción exterior, o siquiera mantenerse o aprovechar cualquiera ventaja táctica. No se explica este hecho, dado que el General O'Higgins tenía, desde un mes atrás, el propósito de defenderse en Rancagua y desde el 20 de septiembre hacía efectuar obras y había sido investido del comando de las tropas de vanguardia, en forma que le aseguraba su libertad de acción y la plena responsabilidad por las medidas que tomara. En todo caso, la falta de municiones habría constituido la razón más poderosa para desistir del encierro de la I y II Divisiones en la ciudad.

Lo mismo cabe decir respecto del agua. Era obvio que la primera medida del sitiador sería privar a la plaza de tan precioso elemento. ¿Cómo no se tomaron las medidas conducentes para subvenir a su abastecimiento? En esa época, en que no se conocían los servicios de agua potable, era frecuente el uso de cisternas y claro que se las pudo construir dentro del recinto fortificado, máxime cuando se había dispuesto de tiempo y de hombres para preparar, siquiera medianamente, la defensa de la ciudad. El agua faltó para los hombres y el ganado; faltó para enfriar las piezas y atacar los incendios. Aun cuando O'Higgins hubiera dispuesto de todo cuanto es dado imaginar, no habría podido mantenerse materialmente, de ninguna manera, por la falta de un artículo que condenaba a muerte cierta a todos los elementos vivos de su Ejército. Lo único que admira es que los españoles no procedieran, como primera medida a cortar el agua, lo que sólo se explica por la escasa valía que se daba al Ejército encerrado y la creencia de que la plaza iba a capitular al primer asalto de los vence-

dores de tantas batallas, entre los cuales figuraba el famoso y temible regimiento Talavera.

En esta plaza, desprovista de agua y de municiones, faltaban otras muchas cosas y sobraban no pocas inútiles. No se acopiaron víveres y forraje para una guarnición que aumentaba tan desproporcionadamente la población; ni se tuvo la preocupación de alejar al elemento no combatiente; al contrario, la iglesia de la Matriz y la de la Merced, que estaban dentro del estrecho recinto fortificado, se vieron invadidas por gente que allí buscaban refugio creyendo que la santidad del lugar y la fuerza consuetudinaria de la tradición la protegería contra la saña de los asaltantes. Así, estos dos grandes edificios que por su situación, capacidad, espesos muros y demás condiciones, estaban llamados a constituir verdaderas plazas de armas, o almacenes u hospitales, fueron invadidos desde el principio por una masa de mujeres y niños, que aumentó el número de bocas inútiles, y que con sus lamentos perturbaba la calma y serenidad que en tal alto grado habían menester los defensores de esta plaza fortificada de un carácter tan excepcional.

No consta que se hiciera trabajo alguno de otra especie; ni que hubieran obstruido las calles que no eran batidas directamente; ni que cavaran fosos para impedir el avance y emplazamiento de la artillería enemiga. Rancagua resistió gracias al corazón de sus defensores; la naturaleza y el arte militar no contribuyeron en forma alguna a reforzar la acción de los soldados patriotas o a protegerlos del empuje y superioridad de sus enemigos.

### **Acontecimientos de la víspera del sitio**

Las fuerzas realistas avanzaban paso a paso, bien informadas, con toda seguridad, contra las fuerzas patriotas diseminadas al Norte del Cachapoal y llamadas a obrar con tal fatal desconcierto. El 30 de septiembre el General Osorio avanzó por el camino real hasta dos leguas del Cachapoal, se detuvo y acampó en Requínoa, con ánimo de forzar el paso del río en la noche del 30. El General realista marchaba con sus fuerzas reunidas, habiendo tomado todas las medidas conducentes para asegurar el orden y la cohesión: con un servicio de exploración activo, que lo informó constantemente sobre la ubicación y fuerza de las Divisiones contrarias.

El Ejército patriota, por su parte, dividido en tres fracciones, debía defender, según lo dispuesto por el General O'Higgins, en ausencia del General en Jefe, los tres vados del río, debiendo auxiliarse mutuamente en caso de ataque. Dada la organización y las deficiencias manifiestas de las tropas patriotas casi no cabía otro medio de defender el río, aunque

salta a la vista que el reforzamiento desde atrás, por una reserva general colocada en un punto central, era mucho más fácil de efectuar en caso de ataque a una de las Divisiones extremas.

La I División tomó a su cargo la defensa del vado de la ciudad, considerando que el enemigo intentaría romper directamente sobre la ciudad, lo que lógicamente no era de esperar, pues, aún en el supuesto de que los tres vados hubieran estado igualmente defendidos, era natural suponer el ataque a uno de los puntos extremos y no al del centro, donde era más fácil y rápida la concentración de las tres Divisiones.

La III División, en Mostazal, había adelantado algunas tropas hasta los Graneros del Conde, a unos 10 Kms. al Norte de Rancagua. En el plan del General O'Higgins a esta División correspondía la defensa del vado Poniente o de Cortés. Mientras se trasladaba a su puesto, fue reemplazada por unos 20 dragones, que tenían la misión de comunicar lo que sucediera en ese sector.

De nuevo se hace sentir la falta de una acción más inmediata, efectiva, del Comandante en Jefe, pues, si persistía en su idea de defender la posición de la Angostura, eran los últimos momentos de libertad que el enemigo le dejaba para que pudiera retirar intactas sus fuerzas a Paine; la última oportunidad para poder reunir las y hacer pesar sobre el enemigo la acción conjunta de las fuerzas que todavía podrían salvar la República.

No sucedió esto. Cada General conservó sus fuerzas. Cada uno perseveró en el plan que se había trazado primitivamente. O'Higgins cubría a Rancagua y quedaba en situación de refugiarse en ella; Carrera, a media jornada de la Angostura, estaba en las mismas condiciones que O'Higgins con respecto a Rancagua; la II División jugaba el papel de un apéndice no bien definido, ni por los hechos ni por la historia, pues, aun cuando su jefe era más antiguo que O'Higgins, siguió sus aguas y hasta se desprendió prácticamente del mando, cuando la fortuna lo llevó a Rancagua.

Como consecuencia de la falta de dirección superior quedó desguarnecido el vado de Cortés, lo que dejó interrumpida la cadena con que se pensaba detener al General realista; permitiéndole un avance fácil, que hacía posible el involucramiento de las Divisiones que guarnecían el Cachapoal; que permitía a las tropas realistas interponerse entre los núcleos patriotas y buscar la decisión donde y contra la fracción que más les conviniera.

El General Osorio emprendió la marcha para forzar el paso del río a las 9.30 P. M. del 30, aprovechando la claridad de la luna; tomó todas las medidas conducentes a ocultar su avance. Las tropas patriotas no tuvieron conocimiento oportuno de la

marcha de los realistas hacia el Cachapoal. Iniciaron éstos el paso, a la media noche y lo terminaron sin encontrar resistencia. El Comandante de la I División, cuando tuvo conocimiento de lo ocurrido, informó al General en Jefe, que permanecía en el Mostazal, y no tenía órganos de información propios. El Comando en Jefe no tomó determinación oportuna. Se siguió el procedimiento, frecuente en esta campaña, de dejar que los acontecimientos, con el poder de los hechos no evitados, decidieran de la conducta de las tropas. No es el General en Jefe quien dispone y coordina sus movimientos: es la actividad del enemigo la que va decidiendo, con manifiesta desventaja para los patriotas, de la propia actividad. El General O'Higgins, por su lado, se conformó con enviar parte al General en Jefe y no se movió de una posición que había llegado a ser en extremo peligrosa por el avance del enemigo, que podía estrecharlo contra el río y aniquilarlo completamente.

La única iniciativa que se ve es la de don Juan José, que abandonó el puesto que ya era inútil y marchó sobre Rancagua, perdiendo en el camino, más que por la acción del enemigo, por la incapacidad de sus jefes, gran parte de sus milicias, las que, como de costumbre, debían sembrar el terror en su retirada abultando extraordinariamente el poder y número de los enemigos para justificar su propia conducta.

Mientras mayor y más inmediata es la presión ejercida por las fuerzas realistas, más se hace sentir la falta de una cabeza que viera y coordinara, ya que la conducta de las tropas sitiadas demostró que había brazos capaces de ejecutar. Faltó la acción del General en Jefe y la II División se retiró a Rancagua, cambiando el centro de gravedad del Ejército y haciendo perder su libertad de acción al núcleo principal, dejando para producir la decisión a la más débil de las tres Divisiones. El propio General O'Higgins, una vez que se hubo cerciorado del peligro que corría y después de intentar una pequeña demostración contra la fracción más avanzada del enemigo, la que llevaba la dirección del movimiento envolvente, se retiró a Rancagua, con lo cual quedó encerrado casi todo el Ejército patriota en las cuatro manzanas centrales de la ciudad de Rancagua, considerada como la primera plaza militar de Chile, por tener sólo cuatro bocacalles en vez de las ocho que tiene el común de nuestras plazas públicas.

A esas horas el General en Jefe hacía avanzar a la Guardia Nacional de la III División hasta las proximidades de la ciudad de Rancagua.

### **Sitio de Rancagua**

A las 10. A. M. del 1º de octubre se puede considerar como terminado el cerco de la ciudad.

Sobre las disposiciones tomadas por los patriotas por

defender la plaza, ya hemos hablado. La distribución de las tropas y de la artillería se hizo casi por iguales partes, si se exceptúa el lado Sur, por donde se presumía que el enemigo hiciera su esfuerzo principal, como sucedió, sin que fuera lo correcto, pues, las disposiciones del General realista debieron prevenir la unión de ambos Generales patriotas o impedir un rompimiento hacia el Norte. La operación correcta debió efectuarse estrechándolos de Norte a Sur, contra el río, en dirección contraria a Santiago, a su base de operaciones y a la del resto del Ejército.

Por el lado realista se dispuso el cerco y ataque por los cuatro lados, distribuyendo el Ejército en otras tantas fracciones, más o menos equivalentes. El General Osorio creyó que, con efectuar tal distribución y dar el impulso inicial, su tarea estaba cumplida y se retiró a descansar en los precisos momentos en que su Ejército, formado en cuatro columnas, emprendía el primer asalto a la población. Dejó una débil reserva en el lado en que se prevenía el ataque de la III División patriota, pero la emplazó en la Cañada de Rancagua, confundida puede decirse, con las tropas sitiadas, lo que hacía imposible que pudiera estorbar la acción del General Carrera —dado caso que hubiera atacado enérgicamente— fuera de la espalda, esencialmente vulnerable, de las tropas del cerco.

En el primer asalto cabe observar algunos graves errores cometidos por los tropas realistas, de aquellos que por su evidencia reciben inmediatamente la sanción de las armas, antes de que el crítico expurgue y explique las causas del fracaso. Desde luego, el asalto no fue precedido de un reconocimiento, que habría mostrado la magnitud de las obras realizadas y habría dado una idea de la zona peligrosa en los diversos frentes. Sin conocimiento de la resistencia y extensión de las obras patriotas se ordenó el primer avance por las calles efectivamente batidas y dominadas por la defensa. Si el avance se hubiera efectuado por las calles que no tenían acceso directo a ninguna de las cuatro manzanas centrales, los españoles podrían haber llegado hasta ellas sin haber tenido ni una sola baja. Pero, a esta ya grave falta, proveniente del desprecio que tenían los orgullosos regimientos peninsulares por los tropas americanas en general y en especial de las desorganizadas huestes de O'Higgins y Carrera, vino a sumarse la falta de toda precaución, de toda preparación para ganar terreno hasta llegar a tiro eficaz. El fuego de mampuesto efectuado por los patriotas, la metralla a boca de jarro, sobre una columna densa y encajonada fatalmente por las calles, hubo de producir grandes pérdidas, la sorpresa y el desorden consiguientes, en una tropa que creía el fruto maduro y avanzaba a cogerlo en la más absoluta confianza. El General español no comprendió semejante rechazo. En su furor ordenó que la caballería hiciera lo que era tarea

propia de la infantería y de la artillería y que ambas no habían podido realizar reunidas. Y, lo que era de esperar sucedió: la caballería consiguió aún menos, con las pérdidas correspondientes a una empresa realmente descabellada, ordenada en un momento de ofuscación y cólera, condiciones negativas para dar una orden acertada. Pero los españoles no desperdiciaron la dura lección. Las columnas de ataque, después de rehacerse y preparar el terreno, iniciaron un avance sistemático por dentro de las casas, lo que podían hacer impunemente, al abrigo de la vista y fuego de los patriotas, que veían cerrarse, poco a poco, el círculo de fuego formado por las tropas realistas. Hasta se dispuso cortarles el agua, con lo que se les condenaba a la muerte próxima, fatal, sin necesidad de grandes sacrificios por parte de las fuerzas sitiadores.

La III División patriota, a todo esto, no daba señales efectivas de vida; se había contentado con avanzar algunas guerrillas destinadas a *mantenerse a la defensiva*, lo que no correspondía evidentemente a la situación. No se ve mayor iniciativa de parte del General en Jefe. Su actividad principal consistió en maniobrar con una parte de sus fuerzas contra enemigos imaginarios.

Los realistas se parapetan a su vez, protegen su artillería, avanzan de casa en casa, hasta llegar al núcleo principal de la defensa. Olvida eso sí, efectuar obra alguna fuera de las cuatro calles que aflúan directamente a la plaza.

Así se dan y resisten, respectivamente, los ataques emprendidos a las 4 y 7 P. M. del día 1° de octubre.

En ese día los realistas no consiguieron sino desangrarse, sin ver todavía la proximidad del fin. Los patriotas, victoriosos hasta esa hora, comenzaban a sentir la falta de agua y veían acercarse el agotamiento de sus municiones.

Don José Miguel se había acercado con el resto de sus tropas hasta 5 kilómetros de la plaza.

En la noche, el General O'Higgins pide municiones al General en Jefe. No se comprende verdaderamente, cómo este general habría podido efectuar tal reemplazo sin romper antes el cerco realista. Más lógica y comprensible era la súplica para que atacara. La contestación del General Carrera no es fácil de comprender. Entre las muchas palabras que contiene flota una ambigüedad desesperante, abiertamente reñida con la claridad y precisión exigidas por una orden militar y muy especialmente por la situación del momento. La respuesta debió indicar claramente si atacaría o no, a qué hora, por dónde, y debió contener una orden formal a O'Higgins sobre lo que le correspondía hacer en el momento en que se comprometiera la fuerza exte-

rior. En cambio, la primera frase (1) de su comunicación, es una figura literaria que no dice si enviará o no las municiones. La segunda frase insinúa que la división de su mando efectuará sacrificios, pero no indica en qué van a consistir ni a qué fin serán hechos. La tercera frase es otra expresión sin valor ni alcance alguno. Después de mucho cavilar se puede deducir que el pensamiento del General en Jefe fue: "mañana al amanecer, esta División hará todos los sacrificios posibles para llevar la munición pedida". El General Carrera debió comprender, al considerar los hechos consumados, sin vuelta posible, que la suerte de la campaña estaba vinculada a la suerte que corrieran las dos Divisiones que estaban encerradas en Rancagua. Destruídas y aniquiladas totalmente, como era el caso esperarlas, la III División, la más débil de las tres Divisiones patriotas, no sería la que podría hacer frente a las cuatro Divisiones bien organizadas y victoriosas que mandaba el General Osorio, ni en la Angostura ni en parte alguna; por consiguiente, su afán, debió ceñirse a la mejor manera de cooperar a la salvación del Ejército sitiado, o de una gran parte por lo menos. Por eso, su determinación de atacar al amanecer del día siguiente, fue buena; correspondía a la situación.

Al amanecer los realistas consumaron su cuarto asalto. Ese fue el momento propicio para el ataque de las fuerzas de socorro: las tropas españolas estaban empeñadas en un ataque a fondo; se encontraban embotelladas en las estrechas calles de Rancagua, imposibilitadas para comunicarse por el bloque central que les oponían las calles obstruidas u ocupadas por las fuerzas sitiadas. Ese era también el momento en que el General en Jefe había prometido efectuar su avance y hacer los indicados sacrificios. ¿Por qué, para su mayor gloria, no cumplió su promesa, por qué no atacó la III División?

El ataque de los españoles fue rechazado como los anteriores.

A las 10 A. M. se produce el quinto asalto.

A las 11 se acerca la III División e inicia un tiroteo que hace creer a los sitiados en el socorro tan esperado .

Pero la División se retiró antes de haber hecho sentir su acción sobre las espaldas de los sitiadores y antes de que los sitiados hubieran podido cooperar a su obra. En este ataque no se comprende ni la hora ni la oportunidad escogidas por el General Carrera, pues el principal factor del éxito residía en la sorpresa y ella sólo podría haberse intentado al amanecer. La falta de cooperación de la plaza tampoco está plenamente

(1): Municiones no pueden ir sino en la punta de las bayonetas.

Mañana al amanecer hará sacrificios esta División.

Chile para salvarse necesita un momento de resolución.

justificada y sólo se puede explicar por la ignorancia en que estaban sobre los intentos del General en Jefe, ya que, una vez pasada la hora del amanecer debieron perder toda esperanza en el anunciado ataque, y en tal incertidumbre y después del reciente asalto que acababan de rechazar, era difícil tomar las disposiciones conducentes para que la salida tuviera la cohesión debida, cosa difícil dado que casi la totalidad de la guarnición estaba en sus puestos de combate o sobre los tejados de las cuatro manzanas amagadas por los asaltantes. Reunirlos, ensillar, disponer la defensa que debía proteger la retirada del resto del Ejército, eran operaciones complejas que requerían múltiples órdenes y disposiciones que no podían ser obra de un instante y, aun en ese caso, los sitiados no habrían alcanzado a hacer sentir su acción antes de la retirada de la III División; efectuada por razones que todavía se ignoran, pues, no se puede creer que el General en Jefe ordenara la retirada porque supusiera que la plaza, que había resistido dos días con tan extraordinaria decisión, hubiera capitulado en los precisos instantes en que veía llegar el socorro tanto tiempo esperado, que constituía su última y suprema esperanza de vida. En realidad, un General en Jefe no dispone la ejecución de una operación que va a decidir la suerte de la guerra, por una simple suposición, sin asidero alguno, sin antecedentes que la justifique ni antes ni después del sitio.

Desde el momento en que se retiró la III División, la situación apareció clara para los sitiados: o rendirse o romper el cerco con cuantas tropas pudieran hacerlo. Este último fue el partido que tomó el General patriota, Comandante de la plaza, pues, si tenía éxito, se alcanzaba un triunfo moral y se salvaban algunas fuerzas que podían prestar inapreciables servicios en la defensa inmediata de la capital o de los intereses que convenía poner a salvo para debilitar en proporción los de las fuerzas realistas.

La dirección escogida para el rompimiento fue la más apropiada para conseguir su reunión con las fuerzas que estaban afuera y para continuar a Santiago, objeto de sus cuidados, a la vez que único centro donde todavía se podía hacer algo por la patria. El éxito de su salida probó, con los hechos, el error de Osorio, al no reforzar doblemente el costado Norte de su cerco; y demuestra también que, si era posible una salida, ella no podía efectuarse conservando la organización de las tropas, pues las circunstancias no permitían semejante empresa.

El General Carrera, después de haber maniobrado contra un enemigo imaginario supuesto en la Angostura, desentendiéndose del Ejército real y visible que asediaba a Rancagua, emprendió también su retirada, perdiendo en el camino a la capital las últimas fuerzas que le quedaban después de las empresas de los días 1º y 2 de octubre.

Al caer la tarde del 2, el Ejército patriota no existía. Nuevas fuerzas chilenas, organizadas, no se volvieron a ver hasta 1817.

### Conclusión

Considerando en conjunto y desapasionadamente los hechos consumados, se ven distintamente las causas y errores que dieron por resultado la derrota y disolución del Ejército patriota, sin haber conseguido más ventaja cierta que la detención de dos días que impuso al Ejército español delante de la ciudad de Rancagua.

Y, cualquiera que sea la responsabilidad que corresponda a los dos principales actores de las operaciones militares del año 14; cualesquiera que sean los descargos, morales o jurídicos, que el progreso de las investigaciones históricas pueda agregar, como justificativos de la conducta militar de uno u otro de los dos más grandes campeones de nuestra independencia; la historia militar tiene base para expresar, respecto de Rancagua, que, en el desastre final, se aunaron causas de índole tan diferente y tan trascendentales que, difícilmente, habría podido ser otro su triste desenlace, aun cuando la actividad de los Generales patriotas, en el curso de los días 1° y 2 de octubre, se hubiera ejercitado en el sentido en que muchos historiadores se complacen en encontrar los fundamentos de un éxito seguro.

Las causas de la derrota, como ya se dijo, fueron:

Desconcierto político y social en los momentos en que llegaba Osorio a Chile; debilidad orgánica e intrínseca de la Junta que presidía el gobierno del país; falta de un plan de campaña claro, sencillo, que encauzara desde el primer momento todos los recursos y energías del país, en vista de una acción única; subsistencia, por el contrario, de dos planes propuestos y mantenidos por cada uno de los dos Comandantes de las unidades superiores del Ejército; idea errónea del General O'Higgins sobre el valor defensivo de Rancagua; falta de energía y competencia de los encargados de llevar a cabo los trabajos preliminares en Rancagua y en la Angostura de Paine; desconcierto con que obraron las tres Divisiones patriotas en las operaciones preliminares del sitio; descuido en la exploración y en la comunicación de órdenes y noticias; deficiencia absoluta en la preparación de la ciudad de Rancagua para un sitio de más de dos días de duración; falta de dirección superior cuando se tomó contacto con las fuerzas realistas; error trascendental al encerrar en la ciudad la masa de las tropas; falta de concierto entre las fuerzas sitiadas y las que permanecieron afuera; falta de apoyo efectivo por parte de las tropas exteriores; falta mani-

fiesta de una cabeza que asumiera el mando y la responsabilidad consiguientes, en el momento en que se iba a decidir la suerte de la campaña y de la patria en una operación que requería la energía y la unidad que sólo podían darle la acción personal e inmediata, el valor y prestigio del General en Jefe del Ejército y Jefe Supremo de la Nación.

*De "Revista Chilena de Historia y Geografía" N° 28.*

## V.-LA EMIGRACION A MENDOZA

EDMUNDO GONZALEZ SALINAS,  
Jefe Secc. Historia.

### I

EL 1° y 2 de octubre de 1814 se decidía en la plaza de Rancagua la suerte de las armas de la Patria. Al cabo de treinta y tres horas de porfiada y heroica resistencia y pronunciada la victoria en favor de las huestes de Fernando VII, no quedó a los defensores otro camino que la retirada. Ella se realizó a través de una de las trincheras del recinto con los dragones y otros jinetes que O'Higgins y Freire lograron reunir tras de sí. Atrepellaron cuanto obstáculo encontraron en su camino, a fuerza de caballos y de golpes de sable, alcanzaron la cañada y, siempre al galope, enderezaron su marcha en dirección a la capital.

Los habitantes de esta última eran presa, mientras tanto, de notable ansiedad. En la mañana del 1° de octubre y de acuerdo con las informaciones que el día anterior habíale proporcionado el brigadier Carrera desde El Mostazal, la Junta Gubernativa anunciaba que don Mariano Osorio —inhibido por la actitud resuelta de los patriotas— no se atrevía a atravesar el Cachapoal; que emprendía la retirada y que, probablemente, intentaría un desembarco en algún punto de la costa. Los partes siguientes, enviados por el mismo Carrera y destinadas a levantar los ánimos de los santiaguinos, anunciaban enfáticamente el próximo triunfo de la causa patriota. Gradualmente, sin embargo, fueron siendo ellos menos tranquilizadores y ya en la noche del 1° de octubre dejaban ver claramente que aquél comenzaba a perder la confianza en la suerte de la jornada. Pedía insistentemente, además, se le enviasen todos los refuerzos posibles, a fin de organizar un segundo Ejército sobre la base de la 3ª división.

En la mañana del día 2 la Junta despachaba estafetas a Los Andes en demanda del batallón de auxiliares argentinos del comandante don Juan Gregorio Las Heras y a Melipilla y a Valparaíso, con órdenes de reunir los destacamentos situa-

dos en esos puntos para la defensa de la costa vecina contra un posible desembarco del adversario. Horas más tarde, en vista de las comunicaciones cada vez más alarmantes del General en Jefe, las órdenes gubernativas se hicieron también y naturalmente más premiosas. Entre otras medidas, el vocal don Julián Uribe comisionó a dos agentes hicieran empaquetar los caudales que se hallaban en la Casa de Moneda y dispuso que en el mismo edificio fueran reunidas las armas, las municiones y los animales que fuera posible recoger en la ciudad y sus aledaños. Y el Justicia Mayor don José Miguel Villarroel —según el Diario Militar— "estaba advertido de mandar 1.000 mulas, 500 caballos y de poner en los pasos de la cordillera guardias para impedir el tránsito a todo el que no llevara pasaporte del Gobierno". La ciudadanía — en la convicción de que las autoridades no pensaban sino en abandonar la capital— se sintió alarmada: temían unos los saqueos del populacho y otros, las represalias que debían seguir al triunfo de los realistas. Familias completas empezaban a prepararse para huir a sus tierras y aquellos que se creían comprometidos políticamente, discurrían los medios para escapar de Chile.

El 3 de octubre, antes del amanecer, entraba a Santiago don José Miguel de Carrera. Nunca creyó éste que la suerte de la revolución iba a decidirse en una sola batalla. Así se explica que prestara oídos a la sugerencia del cónsul Poinsett de emprender la retirada a Coquimbo y recomenzar desde allí la guerra.... si es que no pudiera salvar la capital. La información transmitida por O'Higgins en la noche del 30 de septiembre —de que Osorio avanzaba hacia los vados del Cacha-poal y no se retiraba hacia el sur, como se creía hasta ese momento— lo indujo a estimar segura la derrota de Chile y sólo pensó en la precitada retirada a Coquimbo con las fuerzas que creía salvar: la 3ª división, los 116 fusileros y 200 milicianos destacados en Topocalma, los 400 hombres de la guarnición de Valparaíso, los 376 veteranos que dejó en Santiago y los 200 auxiliares de Buenos Aires. En total, unos 2.500 hombres. Al amanecer del 1º de octubre, horas antes que la 1ª y 2ª divisiones se encerraran en Rancagua, despachó a su ayudante don José Samaniego con oficio para el vocal don Julián Uribe, pidiéndole tomar las medidas conducentes al cumplimiento de la sugerencia de Joel Poinsett. En tanto O'Higgins se batía intrépidamente en la plaza de Rancagua, continuó impartiendo premiosamente las instrucciones para el repliegue al norte. Hemos visto más atrás cómo Uribe dio cumplimiento estricto y cabal a tales disposiciones.

Junto con llegar a Mapocho, la primera medida de Carrera fue oficiar al gobernador de Valparaíso (aun cuando anteriormente se le había ordenado incendiar los barcos an-

ciados en la rada) que "haga V. S. que éstos marchen a Coquimbo conduciendo los cañones y demás pertrechos". Horas más tarde "se dieron nuevas órdenes al Gobernador de Valparaíso, mandándole terminantemente que todos los buques cargados con útiles de guerra, los lanchones cañoneros y demás embarcaciones capaces de darse a la vela, lo verificaran al primer viento, hasta anclar en el puerto de Coquimbo; que los que no estuvieran en estado se incendiasen; que se clavasen los cañones que no pudieran llevarse, tirarlos al mar y quemando el cureñaje...." (Diario Militar, Pág. 400).

Del mismo modo, se despacharon órdenes a los comandantes de milicias de los partidos del norte para que reuniesen sus cuerpos y se preparasen a proteger la retirada. Se resolvió, además, sacar de Santiago los caudales públicos, las armas y municiones para no dejar nada al enemigo. Por último, el secretario de la Junta de Gobierno, doctor don Bernardo Vera y Pintado, recibió el encargo de ponerse sin tardanza en viaje a Buenos Aires, a solicitar auxilios para proseguir la guerra.

A las 8 de la mañana del día 3 llegaba O'Higgins a Santiago seguido de unos 200 soldados. Desde el 30 de septiembre no había podido descansar sino breves instantes y si bien es cierto que su cuerpo estaba rendido por la fatiga, su ánimo no había decaído. Se empeñó en demostrar a don José Miguel que la Patria no estaba perdida, que los realistas habían sufrido considerablemente en el ataque a Rancagua y que no podían emprender inmediatamente la marcha sobre la capital. Era posible, pues, mantener la resistencia todavía.... para lo cual proponía se acelerase la reunión del máximo de fuerzas en las riberas del Maipo. Su ilustre rival nos da a conocer los entretelones de la entrevista en la página 402 de su Diario.

Carrera desechó el proyecto de resistencia que le sugirió O'Higgins y continuó dictando sus disposiciones para efectuar la retirada. "Esta fue la última vez que ambos patriotas se hablaron —comenta el señor Encina—. Aunque las recriminaciones no revistieron la violencia con que el primero las refiere en su Diario, la distancia que, poco a poco, los había separado se trocó en abismo".

## I I

La consternación y el desaliento tomaban entre tanto las más graves proporciones. Las mujeres y los niños de familias acomodadas iban a buscar asilo en los conventos y los hombres más comprometidos por su participación en la revolución, no pensaban sino en poner el macizo andino de por medio para escapar a las represalias. Desde la mañana del

día 3 muchos de ellos se ponían en marcha hacia Aconcagua sin llevar sino lo puesto, pese a no ignorar los obstáculos enormes que la naturaleza ponía a la empresa. Algunos jefes militares, previendo que la retirada a las provincias del norte sería irrealizable y perdida toda confianza en Carrera, se preparaban igualmente para emigrar a Mendoza. La 3ª división estaba acampada al sur de la ciudad; pero las pequeñas fracciones que por uno u otro motivo se apartaban de ella, se dispersaban, sin que fuera posible contenerlas. Luego se supo que el destacamento de Melipilla, llamado con tanta urgencia, había desaparecido sin dejar rastro. El populacho, entre tanto, se entregaba al robo y violencias de todo género, confiado en la impunidad consiguiente del momento.

Con la colaboración eficaz del vocal Uribe, que no se dejaba amilanar fácilmente, Carrera proseguía dictando las más activas providencias para acarrear o destruir todo lo que podía servir al adversario. "Para no dejarle al enemigo algunas cosas que pudieran aumentar su erario o proporcionarle recursos para la guerra, dispuse y por mí mismo hice saquear, a los pobres, la administración de tabacos que encerraría el valor de 200.000 pesos; en menos de dos horas estaba la casa limpia, tan limpia que no le dejaron ni las puertas de la calle. La provisión general sufrió la misma suerte. La maestranza de artillería, los repuestos de madera y todo el cureñaje que no se había podido conducirse, se entregó al fuego. Los cuarteles fueron saqueados. La casa-fábrica de fusiles también fue saqueada de mi orden, después de extraer de ella lo más útil que se podía conducir, y cuando estuvo perfectamente saqueada, se le dio fuego. La casa de pólvora y sus molinos fueron también destruidos a fuego". (Diario Militar). Al dinero reunido en la Casa de Moneda, se agregó una cantidad considerable de plata labrada recogida apresuradamente en las iglesias por los agentes del Gobierno y convertida el mismo día en barras, a fin de facilitar su conducción. Este tesoro, que el Diario Militar aprecia en la suma de \$ 300.000, fue despachado para Aconcagua con una escolta de 20 hombres a las órdenes del capitán don Pedro Barnachea, ayudante del General en Jefe. Se ordenó también desarmar la imprenta que había adquirido el Gobierno en 1812 y que había servido para la publicación de los primeros periódicos nacionales y reunir todos los documentos públicos referentes a los asuntos militares y administrativos de los cuatro años de gobierno independiente. La medida estaba calculada a impossibilitar a los realistas que comprobaran la participación de muchos insurgentes en los sucesos revolucionarios de la Patria Vieja.

Durante todo el día habían seguido saliendo para Aconcagua centenares de personas —algunas de ellas con sus fa-

milias— que querían substraerse a la venganza de los vencedores. Al caer la tarde del 4 de octubre se ponía en marcha don José Miguel a la cabeza de las tropas de la 3ª división que no se habían dispersado. Los robos y saqueos, que habían comenzado el día anterior, adquirieron un carácter más serio aún a partir de ese entonces.

### I I I

En el distrito de Aconcagua desarrollábanse, entre tanto, escenas desgarradoras. Habíanse reunido allí gentes de todo sexo, edad y condición social, que buscaban afanosamente el medio de proseguir su huida.

En Santa Rosa de los Andes se encontraba el comandante don Juan Gregorio de Las Heras a la cabeza de su batallón de auxiliares argentinos, que la Junta de Gobierno no había querido ocupar en la defensa del país. En la mañana del 2 de octubre, cuando estimó que el desastre era inevitable, la citada Junta llamó apresuradamente a aquél a Santiago. Se había puesto en marcha y había llegado con su tropa a la cuesta de Chacabuco a mediodía del 3, pero el encuentro con numerosos grupos de fugitivos que anunciaban la derrota completa de las armas de la Patria, le obligó a retroceder a Santa Rosa. El doctor don Juan José Paso, representante del Gobierno de Buenos Aires, que había llegado allí a disponer la partida de las tropas auxiliares, se vio alcanzado por patriotas caracterizados que le explicaban los últimos acontecimientos y la ruina inevitable de la revolución de Chile. Comprendiendo que no quedaba otro camino de salvación que el que conducía a Mendoza, logró reunir algunos animales que hizo adelantar para abrir huellas en la nieve y facilitar el tránsito de peatones. Desde la mañana del 4 de octubre numerosas personas, aunque desprovistas de abrigo y sin los víveres suficientes, emprendían resueltamente el viaje a Cuyo. Su número creció tanto que ya no se dispuso de mulas para renovar las bestias cansadas que cabalgaban desde Santiago. Hombres y mujeres continuaron —sin embargo— internándose en la cordillera, en confuso tropel, sin respetar las órdenes de Paso y de Las Heras y los que no lograron procurarse mulas, siguieron viaje a pie.

En la tarde del 5 de octubre llegaba el General en Jefe a la villa de Santa Rosa de los Andes con la 3ª división, ya considerablemente mermada por las deserciones. Al advertir que los personajes argentinos citados más arriba habían encauzado, sin consultarle, el éxodo de civiles hacia Mendoza, vio en ello un desconocimiento de su autoridad. Nada podía hacer contra Paso, de quien necesitaba algunos servicios; en cuanto a Las Heras, le ordenó "que en la noche pusiese una

guardia en la cordillera y que impidiese el paso de todo hombre que no llevase pasaporte del Gobierno; efectivamente la puso, pero fue para proteger la emigración. A Alcázar le mandé que situase en otro punto una partida para contener los presos que mandaba al Gobierno de Mendoza, por Sarrazenos, y no lo hizo o no cumplió el oficial, lo cierto es que volvieron muchos de ellos a Santiago. Llamé a los oficiales para que reunieran la gente y no pude conseguir nada". (Diario Militar).

Las Heras se internó por el camino de Uspallata con sus tropas, para auxiliar a las mujeres, a los niños y a los rezagados. Alcázar siguió su ejemplo al frente de sus escuadrones de Dragones. Antes de partir, el primero de ellos había sugerido a don José Miguel la resolución que convenía adoptar: organizar lo mejor posible las escasas tropas que aún podía reunir e internarse en la cordillera con los caudales, las armas y los bagages. Le advirtió que si persistía en la marcha imposible hacia Coquimbo, los realistas lo alcanzarían antes de moverse de Los Andes y, por último, que "iba a situarse en la ladera de los Papeles y que tuviera cuidado en no dilatarse en perseguirlo, porque si el enemigo se acercaba, desbarrancaría el camino por medio de una mina de pólvora que dispondría en el momento". Y añade indignado Carrera en su Diario: "Si yo hubiera tenido alguna tropa le habría enseñado sus deberes (a Las Heras); y estoy cierto que, sin este hombre en Chile, habríamos hecho la retirada a Coquimbo y sostendríamos en el día la guerra contra Osorio, y, tal vez, estaríamos enteramente libres..."

Lejos de seguir el consejo de un jefe militar entendido, como el citado comandante Las Heras, el único que hasta entonces no había perdido la sangre fría, el caudillo chileno se fortificó en la plaza de Los Andes, para dar lugar a que se le reunieran la guarnición de Valparaíso y otras fuerzas cuya disolución todos (menos él) descontaban como ya realizada. "Tomé el partido —relata en su Diario— de uniformar mi gente, que se componía de hombres ingenuos que no sabían hacer fuego, de carreteros, arrieros y algunos soldados; aunque no tenían armas se les dio fusiles descompuestos y sin llaves. Con este aparato formé la línea de batalla en la plaza, precedida de 4 cañones volantes, y, en verdad, estaba imponente para quien no conocía la clase de gente que la componía, ni el estado del armamento. El capitán Molinas y el teniente Maruri, con 60 fusiles útiles se situaron en Chacabuco". Esta última medida le iba a permitir escapar de los realistas.

Permaneció como paralogizado en la plaza de Los Andes hasta el día 7; pero en vista de que el gobernador de Valparaíso no llegará y que carecía de elementos para proseguir

a Coquimbo, "no encontré otro arbitrio que salvarlo todo retirándolo a Mendoza". Despachó un estafeta a Las Heras, pidiéndole protegiese su retirada y como éste le contestase que sólo disponía de 50 hombres, dirigió al Gobierno de Buenos Aires un oficio en que le pedía empeñosamente le enviase un auxilio de soldados y de armas. Después de anunciarle los desastres sufridos ultimamente en razón de un capricho inesperado de la fortuna, advertía: "Mil hombres resueltos nos hemos reunido sobre los Andes; y aunque el armamento está muy maltratado, nos haremos fuertes y nos sostendremos hasta saber las determinaciones de V. E., sin cuya generosa protección, confesamos francamente, es imposible cualquiera empresa de avanzar". Agregaba que su plan consistía en internarse en la cordillera con las fuerzas de que podía disponer, tomar allí una posición ventajosa, y mantenerse firmes hasta que llegasen los refuerzos solicitados. "Allí somos fuertes por la naturaleza, por nuestras circunstancias y por la debilidad misma del invasor, que no se atreve".

## I V

Contrariamente a lo que afirmaba don José Miguel de Carrera, los realistas habían iniciado una activa persecución de los restos maltratados del Ejército patriota. El 6 de octubre había salido de Santiago una pequeña fracción de caballería a las órdenes del comandante don Antonio de Quintanilla. Al ser informado que en la cuesta de Chacabuco había dos partidas patriotas (capitán Molinas y teniente Maruri), pidió refuerzos a la capital y desde aquí se le envió una división a las órdenes del coronel don Alfonso Elorreaga. Este último y Quintanilla llegaron a Santa Rosa de Los Andes el día 9. Dos días antes, Carrera había comenzado a evacuar dicha villa, despachando a la cordillera las cargas que era posible conducir y destruyendo aquellas otras que no lo era por falta de acémilas. Un número considerable de fardos de papeles extraídos de los archivos públicos, cureñas de artillería, fusiles descompuestos y muchos otros objetos fueron entregados al fuego. Al día siguiente emprendió la marcha con las últimas tropas que aún le acompañaban. "Como se hubiesen metido en la cordillera todos los emigrados y la mayor parte de la tropa, y nos faltasen auxilios para continuar la marcha a Coquimbo —relata el Diario Militar— no encontré otro arbitrio que salvarlo todo retirándolo a Mendoza, y seguir de allí a socorrer a Coquimbo mediante la protección que debíamos experimentar de nuestros aliados".

Lo acompañaban, además, sus hermanos Juan José y

Luis y sus más fieles partidarios como los Benavente, Servando Jordán, Tomás Urrea, etc.

"Junto con ellos, marchaban al lento paso de la mula dos figuras femeninas de notable belleza.... Mercedes Fontecilla y Ana María Cotapos eran los nombres de estas tiernas beldades que llegaban con gozo al albergue donde debían descansar de su fatigosa marcha. Otra joven más intrépida y más independiente las había precedido en su marcha por algunas horas; hablamos de la hermana mayor de los tres jóvenes militares que hemos nombrado, Javiera Carrera, mujer ya notable por su belleza y por su espíritu". (Vicuña Mackenna).

Mientras tanto, los realistas habían despachado desde Santa Rosa de los Andes diversos piquetes con la misión de constatar las últimas partidas patriotas que se retiraban desordenadamente y que se entregaban luego a la desertión y a la fuga. Dichos piquetes regresaron con informaciones completas sobre la actividad y cuantía de los efectivos insurgentes. Quintanilla salió de Los Andes el día 11 al frente de 400 fusileros montados y advirtió que aquellos ocupaban posiciones en la ladera de Los Papeles. Estas posiciones eran inexpugnables a juicio de Carrera; pero es el caso de que los nuestros (200 soldados) fueron desalojados y dejaron en el campo 36 muertos. "En esta persecución (hasta los *Ojos de Agua*) —cuenta Quintanilla— hice mucho número de prisioneros, efectos y municiones y fue la última con que quedó todo el Reyno de Chile bajo la obediencia del Rey de España". Estos prisioneros alcanzaron a unos 200, incluyendo aquellos rezagados que no podían continuar la marcha con la velocidad correspondiente. Además, 9 cañones, 300 fusiles y 19 y media cargas de plata en barras y selladas. Sólo se salvó lo que Carrera llevaba consigo y alguna plata labrada de que iba a incautarse San Martín, declarándola propiedad del Estado de Chile, para destinarla a la organización del Ejército Libertador.

Al amanecer del 13 de octubre los restos del que fuera Ejército de la Patria comenzaron a escalar las escarpadas serranías que conducen a la cumbre de la cordillera y, ya entrada la noche, descendían agobiadas de cansancio por las laderas orientales y tomaban el camino de Mendoza. Desde el sitio denominado Ojos de Agua hasta más allá del nombrado Punta de las Vacas, este último en el costado oriental, la nieve cubría casi completamente todos los senderos. Reuas de mulas y de caballos dirigidas por arrieros prácticos y hábiles, habían abierto huellas más o menos transitables; pero en todo caso era muy difícil avanzar, especialmente para las mujeres y los niños. En aquellos ásperos e imponentes desfiladeros, en que la senda se desliza generalmente al

borde de precipicios y que recorre alturas ausentes de vegetación, faltaban alimentos para el hombre y para el ganado y leña para poder soportar los fríos de las noches. El mayor número de los viajeros — advertimos anteriormente — no llevaba más abrigo ni más equipo que lo puesto y en la noche estaba obligado a tenderse en el suelo humedecido, después de apartar trabajosamente la nieve que lo cubría. La tropa de Las Heras y de Alcázar presentó en este tramo muy útiles servicios a las familias de los viajeros. Los sufrimientos habrían sido mayores, empero, sin los socorros que éstos recibieron al descender los Andes: la mayoría no habría alcanzado a llegar quizás a Mendoza. El coronel don José de San Martín, gobernador de la provincia de Cuyo, al tener conocimiento de los desastres de Chile, había enviado a la cordillera más de 1.000 mulas, así como los víveres y los elementos más indispensables para el caso. El pueblo de Mendoza, tan estrechamente relacionado con nuestro país por el comercio y por vínculos de familia, mostró en esas horas un espíritu de confraternidad por demás noble.

## V

Don Bernardo O'Higgins, mientras tanto, había puesto todo su empeño en salvar a su madre y a su hermana, "tesoros únicos entonces de su vida íntima y a quienes, como los lares de su dicha doméstica, llevó a todos los sitios de su poderío y de su infortunio". (Vicuña Mackenna). En el mismo día de su llegada a Santiago las había enviado, acompañadas por el capitán don Venancio Escanilla, a la villa de Santa Rosa y al día siguiente —24 horas antes de que el enemigo penetrase en la ciudad— emprendió la marcha y alojó, en la noche del 4 de octubre, en la cuesta de Chacabuco y el 5, en Los Andes. Ocupado en los preparativos de una marcha que hacía muy penosa la obstrucción de la nieve de las cumbres cordilleranas, se detuvo don Bernardo tres días en Santa Rosa, hasta que el 8 de octubre se puso en marcha con su frágil comitiva. Aunque el brigadier Carrera había tomado el mando absoluto de las fuerzas, los dragones escapados de Rancagua escoltaban a O'Higgins, a las órdenes inmediatas de Alcázar, Freire, Anguita y del "fidélisimo capitán don Agustín López".

En la jornada del día 9 la comitiva sólo alcanzó hasta la Guardia y, al día siguiente, hasta Ojos de Agua, donde comenzaba ya la cerrazón de la nieve. Echando por delante una recua de bestias de carga y los jinetes de Dragones, consiguió abrirse "huella". Como en esta operación se emplease más de medio día, O'Higgins ocupóse de despachar

un expreso a Mendoza, solicitando auxilios del general don Juan Mackenna, que desde su expatriación en el mes de julio se encontraba en aquella ciudad al lado del coronel don José de San Martín. Al día siguiente don Bernardo consiguió coronar la cumbre, haciendo una gran parte del camino a pie a fin de asistir a su madre y sólo ya entrada la noche llegaron a la casucha de las Cuevas, la primera que encontraron en la falda opuesta de Los Andes.

Las jornadas que aún quedaban hasta Mendoza se hicieron con la rapidez que permitían al solícito general sus delicadas compañeras, de las que ni un solo instante se separó hasta no dejarlas instaladas en el pueblo. El día 15 lo aguardaba en El Tambillo un expreso de Mackenna con algunas provisiones acomodadas a la ligera y una carta, que era quizás más consolatoria que aquel refrigerio destinado a sus abatidos estómagos, pues la amistad del gobernador de Mendoza les ofrecía protección y asilo. Entre tanto, O'Higgins y las señoras habían pasado días enteros con escaso alimento y en las casuchas de Las Cuevas los dragones mataban sus caballos para tener una cena, aunque cruda y nauseabunda, reparadora al menos en aquellos páramos desolados.

Por fin, el 16 de octubre los expedicionarios pudieron hospedarse en la posta de Villavicencio, a la salida de la cordillera y al día siguiente O'Higgins abrazaba a sus amigos Mackenna e Irizarri, bajo el techo que estos fieles amigos y la hospitalidad oficial del coronel San Martín le habían deparado.

## VI.-VISITANDO A RANCAGUA EN EL ANIVERSARIO DE LA BATALLA

(9 de octubre de 1921)

ROBERTO HERNANDEZ C.

**L**A excursión última que hicimos al sur, acordamos adicionarla, a pedido del escolar (1) que nuevamente deseaba acompañarnos, de una visita a Rancagua el domingo pasado, 2 de octubre, aniversario de la célebre batalla dada dentro de los muros de la ciudad en 1814.

De la plaza de Rancagua, que recuerda la inmortal resistencia de O'Higgins en la más bella página del heroísmo chileno, nos dirigiríamos inmediatamente, según nuestro programa, a conocer la torre de la Merced, de grandiosos recuerdos, y conservada milagrosamente hasta hoy, con los mismos escalones que tramontó O'Higgins hace ciento siete años para poner en lo más alto la bandera nacional acompañada de un girón negro como notificación al enemigo de que los defensores de Rancagua no daban ni pedían cuartel.

La torre de la Merced, que el domingo pasado lucía también gallardamente una hermosa bandera nacional, fue el observatorio de que se sirvió O'Higgins a fin de tomar las medidas más eficaces de defensa, cuando el ejército español al mando de Osorio se acercaba a la ciudad para sitiárla. La torre de la Merced se vio coronada entonces por un pelotón de tiradores, que se batieron allí como los soldados de las trincheras patriotas.

Aquellos fuertes muros de la torre de la Merced tienen, pues una leyenda incomparable. Allí resonaron las descargas de los heroicos defensores de Rancagua; allí dio O'Higgins muchas voces de mando; allí hizo repicar alegremente al acercarse Carrera con !a tercera división.... Más ¡ay! cuán presto se desvaneció esta esperanza de auxilio en los sitiados!

(1) Su hijo mayor (N. de la R.)-

Dos de las campanas de la torre de la Merced son de ese tiempo, son de las que repicaron el domingo 2 de octubre de 1814, infundiendo los últimos bríos a la división de O'Higgins, esto es, a los defensores que peleaban treinta y seis horas consecutivas, sin agua, con pésimo armamento, con pocas municiones, protegidos tras de trincheras inseguras y respirando el humo de cien incendios.

Rancagua fue la tumba de la Patria Vieja. Allí cayó envuelta en sus banderas y salpicada con sangre de sus mejores hijos. Pero luego, muy luego, como Lázaro, volvería a la vida al sentir sobre su corazón yerto el calor de nuevo heroísmo y de nuevas luchas.

Eso sí que un odio implacable separaría desde entonces a los caudillos libertadores, divididos ya en los dos famosos bandos de o'higginistas y carrerinos. Después del desastre de Rancagua, es fama que se vieron en Santiago O'Higgins y Carrera y esa fue también la última vez que hablaron tan célebres caudillos, a quienes el destino debía separarlos para siempre y cuya suerte posterior fue tan distinta.

Y ya que se trata de nombres que inmediatamente de pronunciados cualquiera de ellos, brota por sí solo el recuerdo del otro, dejábamós para el regreso de Rancagua una visita en Santiago a la exposición del general Carrera, en el Palacio de Bellas Artes.

Llegamos a Rancagua a tiempo para asistir a una solemne Misa de campaña que se celebraba en la plaza en el ángulo sur oriente, a inmediaciones de la Iglesia Parroquial.

Todo el pueblo se hallaba embanderado, lo que para nosotros era una novedad, especialmente la calle Independencia, que desemboca a la plaza, viniendo a la Estación. Magníficos tranvías eléctricos recorren ese trayecto.

Al centro de la plaza se levanta la estatua de O'Higgins, inaugurada el centenario de Rancagua, o sea el 2 de octubre de 1914. Es una estatua idéntica a la de Santiago, salvo leves modificaciones del pedestal.

La estatua de Santiago fue hecha en Francia en 1870 por los fundidores Fourment, Houille y Cía., quienes conservaban todavía, después de más de cuarenta años de guardarlos, todos los moldes de la fundición; de suerte que no hubo más que repetir el vaciado cuando se trató de la estatua de Rancagua, igual a la de Santiago. A la inauguración concurren la Escuela Militar y delegaciones de todos los cuerpos del Ejército. La comitiva era presidida por el Ministro de Guerra y Marina.

Al descorrerse el velo que cubría el monumento, las tropas presentaron armas, hablando después el Ministro que presidía la comitiva, el Intendente de la provincia de O'Higgins, el primer Alcalde de la Municipalidad de Rancagua

y otras personalidades. Terminada la inauguración, la comitiva asistió a un solemne Tedèum.

En el zócalo de mármol, el monumento tiene algunas variantes, como decimos, respecto de la estatua de Santiago y tiene también en letras de bronce cuatro leyendas que pintan otros tantos rasgos del héroe en sucesos culminantes, y de los cuales tomó nota el estudiante secretario Roberto Hernández Anderson.

Recordando la batalla del Roble:

*"A mí muchachos: vivir con honor o morir con gloria".*

Recordando el 5 de abril de 1818:

*"No me queda más que un brazo; yero con él decidiré la suerte de la patria".*

En Valparaíso, mirando en el Alto del Puerto la salida de la primera escuadra nacional:

*"De esas cuatro tablas penden los destinos de la América".*

En el momento de la abdicación del mando:

*"Desprecio ahora la muerte como la he despreciado en el campo de batalla".*

El secretario que nos acompañaba tomó prolija nota de todo, incluso de los nombres que contenían los cuatro arcos de la plaza, adornados con banderas, escudos y otros emblemas. Son los nombres de heroicos oficiales de O'Higgins en el día memorable del sitio de Rancagua.

Arco de la calle San Francisco, por donde hizo su entrada el ejército español al mando de Osorio, después que el incendio la había dejado convertida en escombros humeantes:

*Flores — Anguita — F. Astorga — Yáñez — Millán — Gaviero — Ibieta — O'Carrol.*

Arco de la calle Independencia, viniendo de la Estación:

*Salinas — Vargas — López — Ibáñez — Campos — Maruri — Bueras — Urrutia.*

Arco de la calle continuación de San Francisco que, una cuadra al norte, pasa por frente al Convento de La Merced:

*Arcos — Cuevas — Mujica, — Cáceres — Vial — Calderón — Ovalle — Venegas.*

Arco de la calle continuación de Independencia, por donde quedaba en la plaza el Cuartel General Patriota:

*Alcázar — Almarza — Freire — Zañartu — Molina — Sánchez — Garay — Escanilla.*

Mientras andábamos en estas anotaciones, se acercó a saludarnos un competente operario que habíamos conocido en "La Unión" de Valparaíso y al cual no veíamos desde muchos meses. Aquel encuentro con Carlos Zamora fue muy grato, por lo inesperado. Y mientras nosotros le preguntamos por casas de Rancagua, él nos atosigaba con preguntas de Valparaíso y nos encarga saludos afectuosos para Acosta,



**Convento de La Merced**

Jerez y todos sus compañeros de taller de algún tiempo atrás. Por fin, nos dijo:

—Ud. ha venido a Rancagua a oír la Misa de campaña, porque esta Misa del domingo 2 de octubre en la Plaza de Rancagua vale más que las otras Misas de este día en cualquier parte del territorio....

Lo cierto es que aquella Misa se presentaba con especialísima solemnidad. Asistían las autoridades, las escuelas públicas y algunas tropas de la guarnición, como también estaba la Compañía de Bomberos con su material enlutado.

El altar tenía un primoroso arreglo, entre grandes banderas de Chile y de España, enlazadas fraternalmente. ¡Cuán distinta era la situación un siglo atrás!

Pasado el Evangelio, el Pbro. señor Julio Brunet hizo una improvisación religioso-patriótica, con el tono del orador que arenga en la plaza pública.

¡Gloria —exclamó— a aquellos soldados legendarios que sucumbieron en este mismo sitio, regado con la sangre de tantos héroes! Los primeros soldados de la Patria, sin recursos pero sostenidos por su fe, dieron grandes combates y batallas legendarias. Y ahora pidamos en este mismo sitio de tantos recuerdos y de tantas enseñanzas, que las buenas ideas se sobrepongan a las dañinas y que el país salve de su crisis por medio de los principios constitutivos que lo hicieron levantarse y engrandecerse y aún nacer de nuevo de las cenizas de Rancagua, como el Fénix de la fábula.

En la plaza se aplaudió al orador sagrado, en tanto que una banda de músicos en el quiosco tocaba la Canción Nacional.

A sólo una cuadra de distancia de la plaza, en dirección al norte y haciendo esquina con la calle Cuevas, teníamos la Iglesia de la Merced, cuya torre embanderada divisábamos. El domingo 2 de octubre de 1814, la Iglesia quedó comprendida dentro del recinto fortificado, porque allí mismo, a pie, estaba la trinchera patriota mandada por Sánchez con cien infantes y dos cañones.

La mortandad en ese preciso sitio fue horrenda, porque debe saberse que fue ahí mismo, también, donde al cabo de más de treinta horas de un combate desesperado que los patriotas mantenían a razón de uno contra tres; y cuando ya se perdió toda esperanza de auxilio de la división de Carrera, hizo O'Higgins su homérica carga de los dragones con los pocos sobrevivientes que le quedaban.

Estudiando el recorrido, como nosotros lo seguimos en Rancagua, puede verse que O'Higgins salió por la trinchera de la Merced y corrió dos cuadras por la calle Cuevas, torciendo al sur por la calle Almarza y continuando por la de Cáceres y Zanartu en dirección a la Alameda, o la Cañada, donde tomaron los fugitivos el camino a Santiago.

Cuando llamamos a la puerta del Convento de la Merced, ya habíamos hecho diversas observaciones por el exterior de aquella reliquia. Nos recibió con suma bondad el R. P. Comendador, Fray José Gregorio González, que fue comendador de Valparaíso en los años 1913 al 1915, y que estuvo desempeñando puestos análogos en San Felipe, Chillán y Concepción. Poco después de la guerra, el R. P. González anduvo en Europa por espacio de varios meses.

Acompañado de este distinguido sacerdote que nos recibía con el mayor afecto, recorrimos todo el convento y fuimos hasta lo alto de la torre, objetivo principal de nuestro viaje.



**Monumento en la Plaza de los Héroes**

El templo de la Merced de Rancagua es anterior a 1774; de modo que a la fecha de la batalla tenía ya más de cuarenta años. Y sigue hasta hoy, igual que entonces, puede decirse sólo con la modificación en su interior de algunas pinturas y altares en la única nave de que consta. En la torre se han substituido los primeros escalones de la entrada; pero los restantes están con la misma madera y demás condiciones de 1814. Las puertas del templo y de la sacristía son las mismas; aunque quedan otras de la época.

En el convento hay tres sacerdotes y también nos fue presentado el hermano lego de 86 años don Pedro A. Jaraquemada y Goycolea y Carrera, que está entroncado con los descendientes de don José Miguel Carrera y que no se olvida de su árbol genealógico. Al secretario acompañante le hizo multitud de preguntas.

En el patio del convento tenemos una sección nueva que se inauguró en marzo de 1920 para que sirviera a una postulante de la provincia mercedaria chilena. En esta ocasión hizo uso de la palabra el redactor de "La Unión" de Santiago, don Pedro Belisario Gálvez (Pedro Sánchez), quien dijo al final en una invocación de verdadera elocuencia clásica:

"Y tú, torre de la Merced, que guardas entre tus muros polvorientos y entre las recias vigas que soportan tus campanas el secreto de las angustias, de las esperanzas, de las dudas, del más grande de nuestros héroes en el más solemne de sus momentos; atalaya silencioso desde donde un día memorable se avizoraron los destinos de Chile; torre de modestas apariencias, pero de sólida armazón, maciza e inmovible como el alma del grande hombre que te santificó con sus pisadas libertadoras. Torre de la Merced, sencilla y fuerte, que has visto pasar muchos años y muchos hechos, y que asentada en los días del pasado aguardas tranquila los días del porvenir; bendita torre de la Merced, que mis pasos han hollado temblorosos por la emoción de los grandes recuerdos, cobija con tu sombra veneranda a los cruzados mercedarios, alientalos y fortifícalos en las horas tristes que ningún hombre puede eludir, y haz que lleguen siempre a sus oídos mezclada con los toques melancólicos del Angelus, el grito triunfal del grande O'Higgins que debe ser como una consigna eterna en el sacerdote de Cristo: "¡Vivir con honor o morir con gloria!"

La verdad es que esa torre debería ser declarada monumento nacional. S. E. el Presidente de la República, don Arturo Alessandri Palma, la visitó el año pasado, cuando candidato, y también la visitó no hace mucho el Ilmo. y Rvdmo. señor Arzobispo, don Crescente Errázuriz.

En el patio del convento se levanta un peumo gigantesco, de tronco retorcido y nudoso, que indudablemente pasa de dos siglos, y que ha podido salvar como testigo de la batalla. Pero desapareció ya uno de los corredores del convento, que se conservaba tal como en los días 1º y 2 de octubre de 1814. Los trabajos del internado exigieron esta demolición. También había por ahí una puerta con demostraciones de las balas, aporillada en esa forma, hace más de un siglo.

Todos estos recuerdos han desaparecido. ¿Qué más si de las esquinas de la Plaza de Armas apenas se conserva una que da cierta idea de lo que fue? Allí estuvo instalado el hospital militar. Actualmente tenemos en su interior una pastelería elegante, que también visitamos. O'Higgins estuvo hospedado en esa casa cuando llegó con su división a Rancagua. Actualmente esa propiedad es de don José María Muñoz, según se nos dijo.

Pero nada fue tan grato para nuestras observaciones como el tiempo que permanecimos en la torre, acompañados del diligente Tito, el secretario, contemplando el panorama risueño de la ciudad y de sus alrededores y trayendo mentalmente, para contraste, el recuerdo del cuadro que a esa misma hora y desde ese mismo observatorio se divisaba el 2 de octubre de 1814.

De "*O'Higgins y Carrera en la Batalla de Rancagua*". — Roberto Hernández C.



Bernardo O'Higgins

## VII.-FIN DE LOS ACTORES PRINCIPALES DEL DRAMA DE RANCAGUA

*Dos razones han movido a la Dirección del "MEMORIAL DEL EJERCITO DE CHILE" a publicar los interesantes trabajos de los notables escritores Joaquín Díaz Garcés y Benjamín Vicuña Mackenna relativos a la muerte de los caudillos cumbres de la Emancipación chilena:*

*—El hecho de ser ambos los fundadores de nuestra patria independiente.*

*—La circunstancia de que en estos meses se cumple un aniversario más de sus respectivas muertes. Don José Miguel de Carrera falleció en Mendoza el 4 de septiembre de 1821 y don Bernardo O'Higgins, en Lima, el 24 de octubre de 1842.*

### LA MUERTE DE O'HIGGINS

JOAQUIN DIAZ GARCES

**H**AY en la menguada sala silencio de presbiterio e incisa claridad de cripta. La escasa luz cruza la estrecha ventana por los cristales empañados y llenos de polvo, deja en la penumbra los extremos de la habitación. Apenas se dibujan en él los contornos vagos de un viejo catre de madera con columnas torneadas, de un estante de caoba bruñido por el roce de cada día y de algunas imágenes clavadas en la pared, recuerdo de afección ingenua y leal.

En un sillón de Jacarandá, tallado, de alto respaldo al estilo español del siglo XVIII, tapizado de lampaz verde desteñido por el tiempo, se acaba de reclinar moribundo y exánime un anciano de enjuto rostro, afilada nariz, ojos vivos y majestuosa y serena cabeza. Una mujer que se le parece en lo físico y una criada indígena, lo ayudan a tomar la posición de mayor reposo, y en puntillas se alejan sin dar vueltas siquiera el rostro para observar con ternura silenciosa cualquier movimiento del doliente.

En la vecina sala, donde otros viejos muebles que han sido lujosos en su tiempo hablan de un pasado opulento, un

rayo de sol cae por la puerta entreabierta al través de los naranjos del patio. A su luz viva en cuya faja danzan su zarabanda las moléculas de polvo, brilla la caoba y el bronce de los muebles imperio, que, en el forro manchado y descolorido revelan el uso pertinaz de los años y son documento de lo tornadizo de las cosas humanas. Dos retratos colgados en los muros y encuadrados en marcos que la pátina del tiempo han esmaltado con el tranquilo matiz del oro viejo, hacen pensar en la historia americana de los últimos años de un siglo, y los primeros de otro. ¡Cuánta mudanza! ¡Qué reforma tan inmensa en tan cortos años! El virrey Ambrosio O'Higgins y el libertador Bolívar se miran frente a frente; y el más alto representante de la monarquía española y el más invencible capitán de la independencia americana, que ejercieron en la ciudad de Lima el imperio de su energía y de su genio, revelan en sus sombríos cuadros una misma altiva y serena confianza bajo su aureola común de inmortalidad.

La mujer y la criada pasan de la oscura y melancólica habitación del enfermo a esta sala más risueña y luminosa.

—¡Doctor Young! ¡querido doctor!— dice la mujer con aire desolado a un hombre que entra desde el patio. Algo me dice el corazón que es la última hora...

—Confiemos en Dios, señora Rosa. Poco hay ya que esperar de nuestras fianzas. El general ha marchado siempre del brazo con la muerte; ésta quiere vengar hoy en el pobre viejo los antiguos desdenes del soldado. ¡Quién lo hubiera dicho cuando faltaban seis horas para estar a bordo del buque que lo debía llevar a Chile!

—¡Su sueño de felicidad, doctor, durante veinte años alimentado con locura! Vea usted en esta mesa. Antes de encerrarse en los últimos días, acababa de hacer este discurso. Léalo usted. Contesta en él a la Municipalidad de Valparaíso que se figuraba lo había de recibir al desembarcar. ¡Pobre viejo! Tanto que ha sufrido, tanto que ha amado, tanta ingratitud que ha maltratado su corazón!

El doctor recorre emocionado el papel, le tiemblan sus manos y deja caer dos lágrimas que enjuga precipitadamente. A media voz lee estas palabras:

"Por preparado que viniese después de veinte años de ausencia de mi cara patria, era imposible no ser sorprendido bajo un cielo claro a la vista espléndida de la más pintoresca ciudad de las que he visitado en otras partes del mundo, con la diferencia que todos los edificios que coronan las alturas de Valparaíso tienen los verdaderos colores de frescura y alegría de la juventud, mientras que los otros del mundo antiguo de que he hablado, dan pruebas evidentes de la decadencia que atiende las edades".

—Señora Rosa, no sufra usted con esta separación. Para

el general la muerte es el tránsito a la inmortalidad. Usted no debe darle un adiós cuando en pocas horas más lo llame el Creador a su presencia; porque en ese mismo instante aparecerá de nuevo entre nosotros en Lima, en Santiago, en Buenos Aires, transfigurado, glorioso en medio de las aclamaciones que enmudecen mientras vive.

La dama sigue llorando silenciosamente. No es hija del virrey como el general; pero ha nacido de la misma hermosa mujer que cautivó su corazón. Su amor acrisolado en cuarenta años de vida fraternal, en la grandeza y el destierro, la ha allegado al hermano como la roca que baña el mar se allega a golpes de ola al caracol.

—No olvidaré nunca —prosigue exaltándose el fiel médico—, que he asistido a la agonía del más valeroso soldado de América. Siento que en este momento llegan en espíritu a esta casa todos los próceres y héroes muertos en las batallas o en el destierro; mudos y silenciosos contemplan el último día del vencedor de Rancagua, de Chacabuco y de Maipo.

Un instante de silencio. Del patio llega un ruido de sandalias. Un fraile franciscano se asoma a la puerta en actitud de interrogar:

—Sigue mal, padre. La muerte está cerca. ¿Dirá usted la misa como antes en la habitación del lado? El enfermo espera.

Entre tanto, el anciano ha entornado los ojos y aunque parece dormir, el gesto severo que se estampa en su frente y que va por momentos suavizándose, revela el desarrollo de sus pensamientos.

¡Chile! Cuánto significa, para él, esta palabra. ¡Para él, que rodeó el continente por el más tormentoso mar, en medio de tempestades horribles, en un miserable barco de vela, para llegar a sus costas donde ya se habían posado antes sus más ardientes sueños de niño como una bandada de blancas gaviotas. Para él, que conoció a su patria esclavizada, dormida en hondo sueño, cerrada a la luz y al pensamiento, y que, sin tiempo para amar ni recoger las flores de la primavera de su vida, tomó la espada para despertarla y romper sus cadenas! ¡Para él, que alcanzó a verla dando sus primeros pasos, vestida de blanco y débil como una convaleciente que sale a su jardín!

Y los labios del moribundo, secos y ardientes, se mueven para acariciar la palabra tan amada: ¡Chile! La ausencia, los dolores, el deseo febril de arribar a sus playas, le presentan su tierra vestida con todas las galas del paraíso de los creyentes. Los puertos, a la orilla de un mar intensamente azul; los campos verdes, tendidos como una sábana de esmeraldas al pie de la inmensa cordillera coronada de nieves; las ciudades, nuevas y populosas, surgiendo entre las viejas arboledas españolas como castillos blancos; el cielo, imperturbable en medio

pe una voluptuosa primavera que lo envuelve todo en ondas tibias; y, sobre esté Edén abierto con el esfuerzo y la sangre de tantos héroes, apóstoles y mártires, la joven bandera flameando a las brisas de la paz y la concordia!

Y toda esta aparición luminosa que, con la fiebre de sus pasiones de soldado, ha querido volver a ver un solo momento antes de morir, se retira de su camino para siempre. Le parece de pronto que estas últimas palabras las ha dicho una voz extraña, como una sentencia de muerte, y poniendo el oído atento pregunta a media voz ¿para siempre?

De la pieza vecina, apagada como un rumor de insectos, vienen las voces de los suyos, de los únicos que acompañan sus horas de soledad y melancolía.

Hay un momento en que la imaginación cansada se paraliza. Parece que flotara en un espacio oscuro donde no llega la luz ni la voz humana. Las imágenes se han borrado, los recuerdos se han detenido. De pronto, entre la oscuridad, surge una pequeña iglesia blanca, algo derruida, en medio de una aldea humilde. Sus soldados lo rodean. Un incesante tiroteo resuena en todos lados. Una bandera cubierta con un crespón negro se ha fijado en las trincheras para mostrar al enemigo el pacto con la muerte.

¡Rancagua!

Desde la torre en donde se encuentra en ese instante y cuya pequeña campana siente ahora sobre su cabeza, divisa un regimiento de dragones españoles que avanza desplegado por el campo lleno de sol. Un corpulento jinete de poncho blanco va al frente. ¿Quién es él? pregunta. La voz de un campesino contesta: ¡Es Osorio! Luego descubre a la división de los Carrera que se precipita a la carga; pero muy pronto los ve dispersos por el campo y disparando al galope en todas direcciones.

El cañoneo no cesa; el agua ha sido cortada. Los soldados están negros de morder cartuchos; los tiros revientan antes de allegarles el lanzafuego en los cañones caldeados. El parque estalla. La aldea se incendia. Entonces, el general ve una figura familiar desde las viejas campanas; es la muerte que lo invita a seguirlo. Pero monta a caballo, reúne a los suyos. Carrera, Freire, Molina, Astorga y otros agrupan los soldados. Y esta legión de la muerte, en medio de un alarido salvaje, rompe las trincheras, atraviesa el enemigo y se lanza en frenética carrera hasta los Andes.

¡La Patria Vieja ha muerto!

El anciano ahoga un sollozo y deja caer la cabeza sobre su pecho.

Por la puerta entreabierta, el general ve levantarse el altar con flores. La hermana entra en puntillas, se acerca, coloca su mano suave y tibia sobre la frente ardorosa del mori-

bundo. Young avanza en puntillas. El general lo ve y le dice en voz baja:

—Ahora, sí, doctor, que nos embarcamos.

—¿Para Chile, general?

—No lo sé. Se me confunden en este momento las playas del descanso... ¿Para mi patria o para otra vida mejor? ¡Quién sabe! Pero siento que mi barco arriba...

Y como en ese momento el sacerdote revestido comenzara las oraciones, todos se pusieron de rodillas; el general, abriendo los ojos, apoyó sus manos sobre los brazos de la silla y movió los labios para orar.

Pero luego volvieron, insistentes, los recuerdos. Un hombre delgado y pálido lo miraba intensamente, él le tendía la mano; ambos se hacían un juramento. ¡Era San Martín! De esa unión se formaba un ejército entero y tantas como sus soldados y más que ellos eran sus esperanzas y su fe. Como si fuera ayer, ve palpitante la marcha triunfal, al través de la cordillera hasta Chacabuco; su carga heroica sobre los flancos de los cerros, su fatiga después del combate, cuando Soler sobre un caballo blanco como podía ir la vanidad cabalgando sobre la envidia, le reprendió su empuje llamándolo indisciplinado y él, jadeante como una fiera después de la cacería, no replicó una palabra y palideció como la muerte.

Los ojos del general, cerrados un instante, vuelven a abrirse; pero esta vez a la realidad. Ya no es un sueño. Por lo menos la operación no es vaga ni mental. Un sacerdote dice la misa frente a él. Es la misa de acción de gracias por la batalla de Maipo. Inmenso rumor de pueblo, de tambores y clarines, de campanas lanzadas a vuelo, de petardos y de vitores, viene rodando en alas del viento como un trueno lejano, pero como un trueno de gloria y de alegría. Las salvas de los cañones rompen de cuando en cuando este clamor gigantesco que sube en una marejada tempestuosa. Descargas de fusilería levantan a cada instante un nuevo vocerío que se mezcla a los repiques de las campanas y a las dianas de los cuarteles, como un coro más grandioso que el de los combates, porque es el de las victorias.

El director supremo siente acercarse este océano de ejército y de pueblo sobre el cual millares de banderas y de ramas verdes se agitan en el aire en discordante aclamación. Vestido con su casaca bordada de oro, rodeado de sus ministros Zenteno, Zañartu y Echeverría; escoltado por Freire, Prieto, Benavente, Bulnes y otros de rostro juvenil, mirada de fuego, figuras altivas y espadas gloriosas, penetran al templo, donde al acallarse el himno de los cañones, campanas y tambores, surge otro de cánticos sagrados, severo y grave, como los versículos del Te-Deum.

Ve el general levantarse a su lado las imponentes colum-

nas de la Catedral de Santiago; llenarse sus naves con una inmensa muchedumbre; avanzar las delegaciones de los regimientos con las banderas inclinadas; los frailes cantando con cirios encendidos en las manos, los monaguillos meciendo los incensarios de plata; y sintiéndose un rumor de mar agitado, de cantos, voces, pasos sobre la piedra del piso, espadas que chocan y fusiles que se alinean.

¿Qué cortejo es éste? ¿Quiénes avanzan hasta dos pasos de su dosel de honor? Es San Martín que viene rodeado de los guerreros argentinos, de Quintana, Balcarce, Las Heras y cincuenta más de altivo continente y fiera apostura.

Allí en el fondo continúan los cánticos sagrados y de afuera entran en oleadas los ecos del clamor de un pueblo entero, que celebra la victoria, con las salvas que se disparan de minuto a minuto en los cuatro extremos de la ciudad.

El sol de las victorias cae sobre los vidrios de colores, forma un arco iris que atraviesa la oscura nave y se quiebra sobre la muchedumbre inquieta y rumorosa.

Pero los cantos van extinguiéndose, las luces apagándose, las aclamaciones alejándose. Aquellas figuras palidecen como sombras, éstas se borran como jirones de humo, las columnas se retiran como los decorados de una escena; todo queda solitario, abandonado, silencioso. ¡Qué efímeros son los triunfos!

A lo lejos, desde un rincón, una figura hace señales misteriosas: es la misma que lo invitó en Rancagua a seguirlo, es la misma que pocas horas antes ha vuelto a acercársele. Es la muerte que llega.

La misa ha concluido. Rosa se acerca y le oprime una mano. El moribundo sonrío. La sala vuelve a quedar un momento en silencio; sombras y amarguras invaden su mente. Son las primeras turbaciones del Gobierno. Ha acabado la epopeya, comienza la lucha sin laureles y sin glorias, las estériles batallas contra las ambiciones de los hombres, las calumnias y las injurias. Una procesión, de víctimas pálidas y desencajadas pasan, con un hilo de sangre sobre el pecho o en el cuello. No le acusan sin embargo. El viejo cierra los ojos y frota su mano sobre la frente como para borrar todo aquello ¡que amarga su última hora.

Young y Rosa están a su lado. La fiebre ha subido, los ojos tienen extraño brillo. Lo levantan cuidadosamente y lo acercan al lecho donde la casaca del Director Supremo que se hizo mostrar por la mañana cae como un trofeo, plegada sobre la banda de capitán general que cruzaba su pecho.

Recuerda, al verla, la escena del Consulado, los airados ademanes de sus amigos, su inmensa soledad, su abandono de todos, la abdicación del mando en un supremo movimiento de heroísmo y grandeza de alma... y levanta su cabeza con orgullo.

Un instante después tendido en el lecho y respirando con

dificultad, ve pasar todavía imágenes antiguas, su viaje a Santiago, a Valparaíso, su arresto, su embarque a bordo de un buque inglés y su llegada al Callao, para no volver!

Un incesante ruido se siente en el patio: roce de pasos sobre las losas, hojas oprimidas en el suelo. Medrosamente, lentamente, van entrando a la humilde morada, viejos y niños, soldados y mujeres, que se agrupan bajo los naranjos, se imponen silencio con un dedo sobre los labios y esperan.

Ha corrido la noticia de que el capitán general de la República de Chile, brigadier del ejército de Buenos Aires y gran mariscal del Perú, está agonizando; y un sentimiento de emoción recorre plazas y calles, levantando los recuerdos de la independencia como un toque de rebato.

Y mientras en la sala triste en donde las sombras del crepúsculo comienzan a hacer su nido, sufre agonías de muerte, soldados de los tres ejércitos que han ido quedando en la ciudad de los virreyes después de la guerra, llegan de todas partes para ver por última vez al prócer del Roble, de Rancagua, Cancha Rayada, el general de Chacabuco y Maipú, al proscrito de la hacienda de Montalván, al primer ciudadano de Chile.

Dos o tres veteranos, que pelearon en Maipo y que poco antes habían estado en Perú con Bulnes para conquistar glorias y heridas en Yungay, han logrado entrar a la habitación y lloran de rodillas en un extremo.

Rosa tiene una mano sobre la frente del anciano y con la otra le oprime la derecha. El aliento del moribundo es entrecortado y difícil.

Young y el fraile, de rodillas dos pasos más lejos, murmurarán las letanías de la buena muerte que resuenan desgarradoras en el contraste de la humana gloria con la humana miseria.

El general se incorpora súbitamente, mira sonriendo al médico fiel, tal vez más lejos divisa a los soldados de Chile. Con una mano aparta la casaca de Director y con la otra atrae hacia sí un hábito de franciscano que ha pedido antes.

—¡Va a comenzar la batalla —dice— éste es el uniforme que Dios me manda!

Minutos después cierra los ojos en actitud de descansar.

Un agudo sollozo de Rosa, indica a todos que el último héroe de la independencia americana ha muerto.

Las puertas son empujadas desde afuera y un incesante desfile de soldados inválidos, de oficiales, de gente del pueblo, de viejos y de mujeres, pasa toda aquella noche y al día siguiente por la habitación de O'Higgins...

¡El proscrito despertaba a la vida de la vida de la inmortalidad!



## FUSILAMIENTO DE DON JOSE MIGUEL CARRERA

BENJAMIN VICUÑA MACKENNA.

### I

A MANECÍA el 4 de septiembre de 1821, y los primeros destellos del alba, penetrando a través de espesos barrotes, teñían con un tenue resplandor la celda en que dormían en paz el último sueño de la vida los tres condenados a muerte. Aquel sueño era el descanso del ser físico y del mortal estropeado y deshecho. Al fin los campeadores de los llanos habían traído a la jaula aquellos leones indómitos cuyos rugidos arrebataran el pámpero rizando el gran océano como si sacudiera la crespada melena de sus ondas, y que resonara en seguida, cual eco del trueno, por entre los abismos y las crestas andinas. La batida había sido dilatada, incansable la persecución, terribles los asaltos; pero, al fin, jadeante y extenuados estaban ahí encorvados bajo una bóveda de piedra aquellos gigantes del terror y de la gloria.

Empero, Carrera y Benavente habían depuesto su despecho y su porfiada ira cuando los hombres, tomada ya por éstos con inicuo cálculo su última cuenta, les dejaron sus horas libres para consagrarlas al que con otra especie de justicia grande y perentoria iba pronto a interrogarlos. Luego, en efecto, que puestos de rodillas escucharon con cristiano y solemne recogimiento la sentencia porque debían morir, pidieron la asistencia de un confesor, e inclinando de nuevo sus frentes, no ya delante de viles carceleros, sino a los pies del Eterno que creó la luz y salvó al hombre, invocaron su misericordia sobre el cúmulo de sus culpas, de su ingratitud y de su olvido. Carrera sobre todo, que era padre, que había amado como esposo, que había gustado alguna vez un poco de esa dicha que la divinidad ha querido santificar como uno de sus misterios con la unción de sus inefables sacramentos, postróse penitente, arrepentido y lleno de esperanza ante el sacerdote que le asistía, y repasó sus fragilidades de hombre, desde que mancebo e incauto sintió sobre su conciencia el primer agujón del pecado. Sobre sus hechos públicos guardó, al contrario, un profundo silencio. No necesitaba

la absolución de lo que no era un remordimiento para sí propio, y dejaba a la posteridad aquella parte de su confesión que se refería a su vida de caudillo de pueblos, de campeón de una causa, de jefe de los montoneros.

Era, pues, lícito que ahora durmieran en paz con sus almas sanas y perdonadas, los dos prisioneros de la pampa; y un ángel parecía mecer sus alas de blandura y de luz sobre sus frentes. Tan leve y tranquilo era su sueño.

## II

Al fin la aurora desató su luz y el día se hizo paso por el claustro de la cárcel de Mendoza al calabozo de los reos. Carrera fue el primero en despertar. Acaso soñaba con sus hijos, y el canto matutino de las aves le pareció que era la voz de sus caricias.

Oró un instante con aquellas inocentes plegarias aprendidas del labio de la madre, que el hombre jamás olvida, y que ahora en el último día del proscrito parecían un eco de su cuna que viniera a rodar sobre la fosa ya entreabierta.

Despertó después a Benavente, y poniéndose ambos de pie, se estrecharon con muda emoción entre sus brazos y lloraron como lloran los valientes, sin que las lágrimas aparezcan sobre la pupila del ojo, mientras caen mudas y ardientes sobre el corazón.

¡Así habían llorado tres años antes, en aquel mismo sitio y en la hora temprana de su postrer día los dos hermanos de Carrera!

Ahora pensaba él en aquéllos con más intenso amor, comprendiendo su destino por el suyo propio; y dejando que su pecho se inundara de ternura, bendecía su memoria e invocaba sus manes como la más dulce aparición que su lastimada fantasía anhelara ya. ¿Por qué, se preguntaba a sí mismo y mirando con tristeza a Benavente, ha de haber en el martirio esta dualidad cruel que quita a la abnegación su temple y da a la agonía del suplicio una doble intensidad? Morir le parecía un esfuerzo grande de voluntad, cuando la muerte era la extinción de la propia vida; pero morir como murieron sus hermanos, y como él mismo moriría ahora llevando a su lado un ser de su amor, un amigo generoso, el más fiel y el más abnegado de sus servidores, un héroe y un hermano, cual en verdad era Benavente para él, le parecía tan inhumano, tan atroz que se sentía abatido con aquella funesta fraternidad del patíbulo que se repetía ahora, por segunda vez, en el sótano de Mendoza.

## III

Carrera, empero, había resumido todo su poder de voluntad, todas sus facultades de resistencia en un solo pensamiento, especie de última filosofía del dolor en la que no hay esperanza

sino desengaño, no hay fe sino desdén. Cuando se quitara la espada para ponerla en las manos de un traidor, se dijo a sí mismo que hasta ahí había llegado solamente su rol de soldado; cuando en una arenga, palpitante de convicción, trazó a grandes rasgos el cuadro de su carrera política, teniendo por auditorio a todo un pueblo, dio también por concluida su misión de caudillo, y por fin al descubrir su pecho a un ministro de su religión, creyó dejar cumplido su último deber de cristiano. Ahora iba a ser sólo un filósofo.

El mundo, los hombres, el patíbulo, la humanidad, la patria, la posteridad, su hogar, la historia y su genio, le parecía sólo, en su inmenso desengaño, una página fugaz y despedazada que el soplo que llaman la vida hiciera girar en el inmenso vacío que llaman la Humanidad unos, el Universo otros, la Nada algunos.

Todo le parecía un vano nombre, una impostura pueril y sólo cuando, como al acaso, su pupila se detenía en el estrellado firmamento donde su mirada vagaba distraída, escapada a las tinieblas de sótano por entre las rendijas que daban entrada a la primera luz, creía ver la enseña de la Omnipotencia, y entonces se juzgaba un átomo de vida que otro átomo bastaba para anonadar. Carrera era en su última hora tan horrendamente desgraciado, que necesitaba olvidarse de su humanidad para no sentirse perdido.

Su compañero Benavente se encaraba delante de la muerte con otro ceño y otro presentimiento. Para él, el patíbulo era como el filo de un sable o la metralla de un cañón; el banco sería sólo una descarga de fusiles, y según su mente, para ser pasado por las armas, no se necesitaba ni uniforme, ni rubor, ni frailes ni verdugo; se necesitaba una sola cosa: el valor del soldado y acordarse de Chile.

Y este recuerdo y aquella bravura inmortal sobraban en el alma del magnánimo campeón para no sentirse del todo sereno y confiado. Esperaba, esta vez la última hora como había esperado otras veces la señal de marchar al ataque tocando los clarines y agitando los sables; y ahora mismo todavía, en esos postreros solemnes momentos, llevaba su mano con cierto gozo a los grillos que trababan sus pies, porque le parecía sentir en su contacto algo como el acero de la espada.

Carrera iba a morir como un filósofo; Benavente como un soldado, y mientras cambiaban, el uno su escepticismo y el otro su denuedo en un diálogo de imágenes grandiosas y de palabras altivas y varoniles, el tercer compañero de capilla, el desgraciado coronel Alvarez, extenuado por los años, sus fatigas y sus pesares recientes, se acercaba a ellos, novedoso, como para empapar su alma desfallecida y llenar su mente vacía con la irradiación ardiente de aquella última plática de los héroes. El pobre hombre iba a morir casi sin comprenderlo él mismo, pues

sólo recordaba que había peleado y que había sido leal a sus comprometimientos con un jefe que le había alistado en sus banderas.

Preocupados por su mutua plática, los condenados a muerte habían visto correr las primeras horas de la mañana, y ya sonaban las nueve en los campanarios del pueblo, sin que hubiesen hecho los últimos preparativos de su jornada al patíbulo. Acaso pensaban que sería muy breve y rápida tarea el saltar del calabozo al banco, después que era su costumbre el medir los días por el número de las leguas del desierto.

#### IV

Carrera, sin embargo, apartó un instante de su corazón la banda de hielo que lo ceñía, y tomando la pluma, dejólo por un instante respirar su último aliento de ternura en estas palabras que no alcanzaría tampoco a terminar:

*"Sótano de Mendoza, septiembre 4 de de 1821, 9 de la mañana."*

"Mi adorada, pero muy desgraciada Mercedes; un accidente inesperado y con conjunto de desgraciadas circunstancias me han traído a esta situación triste. Ten resignación para escuchar que moriré hoy a las once. Sí, mi querida, moriré con el solo pesar de dejarte abandonada con nuestros tiernos cinco hijos en país extraño, sin amigos, sin relaciones, sin recursos. Más puede la Providencia que los hombres."

#### V

Una visita que le mostraba un semblante risueño interrumpióle en aquel instante. Era el oficial de la guarnición de Mendoza don Manuel Olazábal (el mismo a quien había sorprendido Aldao en Corocorto, y se había batido después en el Médano mandando el ala derecha de los mendocinos), que venía apresuradamente a participar a los reos en una súbita esperanza de salvación.

Algo extraño acontecía en aquel momento en la ciudad aunque el emisario de clemencia que se presentaba en la capilla de los reos no podía insinuar sino una vaga esperanza. Carrera dióle paso en su corazón y añadió a la carta en que se despedía de su esposa esta postdata: "No sé por qué causa se me aparece como un ángel tutelar el oficial Olazábal con la noticia de que somos indultados y vamos a salir en libertad con mi buen amigo Benavente y el viejecito Alvarez que nos acompaña."

## VI

Pocos momentos después, presentóse el oficial Cabero en la puerta de la capilla, y leyó en alta voz una esquila que el Gobernador Godoy Cruz acababa de escribir en un pedazo de papel y que estaba concebida en estos términos:

*"Mendoza, septiembre 4 de 1821.*

"Se suspenderá la ejecución del coronel prisionero don José María Benavente hasta nueva disposición. Hágase saber a quien corresponda y por los conductos respectivos:"

"Godoy Cruz"

Atónito quedó Benavente al oír aquel decreto de perdón cuando ya su alma intrépida se sentía casi habituada a la resolución de morir. Lanzó una mirada ardiente y escrutadora sobre su compañero de capilla, como interrogándole sobre si aquel indulto era para ambos un bien o un tormento y si en realidad no sería más cruel separarse delante del patíbulo que morir el uno junto al otro. El generoso camarada de Carrera sintió lo primero al verse exceptuado en la última hora por un perdón que humillaba en cierta manera su gloria de soldado y echaba un velo sobre aquella amistad magnánima que ató su destino al de su jefe. Más tarde ha contado él mismo, en efecto, que estuvo a punto de llamar de nuevo al fiscal para protestar por un indulto que él no había pedido y que desdeñaba, si era sólo una cruel e inoportuna excepción.

Pero Carrera recibió sólo una emoción de gozo al saber que su amigo ya no iba a morir. Durante su cautiverio, el noble caudillo no experimentaba, en verdad, un pesar más hondo que el contemplar la suerte de los hombres que se habían perdido con él por ser leales a su causa; y toda su solicitud, su más íntima sensibilidad había estado consagrada a tributarles un último agradecimiento y a ofrecerles sus más eficaces consuelos. Carrera había desdeñado el decir una palabra de sí propio a todos aquellos a quienes una insinuante compasión arrastraba a su calabozo; pero había hablado sin cesar de la desgracia de sus compañeros, del dolor de sus familias, de la inutilidad de su sacrificio y resumiendo sobre sí solo la responsabilidad de todas las acusaciones, protestaba de las sanas intenciones de los otros y vindicaba la conducta de éstos a costa de la suya propia. Aquel perdón del más querido y del más fiel de sus amigos levantó, pues de su alma un peso de dolor que le agobiaba, y estrechó a Benavente entre sus brazos exhortándole a la vida con éstas palabras de tierna elocuencia que son el adiós de los calabozos. Hablóle con emoción de lo poco suyo que aún

le quedaba en la vida, que era su esposa y sus hijos; le recomendó a rescatarlos de la horrenda situación en que gemían, de esforzarse porque se les restituyera su patrimonio en Chile, de velar por la educación de sus hijos y enviar al infante, que acababa de nacerle, a Estados Unidos a fin de nutrir su alma tierna con los grandes principios de aquella sana libertad que él amó entre los hombres virtuosos que guardaría aún con respeto su memoria. Y dando por último a su pecho toda la expansión que su intenso dolor le arrancara, quiso decirle que le hacía el heredero de todo lo que su amor le conservaba en la tierra. Benavente comprendió cuánta ternura cabía en aquella insinuación. Su amigo quería hacerle más aceptable la herencia de paternidad que le legaba como una responsabilidad, dándole un título a ocupar, junto con su memoria, a saber, el corazón de la que amará como la madre de sus huérfanos hijos. Una tradición íntima y sagrada ha conservado a la historia aquel secreto de una última confidencia que fue el único testamento del General Carrera, pues al morir no tenía más bienes que la cabaña prestada que albergara a su familia.

## VII

Entretanto ¿a qué se debía aquel acto de clemencia que había cambiado tan inesperadamente la escena de silenciosa resignación que tenía lugar en la capilla? Era que el Gobernador Godoy Cruz, hombre ilustrado, aunque severo, que había sido condiscípulo de Carrera en las aulas de Chile, y que le profesaba, a pesar suyo como una irresistible admiración, quiso hacer en la noche del día en que confirmó la sentencia del consejo de guerra como gobernador de la provincia, un último esfuerzo extrajudicial y humanitario para salvar a los reos.

Envió, en consecuencia, al iracundo y selvático Gutiérrez una diputación de respetables vecinos a cuya cabeza iba su anciano padre don Clemente Godoy, el decano de los patricios de Mendoza, pero el inhumano vencedor del Médano dio vueltas la espalda a estos emisarios de clemencia, como lo había hecho por la tarde con los vocales del Consejo.

Agotado todo recurso e inhabilitadas ya todas las influencias por el brutal desprecio del arriero-general, vínose sin embargo a la mente del angustiado hermano del coronel Benavente, don Juan José, que hemos dicho se había casado en Mendoza y estableciéndose allí como comerciante, el impetrar la gracia de su hermano por medio de una comisión de las más respetables matronas de Mendoza que, vestidas de riguroso luto, solicitaron ya tarde de la noche, ser conducidas a la presencia del implacable sayón, árbitro supremo de vidas y haciendas en aquel instante. Y no oyendo éste, ahora, que se pronunciase el nombre de Carrera, y como por una concesión de fastidio y de

desdén, contestó que si las mujeres lo querían se podría perdonar a Benavente. Esta gracia era, pues lo que había dado origen al decreto del indulto que hemos visto se notificó a los reos en la mañana del día de la ejecución.

## VIII

Sereno ya Carrera y agradecido a la Providencia que le deparaba un padre a sus hijos y un compañero a su esposa en aquel mismo hermano cuya inmolación iba a serle tan amarga, púsose de nuevo a consignar los últimos encargos y los últimos votos de su tierna solicitud, escribiendo a un antiguo y probado amigo esta lastimosa esquila que nos ha conservado el acaso:

*"A las 11 del 4 de septiembre de 1821, en la cárcel de Mendoza.*

"Señor don Francisco Martínez Nieto:

"Hoy antes de las doce seré víctima en la plaza; fui entregado por mis soldados después de la derrota del 31. Apenas me dejaban tiempo para recomendar a Ud. mi desgraciada familia, aislada y sin recursos, en un país desconocido, con tiernos cinco hijos; toque Ud. todos los recursos imaginarios para atenderla y consolarla, hable Ud., a todos los amigos, hágala conducir a Montevideo y de allí, si hay permiso, a su país donde quizá consiga la devolución de sus intereses a cuyo fin voy a escribir en éste ..."

El desdichado padre iba a añadir, sin duda la palabra momento cuando llegó para él el último de su existencia. La mano de la muerte atajó la mano del esposo. El alcaide de la cárcel, que era conocido con el apodo de Corocorto, presentándose a la entrada del sótano, y corriendo el pesado cerrojo que lo guardaba, vino a decirle que el camino del banco estaba ya expedito.

## IX

La comitiva funeraria púsose al instante en marcha.

Precedíala aquel valiente mancebo penquista llamado Monroy que quitó la vida de una lanzada al General Morón en la batalla de Río Cuarto, y que descubierto entre los prisioneros del Médano por la chaqueta galoneada del general mendocino, que llevaba como legítimo despojo de guerra, fue condenado a morir por una simple orden verbal del vencedor.

Seguíale el Coronel Alvarez, turbado un tanto por las emociones humanas que agitaban su ya decrepita naturaleza. El viejo miliciano se esforzaba, sin embargo, en encontrar resignación recitando las oraciones de la Iglesia católica, que tanto confortan a los creyentes en su hora postrera.

Carrera debía ser el último en salir, y aprovechando aquel

instante de sobresalto y confusión en que se organizaba el fúnebre convoy, escribió furtivamente en un fragmento de papel con un trozo de lápiz, este postrer adiós al mundo y al deber: "*Miro con indiferencia la vida. Sólo la idea de separarme para siempre de mi adorada Mercedes y tiernos hijos, despedaza mi corazón. ¡Adios! ¡Adios!*" Y escondiendo bajo la tapa de su reloj aquellas cifras, como si quisiera ocultar una última debilidad arrancada por la tierra, acercóse a Benavente, y con una mirada en que se diseñaba la emoción de un sublime esfuerzo, tendióle la mano. Y al apartarla de nuevo, cual si la existencia de aquellos dos infortunados amigos se despedazara dentro de sus pechos, las barras de los grillos resonaron dentro de sus férreos anillos con la convulsión de un dolor hondo e inmenso.

En un instante más, Carrera estaba en el pórtico de la cárcel que se abre sobre la plaza pública.

## X

Acababan de sonar las once en los campanarios de la ciudad.

Era una mañana despejada y hermosa, fresca como la brisa de la primavera, brillante con el sol que al encumbrarse por encima de las pampas venía bañando de luz las perspectivas. No era ya la hora sombría, ni el solitario recinto, ni el turbado afán de los sayones que acompañaron el suplicio de los primeros Carrera. Un inmenso tumulto se agolpaba, al contrario, en aquellos momentos por todas las bocacalles que dan acceso a la plaza en la que estaba tendida, a lo largo de sus cuatro costados, una hilera de infantería, mientras que los escuadrones vencedores en el Médano formaban a retaguardia en doble columna. El populacho, ávido y febril, se introducía por todas partes en el estrecho recinto que dejaba libre la tropa, mientras que las familias principales de Mendoza se ostentaban sobre las azoteas de las casas que forman el marco de la plaza, cual si asistiera a una espléndida fiesta. La torre de San Francisco, opuesta a la cárcel en el costado occidental de la plaza, y la de la Matriz que forma un ángulo al sur en aquella misma línea, parecían como si estuvieran vivas, con los enjambres de gente que se estrechaban hasta las cornisas más débiles y voladas de su estructura.

Era aquel, en verdad, un espectáculo raro y melancólico. Todo un pueblo quería ver morir al montonero cuya fama ponderada fuera antes su terror, y ahora su cruel regocijo, después de la victoria. Hubo en este día algo del circo de Roma, y aquella ciudadaja de los Andes parodiaba, sin saberlo, las fiestas predilectas del pueblo-rey cuando aplaudía con entusiasmo al gladiador herido de muerte, que sabía caer con gracia en el sangriento anfiteatro. ¡Ay! De la soberbia Roma sólo queda hoy en pie aquel *coliseo* cuyas altísimas murallas desbordaron

de sangre y cuando el moderno viajero se acerca meditabundo a contemplar sus ruinas al claro de la luna silenciosa, parecele ver la sombra de Nerón, y en aquella misma plaza que se ostentaba ahora engalanada como en un aniversario de entusiasmo nacional, se oirían más tardes las descargas de los fusilamientos de sus propios hijos y los gemidos de los que caían bajo el puñal del fraile Aldao. ¡Tristísimo encadenamiento de las pasiones que rompen la valla de la justicia y pasan por la historia de los pueblos como una ráfaga de maldición de ruinas!

Contrastaba con el tumulto de la plaza pública, la actitud serena, la planta reposada y el apacible rostro de la víctima ilustre en que todas las miradas se fijaban con involuntaria conmoción. Carrera ya no era el montonero de las pampas en presencia de la población de Mendoza: era el dictador de Chile y Buenos Aires que iba a morir delante de la posteridad, digno de su fama. Los ojos ávidos que escudriñaban su último pensamiento se bajaban con respeto al encontrarse con los suyos, y los gestos irritados que lo amenazaban al pasar, íbanse cambiando al contemplarle con melancólica expresión, cual si se reflejase en ellos la tranquila impasibilidad del grande hombre que iba a sentarse en el banco de los asesinos.

Un confuso bullicio agitaba la muchedumbre cuando el séquito de los ajusticiados asomó por el pórtico de la cárcel. Prolongóse todavía un momento, y la comitiva se detuvo.

El soldado Monroy, que marchaba el primero, desconcertado al ver el inmenso gentío que inundaba la plaza, se sintió desfallecer y perdió un instante el sentido. Era la vida física, prepotente por el vigor de la edad, la que se sublevaba en él arrollando el espíritu atrevido pero bisono e inculto del valiente muchacho. Recobróse empero, y el cortejo prosiguió la marcha. Carrera que había preguntado la causa de aquel retardo, se limitó a decir: *¡Extraña flaqueza en un muchacho tan valiente en la pelea!*

Alvarez seguía a Monroy.

El pobre maestro de posta del Fraile Muerto se encaminaba al suplicio con la mortaja del católico envuelta sobre su pecho. Besaba con efusión el crucifijo que le presentaba su confesor y repetía con voz entrecortada las plegarias del bien morir. El conturbado anciano parecía haber entrado ya a cumplir su condena de purgatorio, a que iba sentenciándole a cada paso el recoleto que le asistía, y en cada una de sus miradas parecía pedir a los asistentes un *padre nuestro* y un *ave maría* para su pobre alma destinada... El soldado y el hombre turbulento de la pampa habían sido transformados en las horas de capilla por la palabra fervorosa de los Ministros de Dios en el humilde creyente que gime y reza.

El General Carrera marchaba en pos del maestro de posta.

Un profundo silencio sucedió al murmullo de la agitada muchedumbre, cuando descendiendo de los arcos de la cárcel, apareció sobre la plaza. Iba vestido, como en los días de sus victorias, con su traje favorito de jinete. Ceñía su cuerpo el antiguo uniforme de húsar, esto es, la misma chaqueta bordada de paño verde que llevó a la jornada de la Cañada de la Cruz, pantalón de paño con bota de imitación desde la rodilla, chaleco claro con botones de metal ojalados hasta el corbatín, gorra redonda de campaña y una limpia y elegante manta blanca de lana bordada con una orla de seda de diferentes matices. Su rostro respiraba una serenidad a la vez altiva y resignada. Su bella cabeza, de cuya frente erguida comenzaban a despoblarse los negros cabellos dando a ésta más atrevimiento y más relieve, pareció armonizarse en su gracia y bizarría al resto de su figura, que era airosa sin ser esbelta, teniendo en todos sus movimientos, sobre todo cuando se ostentaba a caballo el garbo cortesano del hombre del gran mundo y la flexibilidad del apuesto jinete, junta con la planta verdadera del soldado. Sus ojos negros y ardientes miraban con indecible seducción mientras que su boca grande y expresiva, señal característica de familia, le daba en esta vez cierto aire de bondadosa impasibilidad.

Tal se encaminaba Carrera al suplicio y sin los pesados grillos que trababan sus pasos, hubiera parecido que el bizarro sargento mayor de *Húsares de la Concordia*, (1), en España, salía en aquel momento de su cuartel a montar a caballo para mandar la parada de su regimiento. Y en efecto, como si el espectáculo de armas que contemplaba reanimase un instante su espíritu militar, volvióse al oficial que iba a su retaguardia y un tanto sorprendido, díjole: *¡Cómo han podido formar ustedes un cuadro tan grande!*

En aquel mismo momento oyóse en el balcón de la sala de cabildo, que como antes dijimos, es la galería superior de la cárcel, la voz aguda de una mujer que profería algún denuesto. Era doña Juana C . . la misma dama que había tirado los bigotes a Benavente y que ahora apostrofaba a Carrera diciendo en alta voz: *¡Ahí va el montonero!.... ¡Fascinoso!.... ¡Ladrón chileno!.... ¡Asesino de Morón!....* Carrera al oír su nombre volvió el rostro y con voz clara y altiva dijo estas palabras *¡Pueblo bárbaro!.... ¡Dónde se ha visto que las señoras se presenten de esta manera en tales espectáculos?....* Y como el Padre Lamas que le asistía quisiera calmarlo, amonestándole sobrelleva aquellos sufrimientos con cristia-

(1) Debe ser error tipográfico. Es por demás sabido que se trata de Húsares de Galicia. (N. de la D.).

na resignación, sacudió los hombros y se contentó con decir: *¡Marchemos, padre!*

Mientras el sacerdote recitaba sus rezos con piadoso fervor al lado de Carrera, éste avanzaba sereno a lo largo del cuadro de tropas, dominando con su mirada grave y apacible el transporte febril con que le contemplaba la muchedumbre. Cuéntase que aún se sonrió al ver que un pilludo le sacaba la lengua; y al mirar de cerca a un joven oficial de caballería, a quien había conocido casi niño a su paso por Mendoza, en 1814, y que formaba ahora al frente de un escuadrón, hízole con agrado una insinuación de saludo que el militar contestó con su espada. Este oficial era el comandante don Juan Rosas, quien nos ha referido treinta y cinco años después, y sobre los mismos sitios, la mayor parte de los accidentes de esta jornada del patíbulo.

## XI

Al fin, los reos, haciendo el circuito de la plaza, llegaron al sitio donde estaban clavados contra un muro los tres bancos de la ejecución. Era el mismo puesto donde habían sucumbido los hermanos de Carrera, y éste, cual si conversara con sus sombras y creyera tenerlos a su lado como en mejores días, miraba los tres bancos como el altar del martirio que iba a segar sus tres existencias a la vez. Un soplo de la inmortalidad en que habitaban ahora los seres de aquel amor, parecía iluminar con un reflejo de eterno descanso la frente del hermano de Luis y Juan José Carrera.

Al sentarse en el banco, Alvarez y Monroy solicitaron reconciliarse, y se pusieron de rodillas delante de sus confesores. El buen recoleto que estaba al lado de Carrera, insinuóle con respetuoso ademán aquel ejemplo de humildad y expiación cristiana, por si él tenía que revelarle aún algo de su faltas íntimas; pero Carrera díjole con suave acento: *No, mi padre, a Dios lo tengo en mi corazón, no en los labios*, y, como impaciente de la demora, volvióse con viveza a hablar al mayor de plaza, a cuyas órdenes estaba el piquete de tiradores, que era el famoso y valiente Cristóbal Barcala, negro esclavo que había sido de un escribano de este nombre. Saludáronse ambos con cortesía, y Carrera, que conocía al hidalgo africano, díjole que él sólo iba a pedirle un último favor.

Era éste, que se le permitiese morir de pie, sin que se le vendaran los ojos y dando él mismo las voces de mando a los tiradores. Barcala contestóle que lo primero se lo concedía con satisfacción, pero que lo último era un deber tan privativo suyo, como mayor de plaza, que no podía acordárselo. *Al menos*, le replicó entonces Carrera, *escoja Ud. los*

*mejores tiradores y dígales apunten a donde yo ponga mi mano.*

Dijo, y dirigiéndose al banco con paso sereno y mesurado. Despojóse de su manta que le embarazaba, y que hubiera extraviado la puntería de los tiradores, y la entregó al buen Padre Lamas junto con su reloj, en cuya tapa estaba escondido, como dentro de su pecho, el último adiós que había escrito al salir de la capilla. Dióle las gracias por sus últimos servicios y le suplicó entregara aquella prenda a la madre de su infeliz esposa, rogándole, al mismo tiempo, se apartara a un lado porque ya iba a morir.

"En aquel momento, dice un oficial europeo que se encontraba entonces en Mendoza, oyó Carrera que alguien pronunciaba su nombre con emoción; levantó la vista y vio que una señora a quien él había conocido, llevando su pañuelo a los ojos, se inclinaba para saludarlo". El ajusticiado levantó airoosamente su gorra y con aire tranquilo y desenvuelto, retornóle su saludo. Así, la última manifestación que aquel espíritu altivo y desengañado rindiera a la vida, no sería ya ni un pensamiento, ni una emoción... fue sólo una arrogante cortesía de soldado. Y de esta manera el itinerario de la muerte del gallardo Húsar de Chile, que había comenzado por el sarcasmo de una mujer, vino a terminar en las lágrimas de otra.... ¡Raro y extraño episodio del patíbulo!

Todo estaba ya listo en aquel instante. Carrera se puso de pie delante del banco, y apartando con indignación al verdugo que se acercaba a vendarle los ojos, y a quien Barcala que había hecho adelantar cuatro tiradores, obligó a retirarse con una impaciente mirada, colocó con sublime reposo la mano derecha sobre su corazón, y fijando en las cumbres nevadas de los Andes, que se ostentaban a su frente esplendorosas con la luz de la mitad del día, una mirada de supremo adiós que parecía decir a aquellos gigantes de granito fueran testigos de que moría grande como ellos, entregó a Dios su pensamiento, su genio, su amor, su nombre, su destino y su inmortalidad.

Oyóse entonces un redoble de tambor. Los tiros habían partido.... y el cuerpo del héroe cayó de bruces sobre el suelo maldito de tantos martirios. Ninguna de las cuatro balas se habían perdido, atravesándole dos el corazón y despedazando el rostro las otras, sin dar lugar a la agonía.

Dos descargas siguieron y el drama sangriento de la pampa terminó. El primero y el último de los montoneros, el gran Carrera, su ilustre caudillo y el adolescente Monroy, héroe casi niño, habían dejado de existir.

De "*El Ostracismo de los Carrera*".  
*Benjamín Vicuña Mackenna.*

## VIII.-NUESTROS PROCERES

### NUESTRO HEROE CONTINENTAL

EMILIO RODRIGUEZ MENDOZA

**N**ADA más oportuno que la revalorización de la figura poliédrica, o sea múltiple, de aquel chileno excepcional, O'Higgins, que no se redujo a ser el creador de una nacionalidad; en efecto, amplió este hecho de posibilidades incalculables, porque un país es una creación continua, y su comprensión efectiva de la solidaridad fue la Expedición cuyo Ejército iba a las órdenes de San Martín y en cuyo buque insignia izaba la bandera de Chile aquel Lord amurrado, con un machete en una mano y un gran catalejo en la otra: Cochrane, gran abordador que por poco fue asegurado de cola y tirantes en la picota londinense, y del cual decía Napoleón en Santa Elena que si él, Cochrane, hubiera mandado la escuadra inglesa, no sé donde, las cosas habrían pasado de otro modo.

En los momentos anhelantes en que la libertad, acusada de incapaz de organizar un nuevo estado social y económico, libra una lucha gigantesca con el sistema, a la transición, que persiguiendo un nivel medio mejor, controla la totalidad de la vida política y productiva, ha sido un acierto superior evocar al que puso su espíritu y sus anhelos en la democracia, principio que no se puede asegurar que ha fracasado, sino, más bien, que ha sido aplicado con prescindencia de sus bases esenciales: la cultura y el bienestar, especie de obra gruesa del sistema.

¿Sería, a su vez, estable un régimen de ensayo que necesitara eliminar las libertades esenciales del individuo, como si no fuera viable llegar a una correlación legal entre la producción y el consumo, terreno en que no es imposible un acuerdo entre el capital y el trabajo?

## II

Durante los períodos convulsivos en que tuvo en sus manos el Gobierno, Carrera echó sobre la organización colonial su fogoso caballo de húsar: se le fue al cuerpo tratando de derribar su estructura, lo que no era relativamente fácil sino en el terreno meramente político y administrativo, como que creencias, tradiciones y atavismos de aquella época, aún ahora no ingresan definitivamente al museo de antigüedades...

En efecto, algunos de nuestros compatriotas más cristalizados en materia de ideas, estarían más en carácter si usaran peluca de martillo, puños de encajes, tricornio, pantorrillas blancas, bastón con borlas y echando adelante, al traspasar el portón de mojinete, al guacho o al negrito con el farol en la mano.

Horquillando una bestia parada en dos manos, Carrera —decíamos— se fue encima de la Colonia.

O'Higgins, en cambio, viendo penetrantemente, creyó que lo primordial era el aniquilamiento militar del poder español, y poco después de partir en montura de pellones de Las Canteras, vadea la correntada de los ríos del Sur; galopa a la cabeza de sus jinetes montados en bestias chúcaras, sin herrar; pelea en la descubierta; se atrinchera con sacos de porotos, panzas de grasa y líos de charqui; se encierra en Rancagua, en cuya torre con campanas como campanillas manda izar un trapo negro, lo que hizo ver rojo al toro bravo de Osorio; rompe el cerco, agarrado con dientes y muelas a su caballito campero y parte a sable las filas realistas "¡A la carga!"

Al desmontarse, entierrado y oliendo a sudor de caballo, ante el caserón de la familia Rosales, le sirvieron un vaso de agua con panales; luego aseguró la montura y se alejó a galope tendido de Santiago, donde ya entraba San Bruno con su chafarote, su morrión y sus talaveras.

Mendoza.

Gobernaba la provincia, San Martín.

Recibió con los brazos abiertos al fugitivo y le ofreció su pan, su sal y su vino. Una mesa abundante y frugal en que el plato de batalla era el puchero, servido a la luz de una vela de sebo, asistida por una botella de vino de los viñedos cuyanos.

San Martín solía extender un mapa sobre el cual se echaban de cabeza ambos próceres, señalando con el dedo cada paso cordillerano.

El argentino era hombre de poca palabra —un introvertido, dirían hoy—; solía quedarse ensimismado y al mirar el mapa, seguía costearlo con el dedo por la costa hacia el Virreynato, límite septentrional del vasto plan que iba tomándolo por completo y del cual impuso, por fin a O'Higgins, que

aun cuando tenía sangre irlandesa, se apasionó fogosamente de la idea. San Martín lo apaciguaba haciendo gestos de calma: —Primero hay que ver cómo sale eso de su tierra, don Bernardo...

Pues bien, cuando dejaron de machacar y cantar de sol a sombra las fraguas de fray Beltrán, la cordillera se empavesó de clarines y banderas; vibró íntegra; había llegado la hora azul de Chacabuco, y don Bernardo, picado desde el desastre de Rancagua, irrumpió de frentón, es decir de vanguardia, comprometiendo la acción y rompiendo en seguida las líneas realistas.

Después de Cancha Rayada y, por fin, de Maipo, O'Higgins, ya en el Gobierno, no pensó sino en el asalto al baluarte que, haciendo de trampolín, permitía al poder monárquico saltar sobre el Alto Perú, amagando a la Argentina y, por consiguiente, a Chile y toda esta parte del Continente.

En demanda de fondos, se raspaba a sable un presupuesto de ayuno general; no salía sino uno que otro patacón; el ejército del Sur se cubría de pellejos, y no faltó quien se permitiera el lujo de morir de hambre... El país estaba en cuero...

Malos tiempos, pero habría Expedición Libertadora. ¡Quien podría dudarle, como no fueran el Virrey y los maldicientes!

El Director solía extender sobre la mesa con patas de león, el mapa consultado en Mendoza y sostenido esta vez por unos candeleros de plata maciza, que habían sido del tontorrón de Marcó del Pont, y que no tardarían mucho en ser fundidos para que contribuyeran a la Expedición.

El 24 de noviembre se reunió con San Martín lo más pudiente del vecindario de Santiago. ¡Pues nada!.. No había más cera que la que ardía y en vez de echar mano del bostillo, un prócer malhumorado y "agarrete", dio un eslabonazo y en lugar de una onza, saltó una chispa como centella. Echaba chispas con tanto cupo y tanta contribución.

Se redujeron los sueldos; el Director Supremo mandó remontar sus botas con una borla en lo alto de la caña, y Freire, en el partido de la Frontera Sur, levantó el tono de sus rezongos habituales.

Pero habría Expedición Libertadora a fin de arrebatarse la vía marítima al Virreynato, dejándolo cortado, lo que daba alcance continental a la empresa ideada por San Martín y preparada por O'Higgins.

Nadie habría podido nada contra la visión hecha espíritu del procer y, en efecto, hubo Expedición. Tenía que haberla, porque de otro modo "todo se habría ido al diablo", según San Martín.

La Escuadra empezó de madrugada a levar anclas, y la

bandera y su estrella campearon en la perspectiva del mar, adueñándose del horizonte. Y del porvenir.

Había llegado el día magno. La bahía estaba llena de luz, himnos y barcos; el esfuerzo ascendía a la dignidad excelsa de lo épico y San Martín, que también lo había sacrificado todo por la empresa, recorrió la rada en una falúa triunfal antes de montar la nave bautizada con su nombre.

Abría la marcha Cochrane y la cerraba el Libertador. Era el momento continental del país y O'Higgins, que cumplía cuarenta y dos años ese día, se quedó con la vista fija en aquella bandada de velas blancas que empezaban a alejarse, absorbidas por la línea inflamada del horizonte.

Y la dijera o no —es indiferente— la frase inmortal, entrecortada por la emoción revoloteaba entre el corazón y los labios del héroe: "De esas cuatro tablas..."

La bandera de Chile —dice la "HISTORIA DE SAN MARTIN"— cubría la Expedición con su responsabilidad nacional, según lo convenido con San Martín, concurriendo Chile a ella con la decisión de su pueblo y su Gobierno, su tesoro y con la recluta con que había engrosado los dos cuerpos aliados que formaban el Ejército unido chileno-argentino". (1)

"Jamás ninguna de las nacientes Repúblicas había hecho un esfuerzo tan gigantesco en pro de la Emancipación del Nuevo Continente meridional. Es gloria de Chile haberlo realizado con el concurso eficiente del Ejército de los Andes, a costa de inmensos sacrificios". (2)

Alcanzada la libertad nacional, O'Higgins se había echado encima la tarea de dominar en el Pacífico meridional, paralizando los movimientos monárquicos por mar.

¡Obra enorme!

Sin embargo, el típico retraimiento nacional, al reflejarse en lo más vigoroso que ha producido la raza y el ambiente físico, ignora que O'Higgins es una de las figuras que integran por derecho propio la gloria de los Libertadores. Ignorancia negativa y deprimente.

Su acción continental —que es lo que articula la historia de Chile con la del resto de estos países— es deficientemente conocida y definida aquí, y, aún más, fuera.

O'Higgins pertenece a la clase de héroes destinados a que la verdad definitiva aumente considerablemente sus proporciones.

(1) Historia de San Martín.—Bartolomé Mitre (T. II. Pág. 534).  
(N. de la D.)

(2) Historia de San Martín.—Bartolomé Mitre (T. II. Pág. 535).  
(N. de la D.)

Nada, pues, más justo que la idea de S. E. el Presidente de la República, (3) máxime en estos momentos, porque el gran soldado, además de la Independencia Nacional y de ser un republicano inflexible, realizó con la Expedición Libertadora obra efectiva de solidaridad continental.

De "Historia y Estampas Cromáticas".—Emilio Rodríguez Mendoza.

(3) El autor se refiere, probablemente, a la iniciativa del Presidente Aguirre Cerda de glorificar oficialmente la figura del Libertador de Chile. (N. de la D.)

## CARRERA

EMILIO RODRIGUEZ MENDOZA

Era necesario hasta lo imperativo evocar de nuevo la figura de O'Higgins, medio olvidada por muchos, inclusive por el Presidente de uno de nuestros países, al enumerar los nombres de los Libertadores americanos. Pero esta necesidad y este deber, no ha podido significar, ni implícita ni explícitamente, el deseo de atenuar las proporciones del que primero trazó una trayectoria definida a la agitación confusa que empezó con la Primera Junta.

Y ya eso es bastante para hacer de Carrera una figura central de la Revolución que empezaba en medio de un panorama de conventos, torres grotescamente barrocas, casonas, carrozas de tableros, pelucas blancas y bastones con borlas.

Conmemorar a O'Higgins no significa, pues, el desconocimiento de tales hechos, y así lo ha demostrado inteligentemente la asistencia de S. E. el Presidente de la República al homenaje tributado al orientador inicial de la Emancipación.

Por lo demás, nunca sería fácil para el que tuviera la insensatez de intentarlo, borrar o difuminar al héroe nacional, acaparado en seguida, loca o genialmente por la audacia y la aventura y, finalmente, cogido, ensangrentado y descuartizado por un drama a la altura de los temas en que Esquilo juntó, como en su "*Prometeo encadenado*", la imaginación y la vida.

Al regresar de España, donde había sido herido, tira su caballo encima de aquella Primera Junta, que indudablemente fue un germen; pero cuyos vocales no se habrían atrevido a arrojar la peluca y el casacón como quien tira lejos los arreos de lacayo.

El héroe tenía entonces veintiséis años, y macho alguno de la ex Capitanía General fue más bizarro que aquel magnífico mocetón de espada, dolmán con brandemburgos dorados y botas de montar y pisar fuerte.

Era la Revolución a caballo; se apresuró a trazar a ésta el rumbo emancipador de que carecía hasta entonces, e hirió

sin trepidar a la Colonia en su estructura de ladrillos y piedra de armas esculpida con la pesada corona borbónica.

El nuevo caudillo era la audacia, la prepotencia, el nombre personal de primera persona; pero también era la visión del futuro y produjo hechos y acontecimientos adheridos al país y que crecerían junto con éste: el Instituto Nacional y un diario, "*La Aurora de Chile*", en que la mano febril del fraile de la Buena Muerte hablaba de Patria, tierra, mar, cielo y destinos propios.

Se agitó sobre el horizonte la primera bandera; campeó una escarapela con los colores nacionales; se organizó el ejército; se proyectó la fundación de un Banco en beneficio de la minería; se improvisó un hospital; empezaron a amontonarse los libros de la Biblioteca y, en 1812, vio la luz una especie de Carta Provisional que estatuyó la igualdad de todos los chilenos, pero en la cual aún campeaba el nombre avieso de Fernando VII.

El conjunto de esas medidas renovadoras, constituían el esbozo de una nacionalidad; otorgan sobradamente a su autor el rango de Padre de la Patria, y no hay nada que pueda quitarle la gloria de haber puesto la argamasa de la nueva estructura nacional.

Se alarmó, y con razón, el soñoliento Virrey limeño; mandó a Pareja en son de guerra y desde ese momento el papel netamente militar, recayó en O'Higgins, el cual se lanzó bajo la lluvia o con el agua al pecho contra los ejércitos chatetones.

El diseño político inicial del país pertenece a Carrera; pero la carga, la pelea, la trinchera, el sitio, la torre como palomar y con un trapo negro en señal de guerra a muerte son de O'Higgins.

Síntesis escolar: corresponden a Carrera los primeros planes constructivos; pero al empezar los tiros y los hachazos, aparece O'Higgins parapetado tras unas panzas de grasa y unos líos de charqui o cercado por Osorio, que venía a zurrar a los patriotas, desplegando a los vientos Sur unas banderas aportilladas en Bailén.

Se dice que O'Higgins no debió enjaularse en el poblacho que el general "godo" no tardó en acordonar con sus cañones y sus bayonetas....

Consta que no es el caso, porque estas discusiones inocuas deben olvidarse definitivamente, plantear de nuevo el problema enconado de si Osorio no se habría visto forzado a retrogradar a su madriguera de Chillán Viejo en caso de que el sitiado hubiera sido reforzado, y debió serlo, porque su derrota eliminaba toda posibilidad de una defensa posterior.

En vez de discusiones entre o'higginistas y carrerinos retrasados, es más fino meditar en las consecuencias de ese de-

sastre, que éticamente fue muy fecundo y sin el cual no se habría producido la conjunción de San Martín y el general chileno, con su consiguiente secuela de consecuencias nacionales y continentales.

Por imperativos de temperamento, que arrancaban atávicamente del orgullo de clase —lo que probaría que espiritual y socialmente la Colonia estaba intacta aún en los mismos que la habían derrumbado políticamente— Carrera no se allanaba a ser el segundo de nadie, y al verse excluido ásperamente de la empresa que iba a vincular a dos hombres y dos países, el exonerado de toda participación en el Ejército de los Andes, se sintió desgarrado y preterido y reaccionó hacia la violencia.

Empieza así el segundo período de su vida desgarrada. Y tanto, que uno se pregunta una y otra vez, si se trata de un trozo de historia o de aventuras de romance.

Se le cerraban tercamente todos los caminos, y la desesperación de sus nervios y de su cerebro sobreexcitado, empujaron a encaminarlo a la tragedia.

Expulsado de Buenos Aires, pasa el Plata e improvisa una imprentita. ¿Y por qué no, si también había improvisado una escuadra con qué libertar a Chile con elementos propios y sin la ayuda de nadie?..

Era chileno al ciento por ciento.

Se hizo escritor y cajista y hay que imaginarse al proscrito con la cabezota gacha a la luz de un candil y empeñado en trasponer a la letra de molde sus pasiones al rojo blanco.

Pero también trancaron y silenciaron su pequeña imprenta, y el perseguido miró entonces airadamente hacia la Pampa en que muy pocos años después aparecería la cabalgata bárbara de Rosas, Facundo, el fraílón Aldao.

Junto con saber la victoria de Maipo, se impuso, asimismo, de la muerte de sus hermanos, fusilados a la vista de la montaña nativa.

Surgían, pues, de improviso dos banquillos de patíbulo en el camino tan quebrado del héroe doliente, y la sombra inseparable de esos banquillos de patíbulo siguió tras él sin perderle la huella.

Galopó febrilmente Pampa adentro y las pisadas de su bestia tenían resonancias de presagio. Parecía insomne y no habría sido difícil dar con la causa: sus hermanos baleados por querer pasar a su tierra; su linda compañera embarazada y en la miseria; su hermana encarcelada; asediado su padre ya enciano y confiscados todos sus bienes.

Una acumulación shakesperiana de fatalidades, como se ve.

Se perdió en la lejanía ilímite cuyo reloj de sol sólo tiene tres horas: la aurora, el cenit, el ocaso. Corría hacia este

último y no tardó en enfrentarse con el torvo Ramírez, caudillaje de tierra adentro, donde imperaba el degüello a facón y donde solían colgar del pelo a la altura de las espuelas de rodaja la cabeza del adversario recién despachado.

El jefe de Entre Ríos llevaba bajo el sombrero, según Iburguren, un pañuelo punzó, preámbulo colorista del rosismo ya próximo, y cuando años después llevaron a Estanislao López la cabeza de Ramírez, empacada en un cuero de oveja, el destinatario —según Mitre, nada menos— la conservó varios días en calidad de sobremesa.

¿Qué lenguaje habló Carrera, gran señor, a aquella gente de facón, chiripá y carne con cuero, candombe y guitarrón punteado bajo los ombúes, cuyas raíces se hunden en la tierra con crispaciones de ahorcado?

¡Cuál sería!

El hecho es que la inspiró y la embrujó.

Ahora bien, ¿qué perseguía al hacerse federal y encabezar tales elementos?

Tumbar, y lo tumbó, al Gobierno de Buenos Aires; conseguir y adiestrar elementos de pelea; seguir a Mendoza, la ciudad provinciana que estampa en Los Andes el friso de sus viñedos, y luego pasar a Chile a arreglar cuentas pendientes.

Después de la jornada de Cañada de Cepeda, le sonrió de nuevo la suerte, diciéndole: ¡muy bien, general! y surgió un Gobierno adicto a él.

Se retiró al Rincón de Gorondona a organizar las fuerzas con que esperaba entrar triunfante a Mendoza y seguir a la otra banda con sus seiscientos chilenos montados, aperados y de armas tomar.

Luego después de Cañada de la Cruz proclamó gobernador de Buenos Aires a Alvear —"elección que causó la ruina del general chileno"— según don Miguel Luis Amunátegui.

Vino una corrida de victorias y desastres; un mal día aceptó el concurso de la indiada y el proscrito apareció entonces en rango de Pichy Rey, en medio de la tolvanera y las cabezas ensartadas en las picas.

Aquello no podía prolongarse indefinidamente; siguió o creyó seguir hacia Mendoza y, como Don Segundo Sombra, se extravió en la Pampa, forjadora de espejismos en que el héroe, en marcha a su destino saturniano, creía divisar la cordillera nativa y ante ésta, los banquillos ensangrentados.

Se produjeron nuevas sableaduras, capitaneadas por Benavente, centauro de poncho y guarapón, y se seguía penosamente con las bestias de la brida y comiendo carne de caballo.

Por fin, y ya no podía tardar, llegó la traición, que creyendo escapar mejor, anda siempre a la siga del que fracasa en la guerra, y después de Punta de Médano, Carrera fue ata-

## X.-TRINCHERA HEROICA

**H**ACE más de cinco meses, los dibujantes del Servicio de Entrenamiento de Relaciones Industriales de la Braden Copper Co., señores Plutarco Zúñiga y Germán Ruz, empezaron a trazar líneas sobre un tablero de madera. Luego, poco a poco, reconstruyeron parte de una antigua y pequeña ciudad, yero ciudad de grandes abolengos históricos. Fueron (Mitro manzanas que cupieron, justamente, sobre un espacio tamaño escritorio de gerente.

Con el correr de las semanas y aprovechando hasta los week ends, y con paciente y arduo trabajo, de gran prolijidad, el caserío empezó a Domar forma y color y, más que nada, entró a llenarse de memorables osadías. Lo que los hábiles dibujantes Ruz y Zúñiga construían era una reproducción de la Trinchera Oeste, el famoso y heroico parapeto del sitio de Rancagua. Y la exactitud histórica fue reconstituida gracias a la rabiosa asesoría prestada por el Tte. Crl. don Galvarino Montaldo, reconocida autoridad en aspectos históricos de Chile.

El señor Montaldo, además, hizo una reseña de esa ya lejana hazaña, crónica que damos a continuación:

Las trincheras patriotas, en la defensa de Rancagua, en 1814, estaban ubicadas a una cuadra de distancia al norte, al este, al sur y al oeste de la plaza de la ciudad, ocupando cruces de calles, como estrechísimos "nidos de resistencia", en una superficie de alrededor de 200 metros cuadrados, con excepción de la Trinchera Norte, que era más amplia, por ocupar la plazoleta de La Merced.

Cada trinchera tenía tres frentes: el principal y dos secundarios; el principal estaba dirigido en dirección contraria a la de la plaza. Cada frente de trinchera tenía una barricada constituida por un muro de adobones, de un metro de altura y un espesor de sesenta centímetros, y delante de estos muros, los patriotas habían colocado cuanto elemento encontraron a mano, como troncos de árboles, muebles, carretas, colchones, líos de charqui, sacos con arena, escombros, etc.

Como cada trinchera ocupaba un cruce de calles, ellas estaban en contacto con cuatro manzanas de casas, dos hacia el enemigo del frente y dos hacia la plaza. Las casas en con-

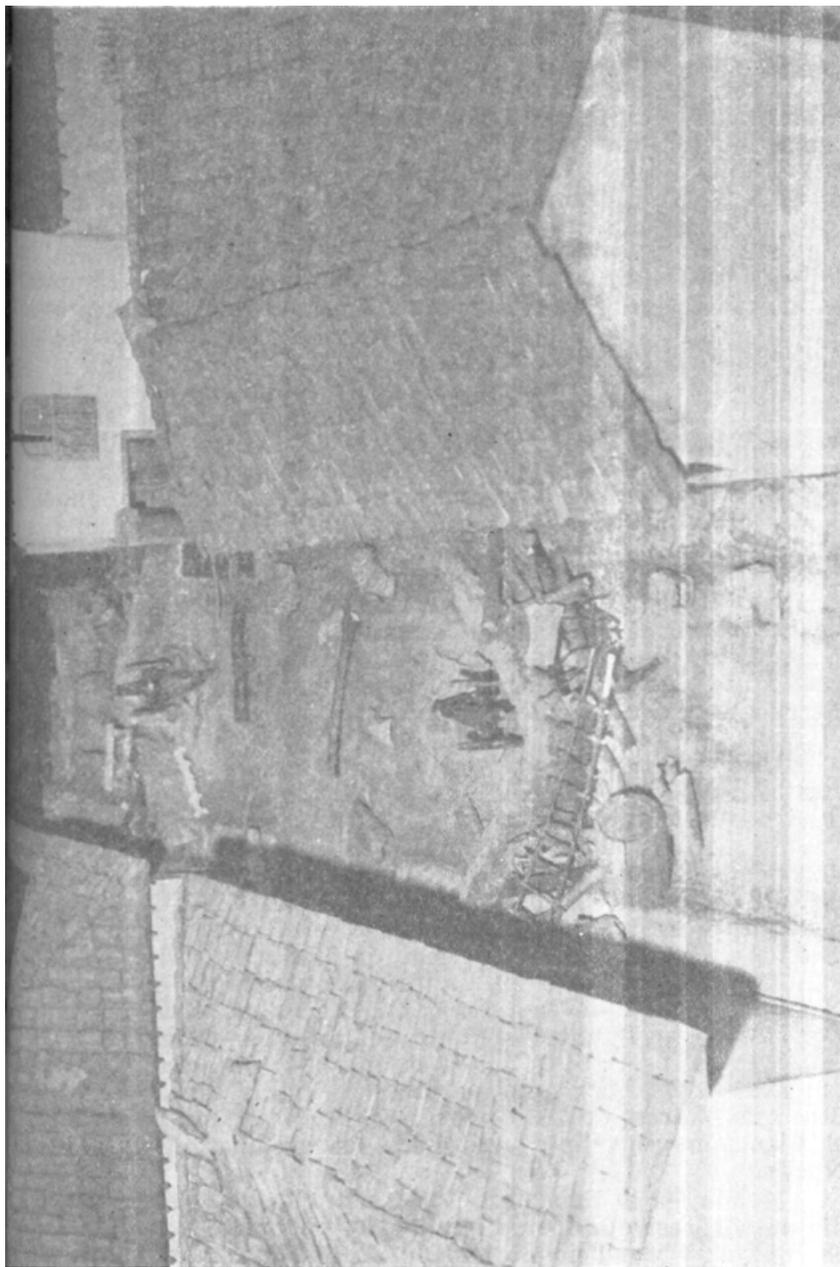
*TRINCHERA OESTE DE LA DEFENSA DE RANCAGUA EN 1814  
TOMADA DE S.O. a N.E.*



*Las barricadas que se ven corresponden: la de arriba al flanco N.; y la de abajo al flanco S. de la trinchera. La calle que se ve tiene dirección S.-N. La casa de 2 pisos está ubicada en la esquina S.E. del cruce de calles.*

*La maqueta que publicamos es la materialización de una idea, de muchos años, del Teniente Coronel Galvarino Montaldo Bustos, quien hizo los planos y supervigiló el trabajo. Ella forma parte de la colección que se inaugurara en la ciudad de Rancagua en solemne ceremonia el 7 de agosto del año en curso.*

*NOTA.—Las fotografías que publicamos fueron facilitadas gentilmente por el Director de Informaciones de la Braden Copper Company, señor Carlos Aracena.*



*TOMADA DE N. a S.  
La barricada más cercana es la del flanco N. y la otra del flanco S. de la trinchera.  
La casa de dos pisos está ubicada en la esquina S. E. del cruce de calles.*

tacto con las trincheras formaban parte integrante de éstas y por ellas los patriotas ocuparon el total de cada manzana delantera; o sea, avanzaron hacia el enemigo mucho más allá o delante de cada trinchera, ocupando zaguanes, casas, muros, huertos, etc.

Durante el día 1° de octubre de 1814, los primeros ataques realistas fueron realizados exclusivamente por las calles, con un convencimiento de que su sola presencia bastaría para que los patriotas levantaran los brazos o huyeran; pero la situación fue diferente y muchos fueron los realistas que sucumbieron por los fuegos cruzados que recibieron delante de las trincheras, desde techos, puertas, ventanas y forados de las casas.

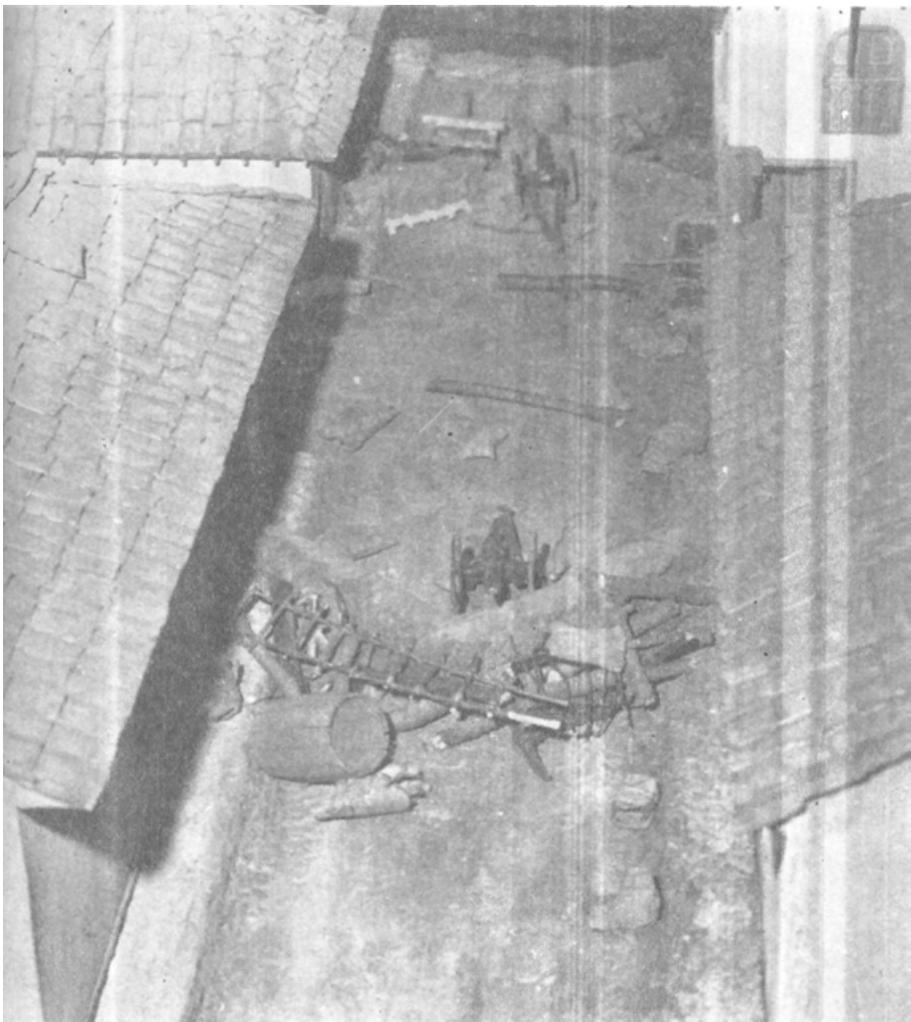
Ante la imposibilidad de tomar las trincheras directamente por ataque frontal dentro de las calles, los realistas iniciaron dentro de las manzanas delanteras de las trincheras un clásico ataque en localidad. Como esto tampoco tuviera muy buen éxito, procedieron a incendiar las manzanas y con ello lograron desalojar a los patriotas obligándolos —por el fuego de los incendios— a retirarse hacia trincheras y plaza.

Las trincheras fueron, además de nidos de resistencia, un apoyo permanente de la cruenta lucha en localidad que se desarrolló dentro de las manzanas en la que pequeños o grandes grupos de soldados entregaban y reconquistaban piezas, muros, huertos, patios y casas, hasta que los incendios, como avalancha de fuego, avanzaron hacia el centro de la ciudad.

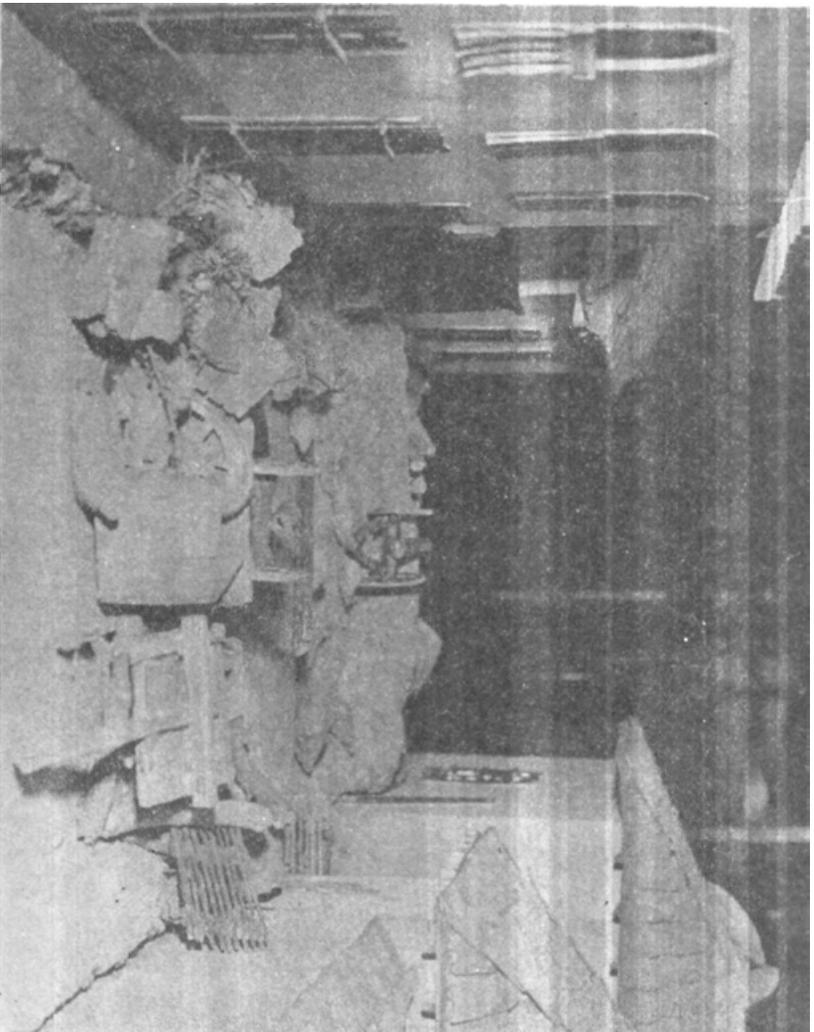
Cada trinchera patriota tiene su propia historia, emocionante, dolorosa, de sacrificios y de gloria, de esperanzas y desesperanzas.

La Trinchera Oeste, mostrada en la maqueta, fue comandada por el capitán don Francisco Javier Molina, más conocido entonces como el "catalán Molina", pues era ciudadano español. Este capitán fue posiblemente con Freire el más audaz guerrillero patriota en el período de la Patria Vieja, iniciándose como subteniente en las primeras acciones de este período y conquistando una fama que llegó a constituir leyenda. Después de la Batalla de Rancagua, Molina participó en el Combate de los Papeles, en el cajón del Aconcagua, como retaguardia de la columna patriota que marchaba hacia Mendoza; más tarde, en 1817, pasó a Chile, junto con Freire, por el Planchón y participó en todas las acciones de la Patria Nueva.

Molina, en la Trinchera Oeste, una cuadro delante de ella, dio un sorpresivo golpe de mano a los realistas, causando muchas bajas y produciendo pánico. Su audacia marchaba a parejas con su gran simpatía y con su espíritu bromista, a tal punto esto último, que al abandonar la trinchera para parti-



*TOMADA DE N. a S. DESDE MAS CERCA QUE LA FOTOGRAFIA 2*



*TOMADA DE S. d N. MOSTRANDO LOS FLANCOS DE LAS TRINCHERAS*



Tejidos

*Caupolitan*

MR

SIEMPRE A LA PAR CON LA MODA

